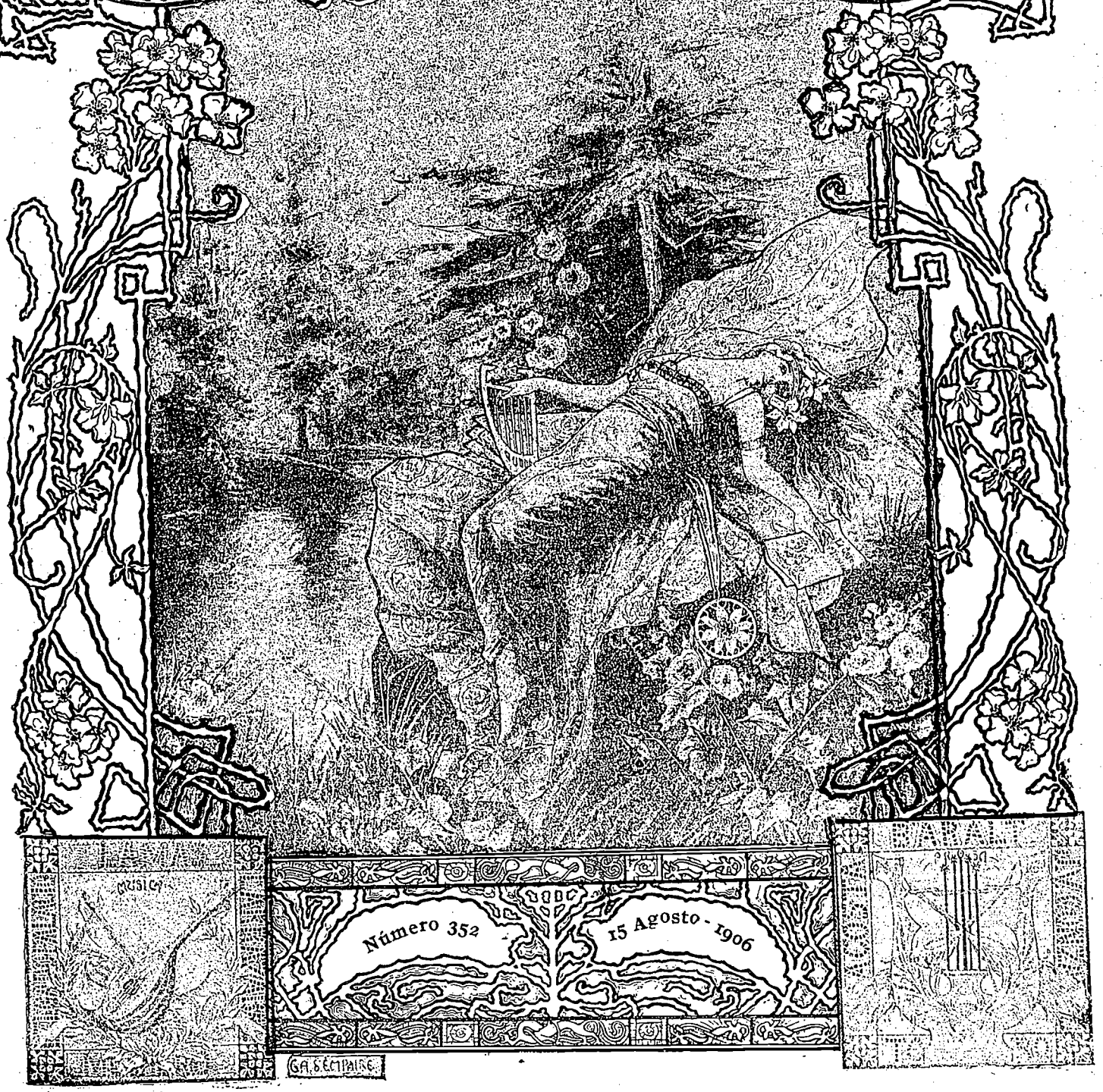
EL COJO ILUSTRADO



Número 352 — 15 Agosto - 1906

CON ESTE NUMERO SUPLEMENTO MUSICAL:

Camille SAINT-SAENS: "La Coccinelle"
Jules MASSENET: "Melodie"
G. E. PEIFFER: "Valse des Graces"

S'adresser exclusivement pour toute la publicité française á Mr. A. Lorette, Directeur de la Société Mutuelle de Publicité — 61 Rue Caumartin — Paris

SUMARIO

TEXTO

PÁGINAS

Eloy G. González.....Nuestros sentimientos..... 506
U. A. Pérez.....A Jesús el Cristo..... 508
Elías Toro.....Apuntes sobre antropología prehistórica de América..... 508
Manuel S. Pichardo.....Bajo la lente: Del natural; Crucificados; La sacudida..... 510
Maurus Jokai.....Demasiado hermosa..... 512
A. Arvelo Larriva.....“Palomas blancas y garzas morenas” 513
B. Vallenilla Lanz.....Guerra y fiebre (novela)—De un capítulo 513
Ismael Urdaneta.....Herrumbre..... 515
Juan E. Arcia.....La canción de la bruma..... 516
Matilde Serao.....Mi secreto..... 517
Andrés Carnegie.....La poesía de los negocios..... 518
Luis Churión.....Paz..... 524
José Francés.....Letras Españolas..... 525
Felipe Tejera.....Camafeos (Doce sonetos)..... 526
Enriqueta Arvelo Larriva.....De una Postal..... 528

PAGINAS CORTAS

Jesús Semprúm.....Pastel..... 520
Emilio Pouvillon.....Al caer la noche—(Poema en prosa)... 521
Julio Lemaitre.....La pereza de Flaubert..... 521
Henri de Regnier.....El hombre y el peligro..... 521
Carlos Fremine.....El pinzón..... 522
Andrés Theuriet.....La Oropéndola..... 523

VIDA LITERARIA

La Dirección.....Información literaria y artística..... 527
Jesús Semprúm.....Bibliografía..... 530

La Dirección.....
Señor don Eleuterio Morales..... 528
Nuestra Bandera..... 529
El nuevo Académico..... 531
Nuestro suplemento musical..... 532
Sueltos Editoriales..... 532
Explicación de los grabados..... 533

SECCION RECREATIVA

Un hombre que se aohica.—Un corazón de tres mil años.—El Papa y el feminismo.—Las mayores alturas alcanzadas por el hombre.....533 á 536
Anuncios.....

GRABADOS

Gio-Batta Bellucci: Muerte de Alejandro de Médicis..... 505
G. Rochegrosse: La alegría roja..... 507
E. J. Buland: Ya no hay niños..... 508
E. Vasarri: Himno á Baco..... 508
Jules Girardet: La partida..... 509
Ch. Lenoir: Ensueño..... 509
Ad. Faugerón: Un estreno..... 509
W. Llewellyn: A la cuna..... 510
W. Lee Hankey: En el bosque..... 510
E. Eltze: Alexis y Dora..... 511
J. Casado: Carmen..... 512
El Pico Bernina..... 513
Walter Langley: La viuda del pescador..... 514
Fritz August v. Kaulbach: Rosario Guerrero, bailarina española..... 515
Juan E. Arcia..... 516
Academia Nacional de Bellas Artes—Exposición de Pintura—1906..... 517
— — — — Exposición de Escultura y Arquitectura—1906..... 516
— — — — «La defensa de la bandera»—Escultura por Pedro M. Basalo—(Primer Premio) 521
— — — — «Del mercado»—Cuadro por Carlos A. Otero—(Primer Premio)..... 523
— — — — «En descanso»—Cuadro de César Prieto—(Accesit)..... 525
— — — — «El preso»—Cuadro por R. Agüin—(Mención honorífica)..... 527
Juan Lorrain..... 527
José Santos Chocano..... 527
Emilia Pardo Bazán..... 527
Eleuterio Morales..... 528
Primer Centenario de la Bandera Venezolana—Las fuerzas del Distrito Federal presentando las armas en el acto de izar la bandera en el Palacio Federal, á las 9 a. m. del 3 de agosto..... 529
Academia Nacional de Bellas Artes—San Juan Bautista, escultura por Carlos Quintana..... 531

SUPLEMENTO MUSICAL Nº 5

Camilo Saint-Saens.....“La Coccinelle,” poesía de Víctor Hugo.....
Jules Massenet.....Mélodie.....
G. E. Peifer.....“Valse des Graces.”.....

EL COJO ILUSTRADO

Año XV | 15 DE AGOSTO DE 1906 | Nº 352

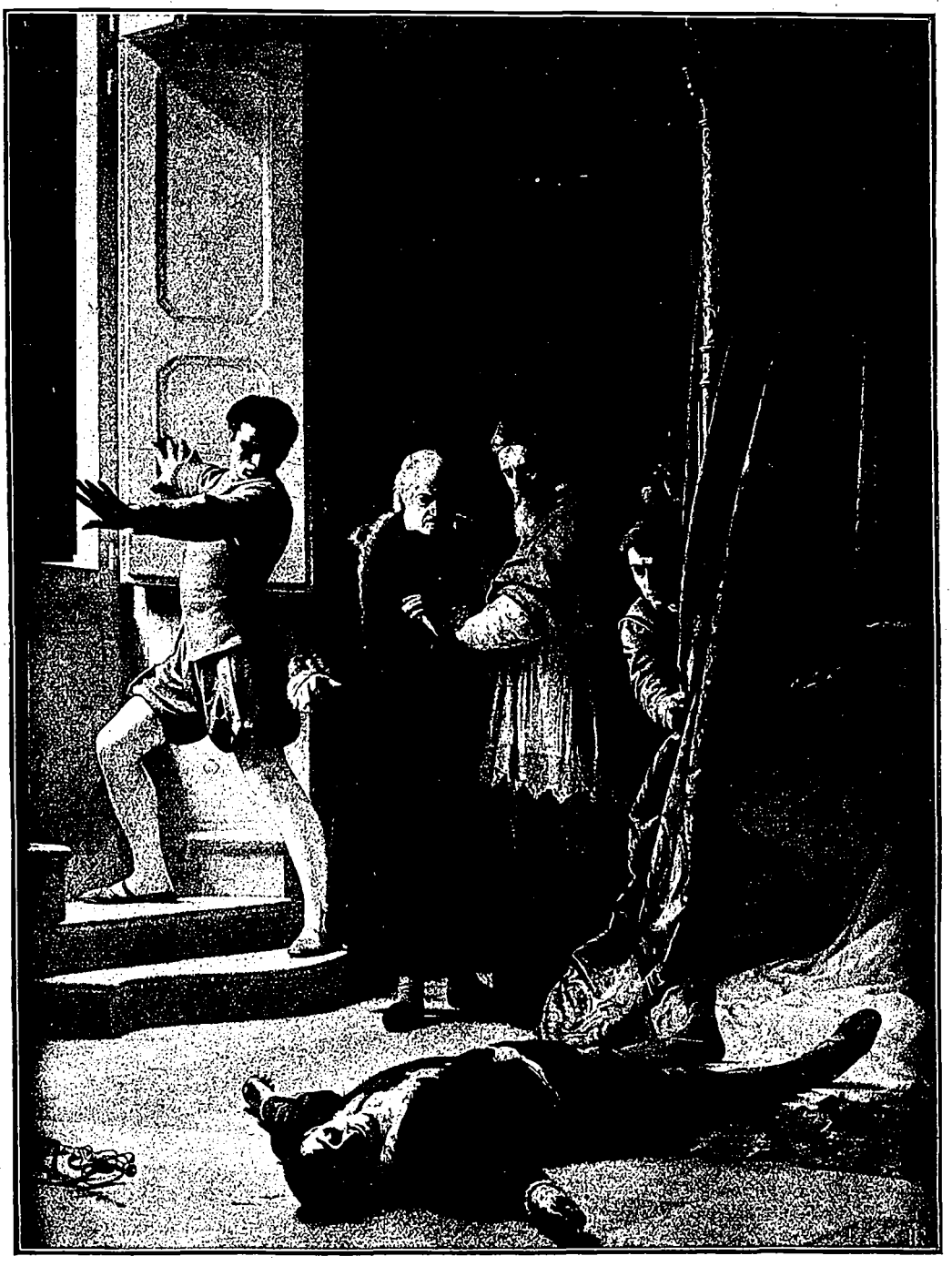
PRECIO
Suscripción mensual.....B 4
Un número suelto.....B 2

DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN

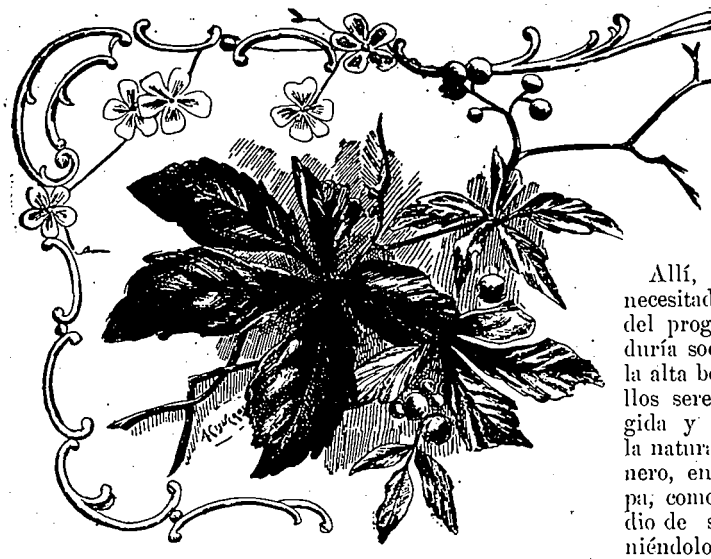
Empresa El Cojo – Caracas – Venezuela

EDICION QUINCENAL
Dirección: J. M. Herrera Irigoyen & Ca.
Este 4—Número 14
Caracas — Venezuela

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



GIO-BATTA BELLUCCI: Muerte de Alejandro de Médicis



NUESTROS SENTIMIENTOS

VII

Es justicia, que aparece honor de la tierra llanera, presentar como primera y más copiosa fuente de los más sutiles sentimientos de benevolencia y de amor, á nuestras mujeres. La bondad, la conmiseración, la piedad, la *humanidad*, que se ha observado son privilegios de la naturaleza femenina, poseen en mi país,—con mayor abundamiento que en cualesquiera otras regiones de Venezuela,—suaves é inalterables depositarias, como si la naturaleza, gravitando hacia el equilibrio, las hubiese situado allí para atenuar con la ternura de su vida los rigores de aquel suelo y las inclemencias de aquel cielo.

El hogar llanero no es, en íntimo análisis, la obra disciplinaria y artificiosa de la educación, ni de las prédicas doctrinales: asiéntase en medio de la llanura como una concurrencia estática de todas las condiciones de vida y de todas las circunstancias físicas de aquel país. Tiene la severidad de aquellos hombres quebrantados por la rudeza ambiente, propios para hacer improfanable el culto de los viejos penates: tiene la gravedad profunda con que aquel sol aprieta contra el plano de la patria todo lo que cae bajo su pesadumbre: tiene la serenidad de aquellas cosas agobiadas, de aquellas cosas solitarias del desierto. En él, la paz, la silente paz vigorizante y altiva de la desolación sin ruinas y sin nostalgias entristecedoras; en él, el respeto, la veneración, la santidad espontánea que se toman de la majestad augusta de la naturaleza en reposo y en imperio. En el hogar llanero, una sola jerarquía; allí, una sola noción de preeminencia: jamás en su recinto, ni una tendencia ni un impulso que serían el asombro del delincuente mismo, al advertir que ningún eco, en todo cuanto allí se mueve, responde á la insólita locura de la rebelión. Santo y apacible, fuerte y severo, es el sillar sobre el que construirá una fábrica característica la futura civilización de mi país.

Allí, repito, no se ha necesitado del proceso ni del progreso de una sabiduría social, para sancionar la alta beneficencia de aquellos seres que tienen la rígida y esencial bondad de la naturaleza misma: el llanero, en medio de su pampa, como el árabe en medio de su desierto, suponiéndolo con su mujer y con su prole solo dentro de la aislada cabaña campesina, creará siempre en su ambiente doméstico el frescor reparador de la piedad, la buena fe, la hospitalidad, la complacencia, la castidad, como el agareno bajo su tienda, y como una expansión tranquila de su constitución de solitario.

Mucho temo que el desconcierto de las primeras tentativas de una alta cultura, dé allí por mucho tiempo,—al comenzar un proceso civilizador,—resultados contraproducentes, en un sentido inverso á la afirmación de los positivistas, de que el altruismo es fruto de refinamiento. (1) Tradicionalista el llano, conservador esencial, localista y rutinario, será siempre bastante trabajoso alterar los términos de su vida, y trastornar, para reacomodarla, la estructura moral de sus situaciones: habrá el riesgo de que los vínculos desgarrados se traigan consigo fragmentos constitucionales de un estado natural que en otras razas y otros climas es producto de evoluciones; entre ellos, y en la base de su estructura sociológica, está la buena y poderosa levadura del hogar llanero. Yo amo en mi férvido país,—hombre de pensamiento y de ideales,—esa situación doméstica, como una escuela de orgullosa conciencia, como un arma de seguridad individual y como una garantía de integridad y de creciente expansión de la personalidad.

La destreza, la habilidad que ha adquirido el llanero en sus faenas pastoriles le dan la seguridad contra los riesgos que pudiera hacer correr á los neófitos en los ejercicios de su vida de jinete, de ganadero y de luchador gimnasta. «Era costumbre después de la castración de toros, dejar encerrado en el corral algún torete para que lo torearan los muchachos del hato; y desgraciado de aquél que se mostraba pusilánime, porque en seguida se destoconaba el torete, se amarraba el muchacho por las piernas y se le ponía en mitad del corral.

«El torete embestía, el muchacho trataba de huir, pero era alcanzado y recibía toponazos de la fiera que lo tiraban contra el suelo.» (2)

De semejantes divertimientos sabía el llanero que salía ilesa la integridad corporal y él atendía, además, al peligro y á la salvación; pero en mi país se respeta, se estima y se sabe para lo que sirve la existencia humana: jamás se utiliza allí la vida de un hombre, como recurso á mano en un rapto de egoísmo ó en un frenesí de interés personal, para sacrificarla como un elemento de provecho ajeno, como refiere Cunningham de los australianos (3), ó para abandonarla luego como un instrumento inservible y roto, cuando ya está mutilada y enferma: el llano del desamor no es tierra de homicidas.

Ni siquiera venganzas ejerce mi paisano: retirado en su soledad, aislado de la civilización, ajeno á los apetitos, limitando al universo con los confines de su llanura, caminante taciturno por la desolación material y estante satisfecho de su moral soledad, cándido, sugestible y fantástico, es hombre de buena fe, de lealtad aunque no de servilitud, de humildad pero no de bajeza, de respeto pero nunca de humillación: en medio de la ofensa, del ultraje ó de la injuria, puede llevar la iracundia hasta el exterminio, pero dentro de su alma no queda esa acedumbre persistente ni dentro de su pecho ese resquemor incurable, que se exacerban en la adversidad y ponen un villano gesto de innobleza á la placidez de la buena fortuna. El llanero no da explicaciones, porque él mismo no las necesita después de pasado el momentáneo encono de la herida: su renunciación á la venganza es una actitud espontánea de piedad. Ignora, seguramente, lo que otros sabemos que es la más gallarda apostura de Quijote, pero cree y siente que el recuerdo de la ofensa lo obliga á extremar la benignidad para con el ofensor en desgracia: es tan frecuente el caso, que pocos llaneros se detienen á observar el propio gesto gallardísimo con que dan, con mano larga y robusto pecho, pan inagotable y ancho abrigo al enemigo de un día, acosado ahora por la miseria, el infortunio y la alternativa aciaga.

Son constantes estos contrastes entre las calidades del medio y las manifestaciones, en las costumbres, del producto étnico: á despecho del silencio y de la vacuidad de la llanura, fuera de los errores de educación y de tra-

(1) G. Sergi, *La evolución humana individual y social.*

(2) V. M. Ovalles, *El Llanero.*

(3) *Historia universal de los viajes*, vol. XLIII.

G. ROCHEGROSSE - La alegría roja

dición señalados atrás (4), el llanero es vivaz, expansivo; habla en alta voz, aprehende rápidamente con el ojo y el oído las sensaciones de color, de espacio y de sonido, y, sin embargo, no es vehemente de pasiones ni cruel de sentimientos; mientras, entre otros característicos, el malayo, frío en apariencia, taciturno, cauteloso, somnolente, dueño de sí mismo, silencioso, es inicuo en la perversidad y cruel hasta la infamia. (5) «A decir de un antiguo viajero, Niccolo Conti, que escribía en 1430, un homicidio no era para los malayos sino una simple chuscada.» "Cuando uno de ellos compraba un sable, lo ensayaba gustoso hundiéndolo en el pecho del primer transeúnte que encontraba al paso.» (6)

En su medio, en su vida, en sus costumbres y en sus sentimientos, tal vez en su origen, yo no hallo para el llanero, en estas comparaciones y aproximaciones etnográficas, otro similar que el árabe. La falta de humanidad, la falta de filantropía, el encono vil, la ausencia de clemencia, no existen sino en las variedades mongólicas del Asia. Los turcomanos nómades, que erran por los contornos del Korassan, son verdaderos animales de presa: por una leve falta, por un capricho, sentencian á muerte á sus mujeres, á sus hijos, á sus servidores. (7) Sin embargo, ese mismo salvaje posee y ejerce un sentimiento que es la característica moral del árabe y una de las salientes del llanero: el de la hospitalidad. Es preciso haber salido largo espacio de lugar y de tiempo fuera de la llanura, ó ser extranjero en ella, para advertir el pronunciado relieve de esa faz psíquica de mi país. La acogida que se presta bajo el techo llanero excede toda cortesía y adquiere el semblante de un deber religioso: económico en mucho de lo que estima superfluo, ese árabe venezolano es en su mansión espléndido y exquisito con su huésped, no ya en el obsequio material, sino en la regalía sincera y alegre de un caudal de placidez cariñosa, que es la sorpresa, que en ocasiones se torna en lamentable error de apreciación, del extranjero. Esta espontaneidad, este impulso generoso, impregna de un raro desprendimiento la misma especulación mercantil: la escasa moneda que bajo un rubor inevitable demanda el patrón de la hostería campesina, parece apenas un símbolo del culto invasor de Mercurio; porque no hay matemática capaz de establecer una proporción satisfactoria entre el exiguo valor numerario y la magnitud opulenta del servicio de albergue y alimentación recibidos. El llanero no se explica sino por una tacañería vitanda la conflictiva sobriedad de la mesa ciudadana y la expoliadora venalidad del ajeno asilo.

Acaso la reacción de este sentimiento lo haya conducido á la noción y al amor enérgicos del hogar, propio é inalienable: solamente alguna circunstancia ineluctable obligará agónicamente al llanero á habitar bajo el techo de otro: se tendrá siempre,—y aunque sea transitoriamente padecerá esa situación psíquica,—por un desheredado, un desposeído, un sér miserando y suplicante

(4) *El concepto varonil*, EL COJO ILUSTRADO, 1º de julio de 1906.

(5) Wallace, *Malay archipiélago*, t. II.

[6] Letourneau, *La Sociologie*.

(7) Frasser, cit. por el anterior, *id*.

de lumbre, de pan y de amparo ajeno, él, en cuya entraña moral el tiempo, las costumbres, la educación y la naturaleza han sembrado la noción indestructible de la propiedad y de la autonomía!

La amplitud de aquel país, la escasez de su población, la naturaleza y los hábitos pastoriles y eglógicos, les dieron al alma, al pensamiento y á la vida de nuestros antepasados,—é íntegra hemos recibido su herencia,—el gusto y las comodidades de la libertad; no la libertad turbulenta, bastarda monstruosa de sí misma, que allá no hemos querido saber en qué contubernio delictuoso fué engendrada; sino la libertad cuasi material, la expansión de la vida y del espíritu: alto el cielo, infinita la llanura, espaciosa y luminosa la vivienda, sonador, largamente flotante el huracán, el aire poblado de bandadas y de algarabías de pájaros: se ahoga, se asfixia, languidece en progresiva anemia el llanero, dentro del recinto gemoniaco de la vivienda ciudadana. ¡Qué bella ciudad de capricho construiría esa raza, si poseyese una fuerte civilización suya y pasara por sus cabezas la ráfaga raptora que un día aventó al islamita hasta el pie de los Cantábricos! Ancha el área del dominio individual; plantada en el centro la *villa*, excelencia de la cabaña; en contorno los plantíos, y bajo los árboles altos y lentos, á lo largo de las avenidas asombradas y húmedas, el rebaño que va á la propia pradera y al abrevadero...

ELOY G. GONZALEZ.

E. J. Buland - Ya no hay niños

E. Vasarri - Himno á Baco

A JESUS EL CRISTO

Para Miguel Herrera Mendoza

Naciste en cuna humilde, naciste en un retablo;
mas desde la rotonda de sideral zafir
envió sobre tu cuna la Estrella de los Magos
el ósculo exultante de su fulgor sutil.

Mi cuna fue un maltrecho jergón; pero dos labios
fulgieron en las sombras como astro en el cenit,
y el beso de mi madre, la Estrella de los Magos,
lanzó sus resplandores divinos sobre mí.

Siguieron tras las huellas benditas de tus pasos
el alma en primavera y el corazón senil;
bebieron en tu copa los buenos y los mansos,
y Magdalena puso su salvación en ti.

También en el camino de mis primeros años
sentí que palpitaba mi corazón feliz;
gozaron de mis rimas los buenos y los mansos
y con su esencia vino la de Magdala á mí.

Oraste. Se acercaba la hora del Calvario.
La voz de los profetas vibraba en el confín.
Sentiste miedo. Sangre sudaste. Te besaron
labios traidores...Era en el Gethsemaní.

El mal lo presentía. Oré del templo santo
so la techumbre. Mi alma empezaba á sufrir.
Temblé de miedo. Labios traidores me besaron
y la noche se hizo en derredor de mí.

Cruzaste escarnecido de Herodes á Pilatos.
Te negó Pedro. Púrpura te ciñeron hostil.
Cardos, golpes, saliva, tu rostro supliciaron...
¿Y perdonaste, oh! Cristo, al punto de morir?

Yo no perdono. Tú, porque no eres humano.
Yo no perdono. Tú, porque eres Dios al fin;
porque una vez tan sólo, mi Dios, te supliciaron.
¡Cuántas veces me han crucificado á mí!

U. A. PÉREZ.

APUNTES

SOBRE ANTROPOLOGÍA PREHISTÓRICA DE AMERICA

II

Es indiscutible la semejanza de las tribus americanas *no aborígenes*, con los pueblos del Oriente asiático; y el camino que estas inmigraciones siguieron para llegar al continente americano, ha sido cuestión muy debatida entre eminentes etnógrafos.

Dos vectores principales han sido señalados para explicar de una manera verdaderamente sencilla y sugestiva el fenómeno: el estrecho de Behring, como un inmenso puente natural entre ambos hemisferios, por el lado occidental; y la supuesta isla de Atlántida, por el lado oriental, recientemente sumergida, según los geólogos, por donde se dieron la mano ambos continentes.

Es indudable que la paleontología vegetal y la flora actual norteamericana y europea presentan tan peculiares caracteres, que dado el concepto científico de la difusión vegetal en la superficie del planeta, es posible admitir continuidad terrestre entre los dos hemisferios.

Estos caracteres de analogía y semejanza botánica, no sólo terciaria sino también actual, quedan sintéticamente enunciadas así: *la flora terciaria de Europa tiene un carácter norteamericano y no europeo.* (1)

Sabemos que la fauna y la flora terciaria diferían notablemente de la cuaternaria y contemporánea; existiendo sin embargo ejemplares comunes en ambos reinos; pero lo más interesante es que los fósiles vegetales de Europa presentan una semejanza completa con los que actualmente existen en la América del Norte. El *Taxodium distichum*, conífera que ya no se encuentra en Europa, es el gigantesco individuo vegetal, que forma hoy los bosques de sabinos en Chapultepec. La *Paria* y la *Robinia*, que se encuentran fosilizados en los terrenos terciarios de Europa y que como ejemplares completamente exóticos sólo se cultivan en los jardines, crecen abundantemente en Norte-américa; lo cual demuestra que eran comunes á ambos continentes. La encina, álamo, haya y pino, árboles propios de la edad terciaria europea existen hoy en los Estados Unidos.

El dilema, pues, es forzoso: *ó la flora europea se extendió por continuidad territorial hasta América, ó la flora europea se derira de la americana;* porque el agua y el viento, considerados como vectores de la difusión vegetal, no bastan á explicar el fenómeno, pues sólo muy limitadas especies pueden triunfar de las vicisitudes marítimas. Ade-

(1) T. Unger, «La Atlántida.»

más, las faunas litorales de ambos continentes tienen grandes analogías y semejanzas, principalmente la entomológica de Europa, que se parece á la Americana, más que á ninguna otra.

Las circunstancias enumeradas y otras de más prolijo examen, hacen presumir la existencia de un continente intermediario entre Europa y América, extendido por el Norte hasta Islandia y por el Sur hasta las Antillas, continente de cuya existencia nos habla Platón, en su diálogo *Timæus*, como situado *más allá* de las columnas de Hércules, y por el cual se difundió en América la población europea y asiática.

Para otros, el estrecho de Behring y la cadena de las Aleutianas indica naturalmente un medio de comunicación fácil entre Asia y América. Pero si nos detenemos á pensar en la ardua peregrinación que tal pasaje implica; á través de heladas estepas, desprovistas de vegetación y de todo elemento alimenticio; caminando al azar, sin rumbo alguno, ni conocimiento geográfico que los alentara en la fatiga con la esperanza de llegar por fin á una tierra de promisión *innominata*; si nos elevamos á la consideración de los múltiples factores que determinan los grandes movimientos migratorios, los éxodos de los pueblos; forzoso es convenir en que la sola facilidad geográfica; sin la concurrencia de otras circunstancias, no basta á explicar el paso por el estrecho de Behring, del elemento asiático.

Una vía, quizás más natural, y hasta sancionada, si se quiere, por la experiencia, nos explica de manera más racional el camino que siguieron las emigraciones de Asia.

Las remotas tradiciones de los primitivos Nahoas, perpetuadas hasta nosotros en sus sistemas de escritura pictórica y fonética, refieren con las representaciones de sus *cuatro soles simbólicos*, los episodios de su éxodo.

Estos *soles Nahoas*, cuya interpretación se ha sometido á infinidad de Códices (Vaticano, Motolinía, Gomara, Herrera, Veytia, Humboldt, Clavijero, etc.), ha recibido, á nuestro parecer, del notable americanista A. Castellanos, la interpretación más verdadera y natural.

Los soles nahoas son cuatro representaciones, de cuatro episodios, que algunos, ó casi todos los intérpretes, han traducido por grandes etapas de tiempo, relacionadas con cataclismos geológicos, pero que el citado

Ch. Lenoir - Ensueño

intérprete Sr. Castellanos atribuye, con fina sagacidad, á episodios diversos de una sola y misma época.

El primero, «Sol de Agua» representa á la diosa *Chalchiqueye*, símbolo de los ríos ó corrientes de agua, teniendo debajo una pareja humana, que va bogando en un *ahuehuetl*, en forma de canoa; *huehue*, en dialecto nahoa significa viejo, anciano, y *ahuehuete*, quiere decir árbol hueco, vacío; hacen, pues, referencia á un gran árbol anciano y hueco, que no es otro que el *Taxodium dysticum*, tan abundante en California y ya mencionado.

En el «Sol de Aire» el dios Quetzalcoath baja con todos los signos del viento sobre la misma pareja, guarecida en su barca.

El tercero es el «Sol de fuego,» cuyo dios Tletonatiuh desciende con todos sus atributos, sobre la misma pareja náufraga, que al fin arriba á tierra, representada en la cuarta pintura indígena por el «Sol de Tierra,» en el que la diosa Flor ó *Xochiquetzali*, desciende de lo alto, derramando la abundancia sobre la pareja, fuera ya del ahuehuetl ó embarcación.

Claramente se ve que estas diversas pinturas simbólicas son representaciones de episodios de un mismo acontecimiento. Ríos ó corrientes de agua representa el primer dibujo; el arribo á la tierra el último, y los dos intermediarios tempestades y erupciones volcánicas; episodios todos del viaje que arrojó á la raza nahoa sobre el litoral de California.

En las costas del Japón se origina la corriente marina de Kuro-Sirvo, que á través del Océano Pacífico, llega casi hasta las costas de California, y que describiendo una vasta elipse alargada, vuelve á su punto de origen.

Está comprobado que la raza nahoa primitiva, tuvo su núcleo primero en las costas occidentales de la península de California, y no es difícil, sino muy probable, que alguna expedición asiática, sobre el mismo continente, fuera arrebatada por la corriente del Kuro-Sirvo y arrojada al fin, después de una tempestad, sobre California; la posibilidad del hecho, que concuerda en todo con las cronologías nahoas, queda comprobada con la aventura reciente del japonés José Hico, relatada por Humbert: «este hombre se ocupaba cierto día en pescar con otros individuos de su familia en las costas de Yokohama, cuando un golpe de viento desmanteló la embarcación, impidiéndoles regresar y lanzándolos más afuera. Arrebatados por la corriente del Kuro-Sirvo fueron impelidos sobre el litoral de California, teniendo la suerte de encontrar un buque americano que los desembarcó sanos y salvos en San Francisco.»

En una obra de Amyot, traducida del chino, se cuentan las expediciones de los Mandchúes sobre el Japón el año 779; y la de los chinos unidos á los coreanos contra la misma nación. Los coreanos contribuyeron á la expedición con 900 buques de guerra, que fueron dispersados por una tempestad. Los restos de esta armada no llegarían hasta las costas de América?

Pero al lado de las tradiciones nahoas se encuentran también las primitivas de la civilización Maya, extendida desde Tehuantepec hasta Yucatán y la de las Quitiés y Mixtecas; de modo que otras emigraciones arribaron por el Sur á Centro América.

En las Islas Filipinas existe un vocablo netamente azteca: la palabra *Tiangue*, que significa en filipino, *plaza ó mercado*, lo mismo que en México.

La radical Ia, que según el versículo 5º del Génesis significa «el primer día,» la encontramos en los dialectos nahoa y mix-

Jules Girardt - La partida

Ad. Faugeron - Un estreno

teca, con idéntico significado: Ian envuelve para ellos la idea de *Dios, Fuego, Uno* y *Sol*. No existirán aquí las mismas analogías que demostraron las relaciones de la India con las razas indo-europeas? (1)

Los estudios arqueológicos y lingüísticos comprueban de una manera evidente la existencia de dos grandes emigraciones asiáticas: la emigración nahoa, anterior á todas, que se cruzó con el elemento autóctono, superviviente á la acción dominante del invasor; que se extendió, no solamente por la costa del Atlántico, sino por la América del Sur, hasta fundar el imperio Inca, tan análogo al Azteca, de igual origen; y la emigración Maya, que llegó por el Sur, y que sólo se extendió hasta Oajaca y Yucatán. De esta segunda raza primitiva nacieron los cuatros ramales, mixteca, zapoteca, quiche y maya.

«No puede dudarse, dice el señor Chavero, (2) que aquí encontramos semejanzas notables con el Asia, costumbres que parecen escitas: la mitra y el calzón; otras se relacionan con las egipcias, pero con semejanzas lejanas; entre la pirámide egipcia y la maya hay diferencias esenciales: de modo que hay parecido pero no igualdad.»

El citado autor trata de explicar estas analogías mayas, egipcias y asiáticas, por una emigración anterior á la de los Arias del Asia Central, que se dirigió al Africa, pasó por Egipto y dejó en América esas huellas.

Las civilizaciones mixteca, zapoteca y palenkana tienen semejanzas y á la vez grandes diferencias; pero todo demuestra que la civilización Maya, ó del Sur, era superior á la Nahoa, y que sus afinidades deben buscarse no en identidad de razas, sino en la proximidad de las regiones asiáticas de donde emigraron.

Las diferencias radicales en donde existen es entre las civilizaciones nahoa y maya, con sus derivados, y los pieles-rojas, otomíes y patagones; verdaderas diferencias etnológicas, que hacen presumir con verdad que estos sean los restos de aquellas primitivas *quenametzin*, de que hablan las tradiciones nahoas, vestigios dispersos del verdadero autóctono americano.

ELIAS TORO.

(1) Castellanos: loc. cit.
(2) «Méjico á través de los siglos.»

W. Llewellyn - A la cuna

W. Lee Hankey - En el bosque

BAJO LA LENTE (*)

DEL NATURAL

Ojos grandes, azules, profundos,
Para ahondar en los libros dispuestos;
Alta frente que, en vez de los años,
Con arrugas selló el pensamiento.

Cuadra á tiempos mejores su torso
De elegante y bizarro mancebo;
Dandy fuera en la Albión de los Brummels,
Y en la corte de un Luis, mosquetero.

En su hidalgo perfil se recortan
Las efigies de bustos añejos
Esmaltados en las miniaturas,
Burilados en los camafeos.

Romancero ó pintor le tomaran
En sus obras por héroe ó modelo
De algún noble galante en el libro
O algún príncipe blondo en el lienzo.

Es su oficio bordar filigranas
En la malla difícil del cuento,
Esculpir en los bloques de prosa,
Cincelar en el oro del verso.

Por ganarse las almas, nombróle
La Legión del Amor, Caballero,
Y adoptando divisa apropiada,
Se decora con flores el pecho.

Siempre al eco de extraños dolores,
Generosas, sus manos se abrieron,
Donde en forma de pluma ó de espada,
Se halla firme y vibrante el acero.

Para hacer de su vida un oasis
¿Qué le falta? Los hados le dieron
Una esposa que es santa en la tierra,
Y una niña que es prenda del cielo.

Jamás nublan su rostro las penas...
Pero nó; que en amargos momentos,
Cuando piensa en la patria que sufre
O en lejanos amores intensos,
Aparece en su faz conmovida
La nostálgica luz del recuerdo.

(*) Del libro en prensa *Credos y Visiones*, con prólogo de Rubén Darío.

CRUCIFICADOS

De improviso, la plácida llanura
vióse invadida por bizarra gente,
que si de un lado acometió valiente,
del otro defendióse con bravura.

Durante la refriega, de la altura
níveos copos bajaban lentamente,
mezclándose la roja sangre ardiente
con los vellones de la helada albura.

Tras el fragor, silencio funerario
se extiende por el bélico escenario;
sólo descubre el que á pasar se atreve
por el triste lugar, huellas de muertos,
los brazos, al caer, en cruz abiertos,
como Cristos grabados en la nieve.

LA SACUDIDA

Es dolor ó placer, golpe ó halago;
en los dulces espíritus, consuelo;
lluvia reparadora que, del cielo,
devuelve en gotas el vapor del lago.

Es en el pecho miserable, estrago
contra toda virtud, maldad y duelo.
Sacuden á la vez, celos á Otelo,
á Desdémona amor, envidia á Yago.

Va acompañado á cada sacudida
un germen propulsor de muerte ó vida.
Es delito en la mente depravada,
nuevo sér en el seno fecundado,
redención en el pueblo subyugado
y crimen en la turba despeñada!

MANUEL S. PICHARDO.

E. ELTZE: Alexis y Dora

CARMEN.
Cuadro de J. Casado

DEMASIADO HERMOSA (*)

—

Apoco de ocupar el trono de Florencia Fernando de Médicis, compareció ante los jueces del Tribunal de Sangre una mujer que ocultaba el rostro bajo una calavera y cubría su cuerpo con amplio manto cuya capucha avanzaba hasta la frente. Los que la contemplaban no veían más que la imagen de la muerte envuelta en un sudario, un espectro que osaba presentarse en el Carnaval de los vivos. Llamábase aquella mujer Rosaura Montalboni, y comparecía por cuarta vez ante los jueces por un crimen cuya defensa no podía ser más sencilla. ¿De qué la acusaban? La acusaban de ser demasiado hermosa: tan hermosa, que cuando al amanecer abría sus ventanas agolpábanse los transeúntes para contemplarla, impidiendo el tránsito de coches y carros; tan hermosa, que los vendedores olvidaban exponer sus mercancías, y los empleados de las oficinas del Duque se quedaban embebidos horas enteras, en vez de acudir adonde la obligación les llamaba; tan hermosa, que cuando entraba en las tiendas de sedas y joyas, los dueños, en vez de reclamarle el precio de sus compras, ponían á sus pies sus mercaderías más preciadas; tan hermosa, que al trasladarse á la orilla derecha del Arno se multiplicaron los palacios alrededor del suyo, en tanto se arruinaban los habitantes de la orilla izquierda, merced al abandono de los nobles, de los mercaderes y de los marinos; tan hermosa, que cuando entraba en la iglesia de Santa María del Fiore, los hombres, en vez de mirar hacia al altar, la contemplaban y salían del templo presa de la desesperación; de suerte que cuando los pescadores extraían del Arno, al clarear el día, el cadáver de un apuesto mancebo, ó los vigilantes nocturnos descubrían en las obscuras callejuelas el cuerpo inanimado de un hidalgo, se daba por seguro que habían muerto por Rosaura, víctimas de la desesperación ó del odio de sus rivales, pues con tal de ver una sonrisa en sus labios no hubiera habido crimen que no cometiesen sus adoradores.

Una vez padeció hambre la ciudad y se amotinó el pueblo, invadiendo, entre otros palacios, el de la Montalboni, cuya dueña se bañaba en leche, regaba con vino las flores de su jardín y daba espléndidos festines mientras los pobres perecían de necesidad por las calles. Cuando la multitud, rota la puerta y puestos en fuga los lacayos de espléndida librea, se abalanzó hacia la escalera, Rosaura Montalboni apareció en los últimos peldaños con los rubios cabellos sueltos sombreando las sonrosadas mejillas, y la plebe al verla quedó muda. Los jefes del motín besaron la ceneía de su vestido, y la multitud se retiró. Pedían pan; pero la sonrisa de Rosaura les dejó satisfechos.

Por tres veces la acusaron padres desconsolados de haber acarreado la muerte de sus hijos. Tres veces la denunciaron por hermosa. Los jueces admitieron la demanda, hicieron que compareciese la acusada y se convencieron de que su delito era cierto, como que la realidad superó á las descripciones del enemigo más acerbo. Rosaura era todavía más hermosa de lo que se decía. Y por dos veces los magistrados, aún reconociendo lo fundado de las quejas, dejaron á Rosaura en libertad. Su hermosura era un crimen, pero también una excusa. Cuando su mirada se posaba en los jueces, olvidaban éstos la ley; cuando lloraba, reconocían su inocencia; cuando les sonreía, ellos eran los que se declaraban culpables.

El tesorero del Duque se apropió el dinero consagrado á su custodia, y se suicidó después de haberlo derrochado todo por Rosaura Montalboni. Ya no era posible la indulgencia. La dama compareció nuevamente ante los jueces, quienes, por un voto de mayoría, la condenaron al destierro y á ser marcada con un hierro candente.

El cadalso donde debía ejecutarse la sentencia se alzó frente al palacio Pitti; la multitud invadió la anchurosa plaza, los balcones y los tejados para ver el suplicio.

Llevaron á Rosaura, y el verdugo, empuñando el hierro, desgarró el corpiño de la dama; pero al ver las carnes blancas cómo la nieve, se olvidó de que era verdugo, y, en vez de aplicarles el instrumento del castigo, las besó.

El verdugo pagó con la cabeza su osadía, pero salvó á Rosaura, pues nadie quiso ejecutar la sentencia. La noticia llegó á oídos del Duque Cosme, el cual, como anciano y piadoso, perdonó á la dama. Rosaura Montalboni podía seguir siendo hermosa; nadie se atrevió, de allí en adelante, á denunciarla; nadie quiso acusar nuevamente los centelleantes ojos, los seductores hoyuelos de sus sonrosadas mejillas, la encantadora sonrisa de sus labios frescos y rojos...

Muerto Cosme de Médicis le sucedió Fernando. El nuevo Duque había trabado íntima amistad desde muy joven con Lorenzo Frascati. Lorenzo era pintor; Fernando, jefe de Estado; pero la diferencia de posición que mediaba entre ambos no entibió el recíproco afecto, y el Duque llamó á su amigo, que estaba en Padua, y le aposentó en su palacio. Lorenzo era, como suelen serlo los artistas, de carácter alegre y bromista, lo que deleitaba extraordinariamente al Duque. De pronto se puso serio y pensativo; dejó de dar bromas, y el Príncipe tuvo que esforzarse en distraerle. A este efecto hizo construir una capilla á orillas del Arno, y encargó á su amigo que pintase los muros y el techo. Lorenzo se consagró al trabajo con ahinco; pasaba los días en la iglesia y, al abandonarla, cerraba cuidadosamente la puerta para que nadie viese sus pinturas. Una vez permaneció tres días seguidos en la iglesia. Como no consintió en que le acompañase nadie, sus discípulos se alarmaron y acudieron al Duque, temerosos de alguna desgracia. Fernando se dirigió al templo y, después de haber llamado inútilmente al artista, mandó abrir la puerta y penetró en el misterioso recinto. Los techos y los muros de éste ostentaban, todos, el retrato de una misma mujer, las santas que subían hacia el cielo con palmas, los ángeles que sonreían entre las nubes, la arrepentida Magdalena y la celestial *madonna* del altar mayor reproducían un mismo y hechicero rostro: el de Rosaura Montalboni. Sentado en el presbiterio, insensible á cuanto acaecía en torno suyo, el artista fijaba la mirada sucesivamente en todas las figuras del techo y de los muros: parecía un espectro. Se había vuelto loco, y no volvió á recobrar la razón.

El Duque mandó raspar las pinturas; hizo que consagrasen nuevamente la iglesia, y la mandó cerrar. El Príncipe era joven é ignoraba el hechizo que tienen los ojos de una mujer y cuán imposible es contrarrestarlo.

Por cuarta vez compareció Rosaura ante el Tribunal de Sangre; pero ya no llevaba el rostro al descubierto: una careta en forma de calavera lo ocultaba para que su mirada y su sonrisa no impidiesen el cumplimiento de la ley.

—¿Eres la hermosa Rosaura Montalboni, que, con sus encantos, enloquece á los jóvenes y á los viejos?—preguntó el juez á la calavera.

—Yo soy—respondió ésta con voz apagada por la máscara.

—¿Es cierto que quien te mira pierde el juicio?

—Es cierto—contestó nuevamente la calavera inclinándose hacia los jueces.

—¿Sabes cuántos han muerto por tu culpa, para dejar una vida que era una maldición?

La calavera sollozó. De los agujeros de los ojos no salieron lágrimas; pero la máscara tembló y se oyeron ahogados lamentos.

—Rosaura Montalboni, escucha la sentencia del Tribunal: Permanecerás toda tu vida en la cárcel, separada de los demás presos, y á fin de que la belleza de tu rostro no seduzca á los carceleros, llevarás mientras vivas esa máscara, para que cuantos te vean, en vez de enamorarse, se horroricen.

¿Palideció Rosaura al escuchar la sentencia? ¿Temblaron sus labios de angustia y contrajo el terror su semblante? La calavera permaneció inmóvil...

Fernando de Médicis reinó treinta y nueve años, y su sucesor, Cosme III, al ocupar el trono, concedió una amnistía á los que se hallaban en las cárceles. Los jueces procedieron á examinar los delitos de cada uno y vieron, con sorpresa, que entre los detenidos figuraba una mujer condenada por hermosa. Al quitarle la máscara, descubrieron un rostro tan pálido y ajado, que semejaba una calavera por lo hundido de los ojos y la extraordinaria delgadez.

Era Rosaura Montalboni, que estuvo presa por haber sido demasiado hermosa.

MAURUS JOKAI.

(*) Maurus Jokai, autor de este artículo, es, como todos saben, uno de los literatos más ilustres de Hungría. Nació en Komorn el 19 de febrero de 1825.

Fué orador político, poeta, prosista y satírico. Sus obras fueron tan populares, que desde 1846 hasta 1893 se vendieron en Hungría 652.000 ejemplares de sus novelas, por las cuales pagó el público 1.528.000 coronas. Entre sus obras merecen mencionarse las siguientes: *La vida diaria, Un Nabab húngaro, Aventuras políticas, Karpathy Zoltan, Amado hasta el cadalso, Morir dos veces, La edad de oro en Liebenburgo, El diamante negro, La fortaleza de los Dioses*, etc.

"PALOMAS BLANCAS Y GARZAS MORENAS"

.....Las palomas se asustaron y se alejaron al vuelo, formando un opaco ruido de alas sobre los arbustos temblorosos ....

A Jesús Simorám.

..... ¡Ah mi adorable, mi bella, mi querida garza morena! .....

Porque tú me revelaste el secreto de las delicias divinas .....

R. D.

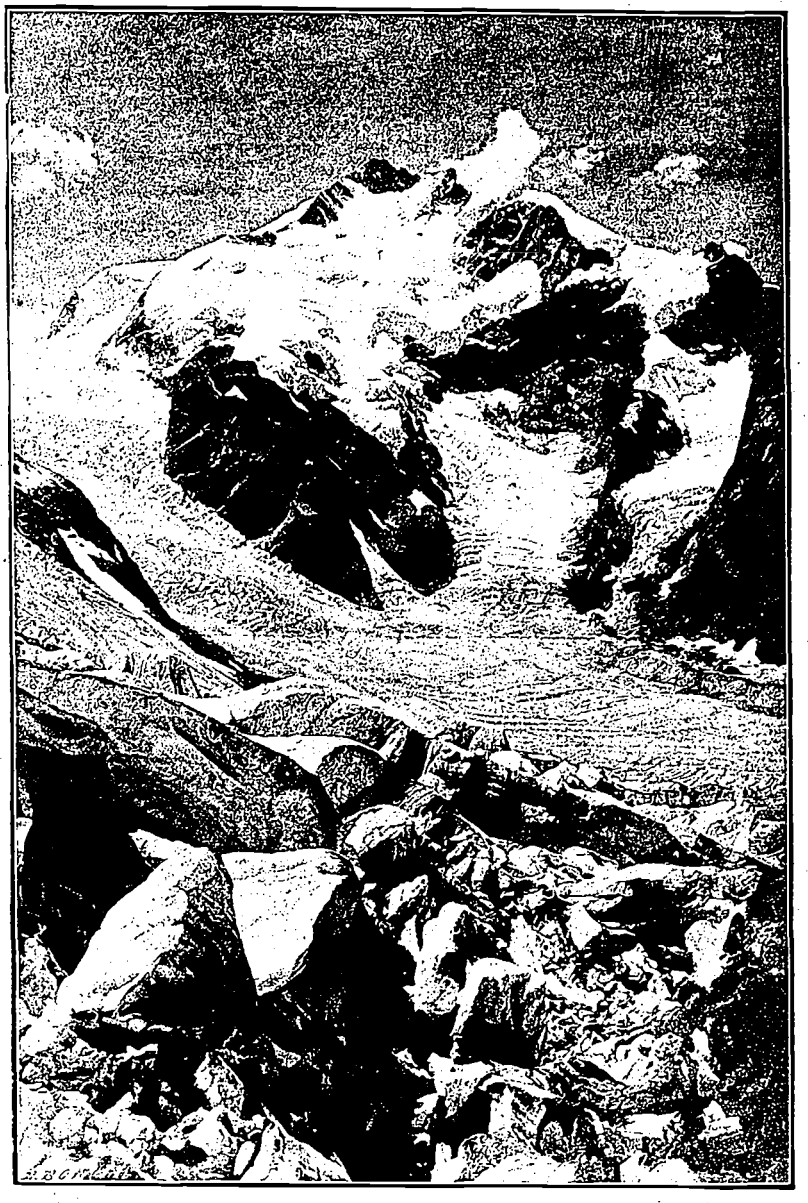
En el parque sonoro, fresco y umbrío
de su noble castillo de altas almenas
tiene un lago de azules aguas serenas
el Marqués de los Cisnes, Rubén Darío.

En el fondo del lago cantan sirenas
que difunden un mágico desvarío.
Sobre el lago revuelan, á su albedrío,
junto á blancas palomas, garzas morenas.

El Marqués, en la gloria de los ocasos,
soñador hacia el lago mueve sus pasos....
Las palomas le escapan como al halcón;

pero vuela á sus hombros alguna garza
y en sus labios el pico de rosa engarza.
...A la garza morena da su canción.

A. ARVELO LARRIVA.



El Pico Bernina

GUERRA Y FIEBRE

(NOVELA)

DE UN CAPITULO

DESDE su arribo á *La Providencia* habíase dado á encaminar su proyecto. Comenzó por recorrer los vecindarios para pulsar el ánimo de sus moradores; y oyendo sus quejas contra la situación local, creyó que como en tierra propicia, en el seno de ellos caería la promesa de una revolución poderosa á cambiar aquella actualidad; y se puso en vistas con los más señalados individuos, tanto por su valor y relación, como por la práctica lograda en movimientos anteriores. Entre ellos alzaba perilla Juan Rodolfo, mulato ordinario, de rostro juanetudo y cetrino el color, algo loango, adicto á los garitos, audaz, dado á aventuras y baqueano de Pariaguán al Orinoco; y de este río, por Soledad, hasta el corazón de Barcelona; y por Barrancas, hasta el propio riñón de Maturín. *El Mapa* lo mentaban por su conocimiento de esos lugares. Perfilábase, luego, Conopoima, indio valeroso y con algún prestigio, á quien Rebanales había impedido beneficiar las reses que adquiría en cambalaches con los cuatreros de Cantaura y Urica; y, tras éstos, Antoñico Martínez, mestizo palabrero y de trastienda, quien había rodado la República cuando la revuelta de Perdomo, y cargaba en el bolsillo de pecho de la blusa, el retrato de este Jefe, encuadrado en una hiladilla tricolor, por cuya causa lo mantenía á un ojo Rebanales, quien blasonaba de amarillo mamey; y como los nombrados, pero de menor fama, otros, un tanto vagos, pirrados por cruces y joropos; cantadores de oficio, con cincos encintados y maracas sonoras dibujadas de palomas y flores á puro filo de navaja, y á cuyo olfato no se escapaba ni el jolgorio más pobre en medio llano. Algunos tenían armas ocultas; otros las habían perdido. Con las de Juan Rodolfo, vana resultó cuanta gestión hizo Rebanales para apoderarse de ellas, aleccionado por Pietro Prancini, corso nacionalizado, de profesión tendero, adeudado en Bolivar; Juan Villasana, leguleyo, cuyo nombre sonaba en toda transacción vergonzosa, y hombre de influencia en el pueblo; y don Eulogio Pérez, cuya sabana tenía reses de cuanto hierro había, cachapeado con el suyo muy ancho y de imposible leer por complicado. Los tres le temían, como á la peste, á Juan Rodolfo; habían sido enemigos crueles de don Luis, y formaban el Consejo de Rebanales. Si éste no seguía sus indicaciones en lo de arruinar *La Providencia*, debíase al amor que le tenía á Rosario.

Al comienzo, temeroso de despertar sospechas, disfrazó con la aplicación profesional, sus gestiones iniciales; luego, fué adquiriendo confianza y llegó hasta citar en *La Providencia* á Juan Rodolfo, Conopoima y Antonio Martínez; y visitó varias veces á Enrique Acosta y Pedro Luis Fernández, cañeros despojados por Rebanales. A obedecer su corazón, habría rechazado esos elementos: los juzgaba incapaces de una labor noble y fecunda. Al hablarles de Patria, principios, redenciones, aporte de sangre extraña para modificar la autóctona, se miraban las caras con la misma indiferencia estúpida siglos atrás mostrada por los indios ante los predicantes españoles. En una ocasión, rompido á hablar, lo atajó Juan Rodolfo:—Dotor; déjese de metafisas; eso es pa los chivatos; lo que uno queremo es acomodano en los tiro. Y Conopoima:—Lo indicao es sacá á Rebanale pa jacé uno su negocio. Y Antonio Martínez:—En lo que la guanota reviente me la paga el musiú Pransine, y ya me veo jinete en la mula rusia mosqueá del jurungo. Y todos:—Que si la cosa benía bien, se ofresían pa cuando reventara.

Aunque desanimado por la ruindad de esas causales torpemente expresadas, comprendía la urgencia imperiosa de utilizar esos factores, como para formar la base de un edificio que habrá de coronar airosa cúpula usa el más fino arquitecto la gruesa piedra y la áspera mezcla real. Y apreciaba que en el fondo de todo aquello,—causa, hombres y habla—latía un hondo malestar: carencia de existir regular que enrumbara esas energías,

forzadas á la vagancia y al desorden, en la necesidad de subsistir. Allí veía en detalle, no obstante de apelar á ella, la impotencia de la política para la solución del problema público, alzado, para unos visible y para otros ni esfumado siquiera, como un señuelo de revueltas en las cumbres de la República; y apreciaba cómo imponíase la necesidad de acometer la solución del problema económico creando vías de actividad por donde sin trabas discurriese la vida nacional. Y asesorado de estas razones, poseído, sin saber cómo, por los motivos chicos de parroquia, aceptó esos y cuantos elementos se ofrecieron, acaso porque arriba, en las alturas de su mente, palpitaban al viento de un puro patriotismo, como banderas de oro y seda, sus ideales nobles y generosos.

En sus gestiones, y merced á su palabra ardiente y persuasiva, logró vencer el egoísmo y la apatía de algunos dueños de hatos perseguidos por Rebanales, y la indiferencia de algunos comerciantes sobre quienes pesaba la preponderancia rateril de Prancini. Pero á pesar del esfuerzo, sólo recabó de ellos menguadas sumas de dinero para adquirir algunas cápsulas y hacer anticipo á Juan Rodolfo, Conopoima y Antonio Martínez, quienes pedían *pa juntale el jocico á los muchachos y arreglase ellos*. En cambio del mezquino dinero, prometió avisarles con tiempo á los hateros, para que enmontasen sus ganados, y á los comerciantes, á fin de empobrecer sus anaqueles. Con los cañeros no volvió á tocar, sabedor de hallarse en tratos con el Jefe Civil por mediación de Villasana.

En sus correrías temía, á veces, despertar la suspicacia de Rebanales, pero fiaba en las cartas de recomendación; tranquilizábalo también el raciocinio de que venido aquél hasta allí por el esfuerzo de las armas, á tener sospechas, habríase reído de la pretensión del doctorcito, y, luego, que fiado en la eternidad de su dominio, Rebanales habría rechazado con ceguedad de fatalista, hasta la evidencia de su complicidad.

Como corolario de estos preliminares se dió á buscar dinero. Pretextando á doña Josefita la inmediata necesidad de graduarse, aun á costa del mayor sacrificio, vendió á los agentes de García Ramírez una gruesa punta de novillos, y la remitió con Joseíto para evitar dificultades.

Según las instrucciones, Luis debía aguardar los movimientos en los demás puntos del Estado y agregarse al núcleo más fuerte donde éste surgiera á fin de avigorarlo sin tardanza. Igual disposición debían poner en práctica cuantos, como Luis, dispusiesen en otros lugares de reducidos contingentes; pero la organización resultaba hacedera dado el prestigio del movimiento. Los agentes iban y venían sin trabas, y la red tejíase con sigilo de arañas. Pero la guerra aún no debía estallar, y así lo sorprendía la información de Clodomiro.

Si en lo referente á la política iban encaminados los asuntos, no se hallaban así los personales. La salud de su madre habíase alterado hondamente. Su ánimo caía con frecuencia presa de arrebatos, y por nimiedades se abría en improperios. Bien veía él que una intensa neurosis, como insaciable parásita, habíase adherido al ramaje de aquellos nervios fatigados por una tensión larga y continua, y á la vez, envenenados por el paludismo ambiente. El sitio y los negocios iban visiblemente á menos. Aunque la casa estaba terminada; rehechos los corrales; la faja agrícola cercada, reparado el trapiche, advertíase la negligencia de la antigua dirección vigorosa que convirtió *La Providencia* en un centro de vida donde cuarenta peones ganaban el sustento. Ahora, la propiedad debía; el herraje anual no se efectuaba para dos años ya; la venta de reses, mermadas éstas por el verano último, hacíase de modo irregular, y la caña se podría en los tablones empenachados de prolijos estigmas como guerreros indios, puestos en vías de guerra.

En brega con Rebanales de quien la irritaba hasta el nombre, doña Josefita había resuelto no causarle ni un solo peaje. Y prefería vender mal, furtivamente, á pagarle un centavo á aquel despojador, que aliado á los enemigos de su esposo, traicionaba en el Distrito la confianza del Gobierno.

Otra causa de pena era Rosario. El paludismo la poseía, como en las leyendas teosóficas posee un vampiro el cuerpo de una novia no disfrutada en vida. Su último retrato, pésima obra de un fotógrafo errante, ya no daba idea de ella. Habíala hallado aún más delgada; sus mejillas, sin rastro de sus antiguas rosas; desvaído el húmedo rojo de sus labios que recordaban el rojo del capacho en el amanecer, bajo el rocío; lustrosos los cabellos; tristes, siempre tristes los ojos como dos pozos breves donde cayera un continuo crepúsculo; y, luego, opresas á todas horas las sienes cuando no por hojas de caituco, por pañuelos húmedos de alcohol ó vendas empapadas en agua de Melisa, acusando ese remediar perenne, inextinguible pena que no le permitía ni ligeras labores. Y veía vueltas casi unas ruinas, á su madre y Rosario.

A veces preguntábase, si no acabaría con ellas y con todo lo suyo, la realización de sus proyectos, cuya magnitud, presentida no más por su alma novicia, le oprimía fuertemente. Pero también decíase que como las cosas iban, no había esperanzas; y concluía por convencerse de que la guerra, cuando menos, agitando la quietud de arriba, movería á rectificaciones y engendraría cambios; y sobre todo, su alma luchadora plena de aspiraciones, se agarraba como á una rama un pájaro, del adagio impulsante, de que quien no se arriesga ni pierde ni gana.

A Rosario la amaba. Los devaneos de Caracas, si lograban amortiguar el recuerdo de la primita huérfana, éste resurgía victorioso cuando volvía el alma hacia el llano, y las memorias infantiles, como auroras rientes, le iluminaban los primeros años. Entre el bullicio de Caracas, donde las facilidades de la vida, como innúmeras bocas chupan la vida hasta agotarla, acaso no media cómo la amaba. Entonces su recuerdo, sobre el hastío del medio, era sólo una gota de fresca miel del monte, sin mácula de mezclas; su dulzura era grata por lo impura, virginalmente impura como el oro en la veta, del bardo mejicano. Pero ahora, revivido el pasado, junto á ella, prestigiada con prestigio de lástima por su eterna dolencia, la idolatró de pronto, como brota una vena de agua, ha tiempo represada, como esplende el vaho de una estrella invisible. Veía el mal fijado en su cuerpo cual si la luna hubiera enredado á perennidad su blanca lumbre en el ramaje del jazminero cándido; así la dolencia habíase hecho en ella una causa de morbosa atracción; así á su temperamento fuerte y fino, sentía imponérsele la vida apocada de la huérfana triste y soñadora. De cierto contribuía á su amor el asedio de Rebanales, de quien junto á Rosario pensaba en un topo queriendo á una paloma; tal vez las mismas voces de la sangre le llamaban á unírsele.

La enfermedad de su madre y Rosario, que al comienzo pudieron ser razones contra de sus proyectos, su inteligencia, algo sofística, habíalas convertido en apoyo: ambas pedían á voces un cambio de ambiente; el abandono de su vivir antiguo, el trasplante de sus raíces para tierras más frescas donde la flor de sus vidas luciera; y sólo podría lograse esto con la cabal victoria de su empresa.

Como sobre un dolor otro dolor diverso, su corazón sufría también con la despoblación de los pueblachos y caseríos del Distrito, antes

Walter Langley - La viuda del pescador

plenos de gente. En sus correrías habíase asombrado de la asoladora invasión del paludismo. Su huella marcaba donde quiera; pero á veces, como un enemigo medroso de su propio estrago, transformábase hasta hacerse invisible su rastro. En espantosa escala el mal poseía los organismos preparados por la miseria para aposentar el huésped lúgubre. La alimentación de carnes mal olientes, hinchadas; de féculas escasas, mermaba la resistencia orgánica; el consumo del alcohol para excitar los cuerpos deprimidos, provocando una reacción fugitiva, engendraba mayor debilidad; y luego, como el sumo de un euforbio maldito, caía en riego mortal, el agua, estancada en cuencas de fango pestilente donde el sol vertía fuego, llevaba el viento toda suerte de horruras y el bestiaje nómade abrevaba, injuriándola. Había tratado ya fiebres intensas que al asomar ascendían á cuarenta y más grados, atenaceando el cerebro, como la hirviente lava de un volcán ida en un solo ímpetu al cráter y descendido en otro, dejando exánime á la víctima; las de calofríos dolorosos, cual si el paciente gimiese bajo el flagelo de una ducha eléctrica; las tercianas y cuartanas comunes que iban chupándose la sangre como á saltos periódicos; la fulminante, de horas, que irremediable y breve, llamaban la económica; las remitentes biliosas, en las que el hígado defendíase en revulsión amarga y tenaz; otras múltiples, proteicas; y la hematuria en el vértice de la escala como una roja flor diabólica en el ramaje escueto de un árbol agotado. Habíalo sorprendido también la forma de un beriberi rápido, un tiempo tenido por de extirpe palúdica, conocido de él por los estudios de un condiscípulo en Guayana, quien lo creía endémico de aquella extensa región húmeda. Y tras la anemia pálida, en veces la locura, y la caquexia que conmovía los cuerpos con temblores de etílicos, y la variedad infinita de úlceras hediondas, cosa de horribles placas de alguna condecoración infernal, maculando los brazos y las piernas. Carnes lacias, pies edematosos; rostros amarillentos, donde el mal había puesto sus cobres; cabellos pegajosos como aceitados siempre, y en los ojos, donde asomaba el alma de aquellos cuerpos arruinados, una melancolía, una tristeza más angustiante que toda la angustia de los largos crepúsculos llaneros copiándose en el dolor de una agua prisionera.

A presencia de aquel mal asolante, extendido como los tentáculos de una trepadora siniestra, la misma piedad, el mismo remordimiento que lo asaltaron al arribar al llano, tornaron á asaltarlo entablándose de nuevo una lucha en la que al fin culminó vencedora una vez más la convicción de que un conocimiento preciso y una aplicación enérgica, extirparía tan larga y dolorosa cadena de dolores. Y afirmado cada vez más su ánimo; legitimado su sentir hasta con las mismas razones que un principio juzgó adversas, puso sin vacilar mano á la obra con la pasión de su vivo carácter.

La luna caía hacia la montaña: ahora la sombra de la casa fundíase con la del cotopriz en la avenida. El viento no volaba. Dormían los perros. Chirriaban los grillos, y hacía más solemne la quietud de la hora, el canto de la pavita en la copa del ceibo.

Al fin, fatigado de recordar, suponer y urdir, Luis sintió venir el sueño, y retorciéndose en el amplio moriche como para descargar la tensión del cerebro, se durmió de repente.

B. VALLENILLA LANZ.

1904.

Cuadro de Fritz August V. Kaulbach: Rosario Guerrero, bailarina española

HERRUMBRE

—

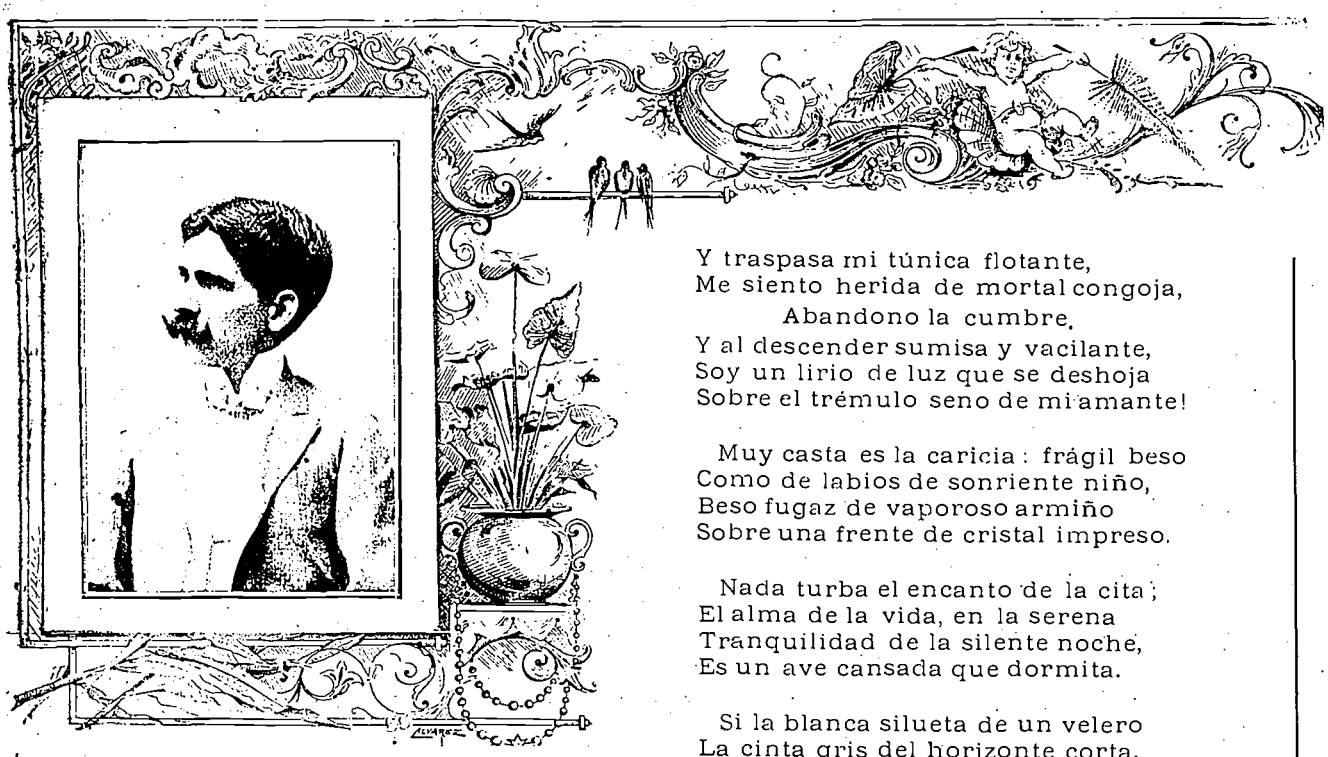
En la vetusta construcción altiva,
de la feudal edad evocadora,
el tiempo su constancia destructora
sobre el macizo torreón actíva;

Ya el foso tiene lobreguez pasiva
y la torre almenada está incolora,
y es una informe gricta delatora
la que antes fuera señorial ojiva.

Una medrosa soledad dilata
la quietud de la antigua escalinata
y el sueño de los puentes inseguros;

Y un silencio de cosas derrüidas
vigila en las techumbres carcomidas
y solloza en los pórticos oscuros.

ISMAEL URDANETA.



LA CANCIÓN DE LA BRUMA

PARA GABRIEL E. MUÑOZ.

Soy la novia del mar, soy la indecisa,
Misteriosa beldad de tardo vuelo;
Yo despliego mi túnica de plata
Cuando el cansado pescador divisa
En el jardín fantástico del cielo
Gardenias de oro y lirios de escarlata.

Si mi amado, sultán adormecido,
Me ve como un ensueño en las serenas
Y lejanas regiones del espacio,
Siente celos del sol, lanza un rugido,
Baña la costa, y fingen las arenas
Una inmensa guirnalda de topacio.

Todo tiembla á la furia del monarca:
El alga verde que la brisa azota,
El argentado lino de la barca,
El moreno plumón de la gaviota,
Y el pelicano amante que en su anhelo
Busca el peñón donde impalpable lluvia
Entumece las carnes del polluelo;
Tan sólo yo, coqueta caprichosa,
Ante el sultán airado me sonrio,
Y de la luz en la saeta rubia
Una mirada de placer le envio.

Después, la media noche: en fácil vuelo
El cadencioso viento se desata
Sobre la comba gris; brotan los sones
De vago y suspirante violonchelo;
Son sus tristes canciones;
Es su tierna y doliente serenata!...

Y cedo al fin: cuando la luna arroja
El tenue rayo de su blanca lumbre
Y traspasa mi túnica flotante,
Me siento herida de mortal congoja,
Abandono la cumbre,
Y al descender sumisa y vacilante,
Soy un lirio de luz que se deshoja
Sobre el trémulo seno de mi amante!

Muy casta es la caricia: frágil beso
Como de labios de sonriente niño,
Beso fugaz de vaporoso armiño
Sobre una frente de cristal impreso.

Nada turba el encanto de la cita;
El alma de la vida, en la serena
Tranquilidad de la silente noche,
Es un ave cansada que dormita.

Si la blanca silueta de un velero
La cinta gris del horizonte corta,
Y es alado corcel que se abalanza
Por la infinita lámina de acero;
Yo me engarzo en la vela y el cordaje,
Acecho al marinero que tendido
Yace en la tabla húmeda del puente,
Y finjo ante sus ojos el paisaje
De la bahia y del hogar sonriente.
Huyo después...Con mi indeciso velo
La visión fascinante se retira,
Y el nauta soñador tan sólo mira
Un diamante en el ópalo del cielo.

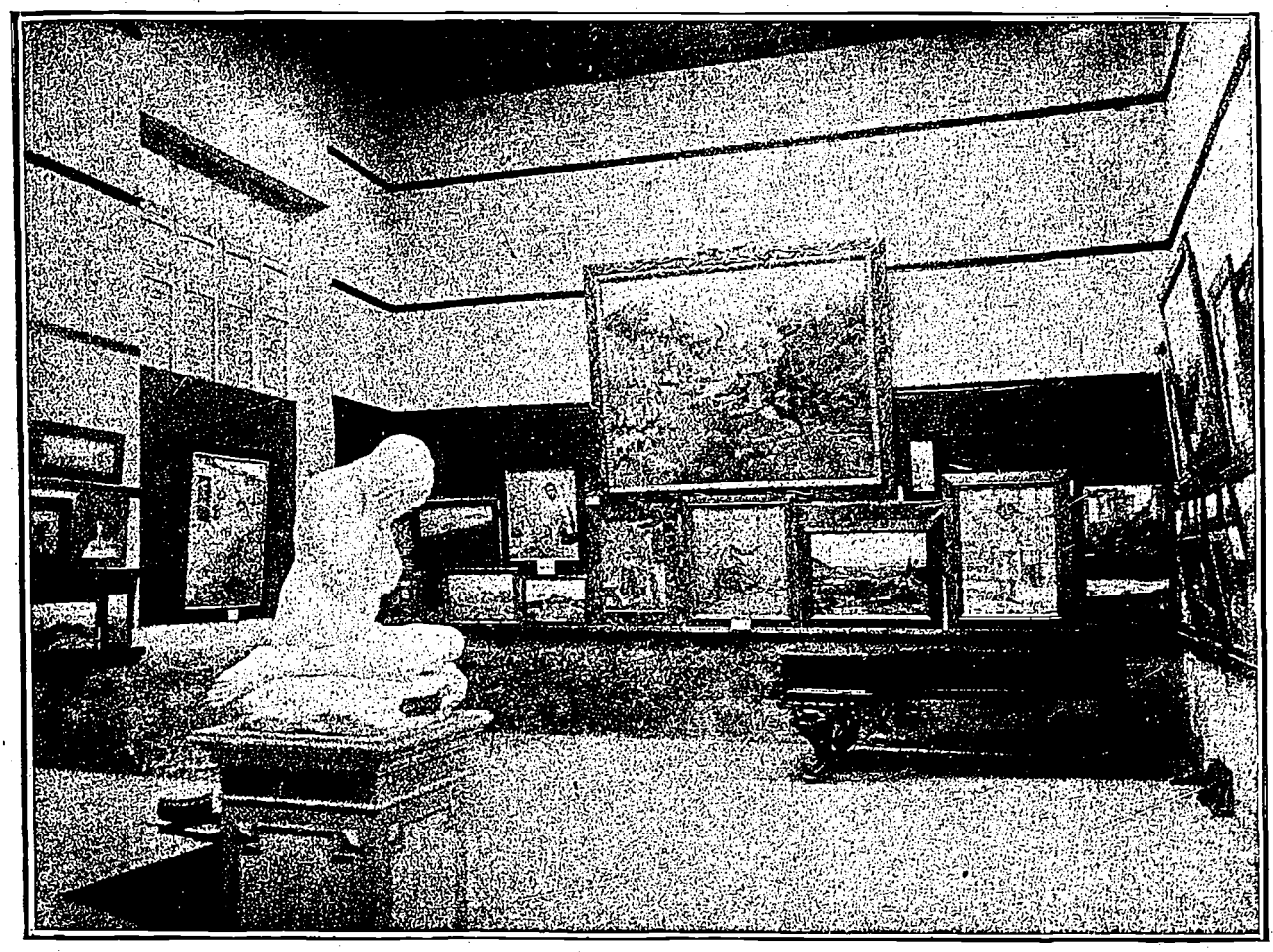
Soy la reina del aire: mi palacio
Es la bóveda azul; tranquilo vaga
Mi trono sideral en el espacio;
Yo soy un viejo mito, soy la maga
De las vivas leyendas populares;
Soy etérea, radiante epifania
Que suelta al rayo que la luna envía
Su manto de lucientes alamares.

Al fin llega la hora, triste hora,
En que de mi adorado la pupila
Es un cristal que trémulo refleja
Los lirios y gardenias de la aurora:
La nube es cortinaje que vacila,
La luna es un esquife que se aleja!...

Es hora de partir! El beso brota,
Y por la nieve de la onda esfuma
El deslice de un ala de gaviota
Sobre errantes anémonas de espuma.

Y tiemblo de dolor: granate en lumbre
Desgarra el tul del pabellón sombrío,
Y me alejo...y sollozo...y por la cumbre
Desgránanse las perlas de rocio...

JUAN E. ARCIA.



ACADEMIA NACIONAL DE BELLAS ARTES - Exposición de Pintura - 1906

Fot. Guerra para *El Cojo Ilustrado*.

MI SECRETO

—

Sabed ahora mi secreto, el espantoso secreto que me roe el alma. Lo he callado, señora, por su horrorosa monstruosidad. Es un tormento que adquiere dentro de mi sér mil formas diversas. Siento dos martilladas sobre mi corazón, martirizándome con sus golpes; tengo un tornillo de acero que me horada el pecho como un tirabuzón; tengo un millar de alfileres encajados bajo el cráneo; tengo un clavo clavado en la sien derecha. Pero no obstante esta larga agonía, yo no puedo morir; con la fiebre, mi sangre se renueva; en la tortura, mis fibras debilitadas tornan á vigorizarse á cada excitación y la fuerza de mis nervios se redobla. Morir, nó; no me está concedido. Alguien pudiera morir conmigo. Escribo mi secreto no por alivio, que no lo espero, sino porque se conozca la verdad de mi caso.

Sabedlo. No es cierto que esté loca; yo vivo, siento, recuerdo y razono. Aquéllos que me tienen prisionera en el manicomio, se engañan.

Jamás he poseído tánta lucidez de entendimiento, tánta solidez cerebral; nunca he contemplado con tánta serenidad de dolor mi propia desventura. No soy una loca..... Es inútil la ducha en la cabeza, el cuartucho forrado de colchones, el baño tibio, la vigilancia continua. Esto no puede curarme, porque no soy loca. Para mí no quiero el médico sino el cura. Debe venir el cura con el libro santo de los Evangelios, con la estola recamada de oro, con el agua bendita. Debe leer las oraciones para exorcizar los malignos espíritus, ponerme la estola en la cabeza y rociarme de agua santa; debe golpearse el pecho, arrodillarse, implorar para mí la piedad del Señor; ya que no soy una loca, sino que alguien se ha apoderado de mí, ya que no soy una loca sino que alguien ha poseído mi sér, y vive conmigo. Dentro de mi alma hay otra alma; dentro de mi voluntad hay otra voluntad; dentro de mi razón hay otra razón. Necesito exorcizarme; necesito, esta vez, echar fuera de mí á mi enemiga, arrojar esta otra alma que me llena de terror. Nosotras somos dos...

***

Cuánto tiempo hace que vi á la otra por la primera vez? No sé; la fecha no podría decirla, porque no la recuerdo. Recuerdo sí que era un crepúsculo muy rojo de otoño; yo corría por la calle fangosa camino de la casa donde alguien que me amaba moría. Corría bajo la lluvia, con la cabeza inclinada, murmurando en el tránsito las palabras de consuelo y perdón. De improviso, levantando los ojos, bajo la claridad bermeja de un farol de gas, miré caminar á mi lado una figura femenina. Era una mujer de mediana estatura, el rostro pálido y fino, castigado por la edad, acaso por los sufrimientos, y en aquel rostro marchito llameaban unos ojos negros, ardían unos labios sanguíneos. Vestía toda de negro, del negro de sus ojos, y llevaba al cuello, á modo de alhaja, un ramito de coral rojo como sus labios. Caminaba cerca de mí, mirando la tierra, y un breve instante fijó sus ojos en mi rostro, apartándolos luego, de súbito. Yo, turbada por esta aparición extendí la mano casi para tocarla, pero ella se alejó rápidamente. Seguíla como por instinto, sin saber por qué, presa de la necesidad de ir adonde ella fuera, de hacer lo que ella hiciese. La seguí con los ojos fijos en su figura bruna, empeñándome cada vez más en mirar aquella mirada negra y ardiente, aquellos labios febricitantes, aquel traje negro como sus ojos, aquel ramo de coral rojo como sus labios. Caminaba por la calle con su paso rítmico, ora deteniéndose ante las vitrinas de las tiendas, ora saludando á alguna persona desconocida, ora parándose á discurrir con algún pasante vulgar. Yo, á sus espaldas, remedaba todo lo que ella hacía. Tomó la vía del teatro, subió las escaleras, entró en un palco, y ya en el palco, inmediatamente se puso á dardearme la locura con su mirada negra. Reíase de súbito con sus labios sanguíneos; en tanto que yo, en un palco de enfrente, imitándola, miraba descaradamente la locura de su mirada y reía, reía siempre. Ella partióse, de pronto; y yo quedé sumida en un éxtasis como si me faltase el espíritu. Luego, vuelta á la vida, desperté con la amargura creciente de los remordimientos. El amigo que me esperaba, y á quien debía llevar las palabras de consuelo y perdón, había muerto, solo, mientras yo reía en el teatro.

***

Yo no amaba á aquel hombre. Tampoco amaba á ninguno en aquel tiempo. Mi indi-

ferencia en cosas de sentimiento era serena; no amaba, no tenía la piedad del amor. Aquel hombre era un sér vulgar y miserable en quien yo veía toda la miseria, toda la vulgaridad. Su amor, hecho de vanidad, de capricho, de reproche, no tenía el poder de irritarme, pero en cambio tenía el poder de provocarme náuseas. Sus palabras me dejaban inerte, sus cartas no me impresionaban, sus manos, cuando estrechaban la mía, no lograban empalidecerme. Odiarlo no podía, pero amarlo tampoco. Medía toda la mezquindad, toda la bajeza de su espíritu. Devorado por su deseo, que era vanidad, se estremecía de rabia, temblaba de falso amor, suplicaba, rogaba, vertía lágrimas de despecho. Yo lo rehusaba tranquila, inmóvil, sonreída, casi insolente, encastillada siempre más en aquella indiferencia que es dón de los fuertes. Al fin un día, en una escena de cólera, me dijo:

—O mañana ó nunca.

—Nunca—respondí yo fríamente.

El siguiente día, un mediodía de invierno, yo paseaba por el campo, rebosando de emoción ante la majestad del río que se encamina lento á la mar, por las anémonas crecidas entre la yerba húmeda, por los pequeños sauces negros que se inclinaban paralelos, casi espinosos, por los pájaros que estridían sobre mi cabeza en la profundidad de los cielos. Estas sensaciones tornaban exquisitos y suaves á mis nervios equilibrados. Estaba tranquila. Cuando hé aquí que en la lejanía de la ribera, en la gaya claridad meridiana, ella me sorprendió con su rostro pálido, cadavérico, donde vivían solamente los carbones de sus ojos, y la boca roja como un granate; vestida de negro, llevando al cuello un ramo de coral rojo. En esta ocasión no me miró. Todo mi sér se fué á ella. Mientras se dirigía lentamente á la ciudad, yo la seguí paso á paso como una bestia obediente. Veía con temor que ella caminaba hacia el lugar del encuentro con aquel hombre, pero instintivamente no podía manifestar mi desasosiego. Observé con espanto que aquél hombre estaba allí, y que me esperaba y sonreía de orgullo. Pero él no veía el fantasma que hacia él se acercaba, veíame á mí, que me acercaba á él por seguir el fantasma.

—Gracias—dijo el hombre triunfante.

El fantasma sonrióse dulcemente, y yo, que quería aullar de dolor, sonreí de dulzura.

—¿Tú me amas?—interrogó el hombre.

—Te amo—murmuró el fantasma.

Yo, atropellándose los insultos en mis labios, dije en voz alta:

—Te amo.

—¿Me amarás siempre?

—Siempre—repuso el fantasma.

Yo, que agonizaba, respondí:

—Siempre.

—¿Lo juras por la Madona?

—Lo juro por la Madona—susurró la sombra.

Yo, que tenía el terror del sacrilegio, blasfemé:

—Lo juro por la Madona.

***

Ahora me dicen loca. Pensad que he arrastrado dos años la cadena de un amor falso y vulgar, que he mentido dos años, que he tolerado dos años de falsía, porque no me amaba, como yo tampoco lo amaba. Pensad en el disgusto, en el horror, en el fastidio de dos años, en los juramentos mentirosos hechos y recibidos, en los deleites ficticios, en los besos inútiles y efímeros, en los entusiasmos artificiales de esta comedia llena de fango. Y todo era por ella. Por hacer lo que ella hacía, por decir lo que ella decía, por seguirla, por imitarla. Era el ensalmo de esta hada, de esta bruja, de esta hechicera. Era la fascinación, el filtro; poseída de ella que representaba la mentira y la traición, yo era falsa y pérfida.

Con el tiempo, llegó otro. Este otro hombre me amaba verdaderamente, con la lealtad espiritual de las almas elegidas; yo lo amaba con la humildad profunda del corazón que busca rehabilitarse. Nuestras almas vibraban al unísono en la armonía poderosa del amor; se fundían maravillosamente en la armonía del amor; era un afecto solo, completo, todo divino y todo humano. Pero la celestial fusión duró poco. En una hora suprema, mientras él me hablaba suavemente, miré comparecer entre nosotros la dama del traje negro que llevaba al cuello un ramito de coral rojo. Esta vez los suaves ojos relampaguearon malignamente, y sus labios de clavel sonrieron. El me hablaba de amor y ella, sonreía burlona, sonreía.

—No te creo—insinuó á aquel hombre, y decía la verdad.

De esta suerte nuestro amor, tornóse un dolor. Detrás del rostro de él, honrado y bueno, yo veía el óvalo marchito de la mujer que sonreía, burlona; él decía un «sí» franco, sincero, y el eco del fantasma era un «nó» duro; el me acariciaba con su mirada amorosa, y ella relampagueaba ferozmente los ojos.

No te creo, no te creo—repetía á aquel hombre, á la vez que yo me tornaba malvada y escéptica.

Al cabo no creyó más en mí, viéndome siempre distraída, absorta, estremecida por subitáneos miedos, ó perdida en decaimientos mortales.

—Tú no me amas, tú estás muy lejos de aquí; tu alma está ausente; oh! retorna, retorna!—me suplicaba él.

Sin embargo, nos amábamos: la maga pálida, de los labios de carmín, burlándose, se interpouía entre nosotros, nos helaba la sangre, tornaba débiles nuestros besos y opacas las voces. Yo sufría infinitamente más que él, yo que veía á la maga sentarse junto á nosotros, yo que sentía el espanto de este espectro subirme al cerebro y hacerme delirar. Yo que llegué hasta sentir celos de aquel fantasma á quien me figuraba que dirigía él sus palabras de amor; yo, que en una explosión de celos, furiosa, grité:

—Tú me engañas, tú amas á otra, tú amas á una mujer pálida, marchita, con los ojos negros, los labios sanguíneos, el traje negro, y un ramo de coral rojo. Tú me engañas, tú me traicionas, tú amas á otra!

El me miró, perplejo.

—Tú eres esa,—me dijo simplemente.

Condújome al espejo; en el cristal vi un rostro pálido, castigado por la edad, acaso por los sufrimientos, dos ojos negros, ardientes, los labios encendidos, un traje negro, un ramo de coral rojo. Vi su figura que era mi propia figura; grité desesperada:

—No soy loca, no es mi cabeza la que deben curar: mi más fiera enemiga se ha apoderado de mí; el fantasma se ha introducido en mi alma. La otra no quiere abandonarme, quiere vivir dentro de mi sér, y de esta suerte somos dos; necesito exorcizarme; llamad un cura, y que diga sobre mi cabeza las palabras sagradas de la oración que liberta las almas!

MATILDE SERAO.

(Versión del italiano de "El Cojo Ilustrado")

LA POESÍA DE LOS NEGOCIOS

—

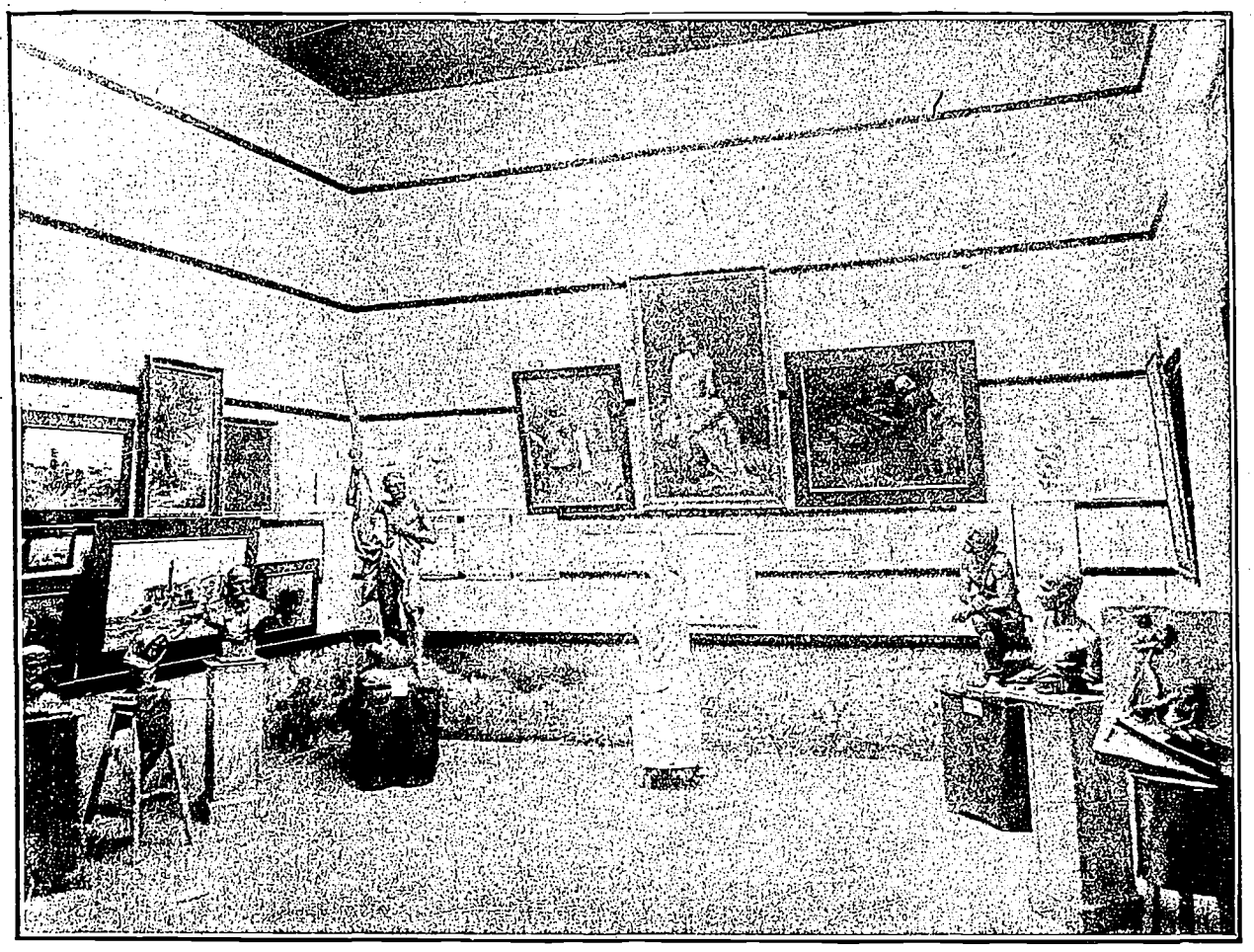
Si un joven no encuentra poesía en los negocios, no es por culpa de los negocios, sino por culpa del mismo joven. Considerad las maravillas, los misterios revelados por las recientes invenciones debidas al menos material de los agentes físicos: la electricidad, con sus fuerzas desconocidas y aun ni siquiera sospechadas. Debe ser bien estúpido y bien prosaico el joven que ocupándose en electricidad, no importa en cuál de sus formas, no se sienta elevado por sobre la monotonia de los negocios, á la región del misterio. Los negocios no son solamente dollars. Estos no son sino la envoltura. El fruto se encuentra en el interior y no se vuelve sabroso sino más tarde, á medida que las más altas facultades del hombre de negocios, tan continuamente puestas en juego, se desarrollan y maduran. Bajo el reinado del militarismo y de la fuerza bruta, había mucho desprecio para el hombre de negocios. Cómo ha cambiado tal sentimiento! Además, éste era de reciente origen, porque si miramos hacia atrás, más lejos, veremos que las más antiguas familias del mundo no tenían más orgullo que el proveniente del papel que desempeñaron ellas en los negocios. El saco de lana y la galera ornan todavía sus escudos.

Acordaos de que el último emperador de Alemania quiso hacer á su amigo Krupp, el fabricante de acero, un príncipe del imperio. Pero este negociante estaba muy orgulloso con sus fábricas y con ser hijo de su padre. Pidió al emperador que no lo hiciera decaer del rango que ocupaba como príncipe del acero. El hijo de Krupp, que ha sucedido á su padre en el trono, daría hoy, no lo dudo, la misma respuesta. Es á la hora presente un emperador, y muy orgulloso de la posición que ocupa.

El viejo prejuicio contra el comercio ha desaparecido hasta de sus fortalezas de Europa. Este cambio proviene de que el comercio mismo ha cambiado. Antes, todos los negocios se hacían en la más pequeña escala del detalle, y negociaciones menudas en menudos negocios hacen hombres menudos. Además, cada quien debía ocuparse de detalles, cada quien fabricaba y vendía por su propia cuenta. Las más altas cualidades de organización y de empresa, amplitud de miras y habilidad de ejecución, no tenían empleo. En nuestros días todos los negocios se hacen en una escala tan gigantesca que los directores de una enorme casa gobiernan un dominio. El patrón tiene á veces más hombres en su ejército industrial que los reyezuelos de Alemania bajo sus banderas.

Decíase antes que dos personas en un mismo comercio no se acordaban nunca. Hoy las más calurosas amistades se forman, en todas las esferas del esfuerzo humano, entre las personas consagradas á unos mismos oficios. Cada uno visita las oficinas, las fábricas, los almacenes del otro. Se muestran recíprocamente las mejoras, las invenciones nuevas y las aplican á sus propios negocios.

Estos son al presente demasiado grandes para engendrar celos mezquinos. Al ansia de provecho se ha mezclado el deseo de progreso, de invenciones, de mejores métodos, de perfeccionamientos científicos, y el orgullo de triunfar en los negocios importantes. Así los dividendos que el negociante busca y recibe no consisten solamente en dollars. Junto con el dollar reciben otros dividendos mejores, representados por la satisfacción de haber llevado al más alto punto de su desarrollo el negocio que es la ocupación de su vida.



ACADEMIA NACIONAL DE BELLAS ARTES - Exposición de Escultura y Arquitectura - 1906

Fot. Guerra para *El Cojo Ilustrado.*

Yo puedo con toda confianza recomendar la carrera de los negocios, como una carrera en la cual hay espacio amplio para el ejercicio de las más altas facultades del hombre y de todas las buenas cualidades de la humana naturaleza. Creo que la carrera de un gran comerciante, de un banquero, de un jefe de industria, es favorable al desarrollo de las facultades del espíritu; que madura el juicio en una gran cantidad de sujetos, los libra de prejuicios y mantiene su espíritu abierto. Además, sé que el éxito duradero no puede obtenerse sino por medio de una conducta leal y honorable, por irreprochables costumbres y una vida correcta, por el empleo del buen sentido y de un juicio raro en todas las relaciones de la vida humana, pues el crédito y la confianza se alejan del hombre de negocios inepto en las palabras y en la acción, que tiene costumbres irregulares ó bien es sospechoso de prácticas poco delicadas. Hay sitio para un tonto en todas las profesiones liberales—tonto como un niño fuera de su especialidad, y sin embargo resulta competente en esta especialidad;—pero jamás vió nadie que un tonto resultara en los negocios. El hombre que no posee un juicio sano no puede triunfar en ellos. La carrera de los negocios es una ruda escuela de todas las virtudes. Procura una suprema recompensa que ninguna otra carrera puede prometer. Quiero aludir á los nobles beneficios que hace posibles. Es principalmente á los hombres de negocios á quienes debemos nuestras universidades, nuestros colegios, nuestras bibliotecas y nuestros institutos de educación, como lo atestiguan Girard, Sehigh, Chicago, Harvard, Yale, Cornell, y tantos otros.

Entre los monumentos que un hombre puede dejar detrás de sí, hay alguno que pueda con tánta seguridad trasmitir á las generaciones futuras un nombre honrado por las bendiciones de millares de personas que hayan recibido entre sus paredes el bien más precioso, cual es una instrucción sana y liberal? Estos monumentos son obra de los hombres que han reconocido que el exceso de la riqueza es un depósito sagrado, que su poseedor debe administrar en toda la vida, para el mayor bien de sus semejantes.

Si algunos negociantes pueden merecer el reproche de avaros, tenemos el derecho de reivindicar para su clase lo que el honrado Tomás Cromwel decía del gran Cardenal, á saber:

—Si tienen la avidez de adquirir, por lo menos haciendo donaciones han obrado de un modo principesco, como lo atestiguan esos templos de la Ciencia.

Existe un gran industrial, el más grande del mundo en su género. Es un hombre admirable que honra grandemente la carrera de los negocios. Como todo hombre de negocios inteligente, á medida que su edad avanzaba, sentía que era necesario introducir sangre nueva en su casa; que si le era aún relativamente fácil dirigir su importante negocio, era sabio buscar manos capaces de continuarlo, después que él se hubiera retirado. Los hombres ricos tienen raras veces hijos que hereden el gusto por los negocios. No tengo ningún inconveniente en decir si esto es bueno ó malo: considerando la masa humana en su conjunto, creo que esto es lo mejor para ella.

Si los hijos de los hombres ricos tuvieran las mismas necesidades que los hijos de los pobres, y por consiguiente, su ambición, habría para los alumnos de los colegios menos probabilidades de éxito de las que hay. Ese hombre no esperaba hallar entre los miembros de su familia sangre nueva y de juventud. Un joven, empleado en una sociedad anónima, le había llamado la atención, por el modo como trataba con él ciertos negocios. Este joven le hacía frecuentes visitas. Pero el sabio hombre no se apresuraba. Pronto quedó satisfecho de su capacidad, pero esto no era sino un punto entre muchos otros. Cuáles eran los gustos, las frecuentaciones, las costumbres y los conocimientos del joven? Fuera de los negocios, cuál era su carácter? En todos estos sentidos descubrió exactamente lo que quería. El joven sostenía á su madre viuda y á una hermana; tenía por amigos á excelentes jóvenes, de los cuales algunos tenían más edad que él. Era instruido, le gustaba la lectura, tenía elevadas miras. Apenas es necesario agregar que era un gentleman, que tenía en alto grado el respeto de sí mismo, el alma del honor, incapaz de nada vulgar ni bajo; en suma, un joven modelo, y pobre, por entendido.

Llamó á este joven y le dijo que él desearía tomarlo á su servicio y le preguntó si quería hacer este ensayo. El millonario declaró francamente lo que buscaba: un joven que pudiera atender á sus negocios y en el cual pudiera

descargar una parte de sus cuidados. Convinieron en que serviría durante dos años en calidad de empleado y quedaría sometido á la regla común, regla muy dura, pues era necesario estar en la fábrica por la mañana un poco antes de las siete. Debía recibir un salario poco mayor que el que antes tenía y si al cabo de dos años, ninguna de las dos partes había dicho nada, si no habían contraído ninguna obligación, entrambos quedarían libres del todo. Esto no era sino un ensayo. El joven declaró orgullosamente que no aceptaría otra cosa.

El negocio prosiguió su marcha. Antes de que los dos años terminaran el patrón tuvo la satisfacción de comprobar que había encontrado un objeto bien raro: un joven de negocios. Se declaró que estaba encantado de él, satisfecho de sus servicios y le expresó su alegría por haberlo conocido; y le anunció que había tomado sus disposiciones para interesarlo en la casa.

Pero con estupefacción suya el joven le respondió:

—Gracias; pero me es imposible aceptar.

—Por qué? Usted me conviene. Es que yo no le convengo á usted?

—Perdóneme; pero por razones que yo no puedo decir dejaré mi empleo dentro de seis meses, al fin de los dos años, y me proponía advertírselo, á fin de que usted pudiera reemplazarme.

—A dónde va usted?

—Al Extranjero.

—Ha contraído usted algún compromiso?

—Nó, señor.

—Sabe usted á dónde vá?

—Nó, señor.

—Ni lo que hará?

—Tampoco.

—Yo lo he tratado bien á usted y me parece que tengo el derecho de conocer la verdadera razón de su partida. Creo también que es un deber decírmela.

Esta fué la razón arrancada al joven:

—Usted ha sido demasiado bueno conmigo. No sé lo que daría por poder quedarme junto á usted. Usted me ha invitado á su casa. Ha hecho un viaje y me ha pedido que les haga frecuentes visitas y que conduzca á su esposa y á su hija á las diversiones á que desearan asistir, y yo no puedo ocupar más ese puésto.

El millonario descubrió naturalmente, lo que todos habrán adivinado: precisamente lo que á cualquiera hubiera ocurrido en análogas circunstancias: el joven se había enamorado de la muchacha. En otro país esto no hubiera sido considerado como una indiscreción muy grande, y no le aconsejo á nadie que luche contra tal sentimiento. El que ama de veras debe olvidar que es la hija de su patrón la que lo ha enamorado y que puede tener que soportar el peso de las riquezas; pero en el país de que os hablo se hubiera tenido á deshonor, por un empleado joven, hacer la corte á una muchacha cualquiera, sin permiso de sus padres.

—Ha hablado usted á mi hija?

El joven se dignó apenas contestar á esta pregunta:

—Seguramente nó.

—No le ha dicho nunca una palabra, ni nada que pueda hacerla concebir una sospecha?

—Nó.

—No sé por qué no lo ha hecho. Usted es precisamente la especie de yerno que deseo, si es que le agrada á mi hija.

La joven, por una razón ú otra participó de la opinión de su papá. El joven era el marido que ella deseaba. Y éste es hoy un hombre de negocios feliz: Rockefeller.

ANDRÉS CARNEGIE.

PAGINAS CORTAS

PASTEL

—

La sombra sigue imperando aún en el recinto, ya no familiar y dócil y discreta, como en los días pasados de ventura y de amor. A las acogedoras penumbras ha sucedido el marasmo de una sombra densa y triste, semejante á un negro gas de desilusión. Hoy el agua diáfana y honda de los espejos se inunda en mirajes borrosos, así como transparentando los despojos de las cosas antes alegres ó felices el cristal del océano, después del naufragio. Naufragó la barca de rosas y risas, y los espejos copian en su cristal mustio el deshoje de las rosas idílicas y el último rastro de resplandor que sobrevive á la furia de los deleites.

En el solitario aposento apenas perdura un vestigio de los perfumes de antaño, que se tornaban poderosos ó tenues en la hora del goce ó de la tregua. Las aromas femeninas se desvanecieron sin comunicarles á las cosas el alma ardiente y bendita que las animaba, aquella que ardió siempre con la ferviente acritud de un voto sacrílego, sobre el muelle altar del reposo. Los perfumes han cerrado su arca de emociones, en la agonía...Sólo persiste la memoria de la fragancia difusa que indestructiblemente infundieron las caricias á la alcoba abandonada... El desparramarse de los cabellos femeninos—tal una desatada ola de lóbrega seda—vertía en el aire una esencia de alegría, y cuando los labios amorosos cobraban violentos carmines en el beso ó se entreabrían como una herida dolorosa en la fiebre del amor, la estancia se hubiera dicho un gran cuerpo, que exhalara múltiples respiraciones olorosas...

Copiaba turbiamente el espejo el desatarse de aquella ola fragante y obscura, con un calofrío de dicha y de deseo; y las colgaduras de bermejo ormesí temblaban con orgullo sangriento sobre el orgasmo sonoro, cómplices fastuosas en la fiesta de los instintos. Cómo se saludaban las cosas con salutaciones mudas, impregnándose de la fuerte pasión que á los amantes envolvía como una llama única, como una gran túnica invisible de perfume y de fuego! Las rosas en su larga agonía sobre el agua inmóvil y tibia, en las copas llenas de floridos dibujos, juntaban una blanda insinuación de suplicio y de muerte al frenesí vital que saturaba el recinto. Las risas nerviosas y suaves que esparcían un frescor de aire campestre en el aposento cerrado, herían como luengas y crueles agujas de plata el terciopelo de los pétalos moribundos.

En la suntuosa desolación del refugio que un día presenció locuras y bellezas, que conoció desnudos encantos brindados con un absoluto y heroico impudor á la vestidura de las caricias, sólo es de una desesperante angustia el orden cuidadoso que reina en todo, en el conjunto y en el más nimio detalle. Ni ropas en desorden, ni flores por el suelo, ni brillantes peinetas que rompan con una nota clara el obscuro matiz de las alfombras, ni la boca amplia y complacida de la botina que se reía tumbada junto al lecho, indiscretamente, en una violencia reveladora de premuras... Es desolador y triste, con esa tristeza de llanura solitaria, desprovista de árboles y aridecida de arena y de sol, el orden estricto y pobre que ha invadido este santuario de los locos deseos. Desearíamos ver rajadas las lunas de los espejos, las flores marchitas destrozadas, echadas por el piso en un momento de desesperación ó de celos; los cortinajes desgarrados por una mano llena de convulsos furores, los muebles volcados y rotos, como víctimas de una venganza que no pudo cumplirse contra el destino misterioso ó contra la perfidia del corazón de la Amada. Desearíamos sospechar el rostro, pálido aún de ira—y con augurios de sangre—que descubre el paso de los soplos más violentos del espíritu. Pero aquí todo persiste, en una impasibilidad desolada, sin sollozos, sin alaridos, sin palideces sentimentales siquiera, y el alma mortuoria del idilio se cubre con una máscara de impasible circunspección. Qué mano cuidadosa, limpia diariamente el polvo acumulado sobre los muebles y por todas partes, cuando debía dejarse que el polvo enterrara bajo una capa de silencio el alma atormentada y quejumbrosa que de la pasión difunta subsiste en el ámbito?

Lo último que veo con rudo pesar es la ventana cerrada, el balcón romántico, enlutecido por la ausencia de los enamorados. Acodados al barandal de hierro, por las tardes radiosas, contemplaron juntos con distintos ojos y con una alma unánime, cómo surgía en el fondo violáceo de los cielos, en el oeste triste, el blanco diamante de Venus, como una lágrima diminuta en una enorme pupila azulada. Y mientras estaban pendientes del temblor y de la luz del lucero, las horas discurrían sobre sus pensamientos unánimes con un cariño casi maternal. En el fondo del crepúsculo, los enamorados, silenciosamente, encontraban el ímpetu loco que los envolvía y arrastraba en sus tenaces ardores, como una llama, como una verdadera ola de fuego y de perfume... La mirada misteriosa de la estrella crepuscular los anegaba en el ardor de la vida que corre libre sobre la faz sin fin del universo, y que va á refugiarse en las cavernas, en las alcobas ó en los bosques, ante la universal falsificación de todo impulso... Y ellos iban, hablando en secreto, á encerrarse bajo el ormesí bermejo, que se inflamaba entre las sombras con sangrientos orgullos.

Los espejos únicamente han sabido concederme íntegra la visión de las escenas pasadas. El amor murió y los amantes se fueron á quién sabe qué distantes sitios. Y aquí los espejos conservan aún patente la memoria de las desnudeces de la mujer, que fué blanca, gemidora y altiva; y recuerdan con una eficacia turbia, ante la corrección de mayordomo que le han impuesto al aposento de las locuras, la cabellera negra, el cuerpo blanco, las agitaciones febriles, y la maravilla de los labios, que cobraban violentos carmines en el beso ó se entreabrían, como una herida dolorosa, en el instante del amor.

JESÚS SEMPRÚM.

AL CAER LA NOCHE

(POEMA EN PROSA)

Cae la noche. El ábrego que sopla desde la mañana, ha dispersado las nubes, las cuales cubren ahora todo el cielo. El viento se ha calmado. La noche se torna pesada llenándose de errantes olores, tibios olores de hierba madura y de madreselva florida...

Subimos por el flanco de una colina silenciosa, en la que canta un ruiseñor solitario...

Desde arriba se descubre una vasta extensión de la comarca; tierra y cielo, todo es ceniciento, envuelto blandamente en una bruma difusa...

Amenaza lluvia. Grupos de personas se agitan en los declives de las colinas. La sombra los envuelve. De cerca se distingue una carreta. En torno de ella las gentes se apresuran con gestos rápidos, anhelantes. Cargan el heno cortado. La carreta rueda sin rumor sobre la hierba fresca; los bueyes se encaminan con prisa hacia la casa, hacia la luminaria temblorosa que los ve venir, colocada en alto, sobre la obscuridad de la colina.

La carreta y la casa están lejos. Ahora, delante de nosotros á la vera del camino, está la entrada de una alameda de encinas que baja rigidamente, en linea recta. Es tan espesa la obscuridad que no parece sino que al penetrar en ella, entramos dentro de un terciopelo. Es algo suave y compacto, que se aparta ante nosotros á medida que avanzamos. Una luz palidece de repente, muy lejos, como el reflejo que tiembla en el fondo de un pozo; y á entrambos lados la espesura de los árboles tiene agujeros más claros, agujeros que son como pupilas que nos contemplan.

EMILIO POUVILLON.

Academia Nacional de Bellas Artes: "La defensa de la bandera"—Escultura por Pedro M. Basalo.—(Primer Premio)

LA PEREZA DE FLAUBERT

En gran número de sus cartas intimas Flaubert cuenta que acaba de escribir en ocho dias, dos páginas de la *Bovary*, y esto trasnochando y haciendo esfuerzos de condenado, sudando, gimiendo, desencajándose, y, en ocasiones, hasta «caer rendido de fatiga sobre su diván, y quedar allí hundido en un marasmo interior de fastidio».

Este modo de trabajar es muy extraño. Confesaré mi ingenuidad? Hago un gran esfuerzo para comprender cómo pueden emplearse ocho dias con sus noches en escribir cincuenta ó sesenta líneas. Ese grado de dificultad en el trabajo me parece inconcebible, sobrenatural, fantástico. En una palabra, desconfio. Y desconfio principalmente cuando considero la facilidad con que Flaubert escribia á sus amigos, en una sola mañana, cartas de veinte páginas, que son ya, verdaderamente, de un estilo muy redondeado.

Y desconfio tanto más, porque conocí algo, en sus últimos años, á este hombre excelente, de una cándida y deliciosa bondad. Varias veces pasé en su pabellón de Croisset un mediodia entero; pues por poco que uno le agradase, lo retenía sin dejarlo marchar. Le hablaba de literatura. Tenía en estas materias sentimientos truncos y confusas ideas. Afirmaba que poseía á fondo su Rabelais y su Chateaubriand. Pero yo pude advertir que todas las veces citaba unas mismas frases. Tengo razones para creer que eran esas las únicas que conocía. Era teatral y estaba lleno de ilusiones.

Además de esto yo imagino que fué muy amigo del ocio, muy perezoso, por más que se diga. Pescar libros al azar á través de su biblioteca, tenderse en un diván para fumarse innumerables pipas, soñando vagamente en la página comenzada y rumiando epitetos, eso era lo que llamaba él «trabajar como un negro».

Ha podido, pues, sucederle que exagerara sus angustias, su encarnizamiento doloroso en las palabras y en las sílabas, porque habia mucho de Tartarin en él, como en muchos normandos. Y, por otro lado estoy persuadido de que á menudo tomaba el ensueño, la vaga persecución de una idea entre el humo del tabaco, por un trabajo real. Así se explica que no teniendo otra cosa que hacer y viviendo en una soledad casi completa, haya podido pasar cinco ó seis años sobre cada uno de sus libros. Es verdad que son de los mejores. Y es por haber sido escritos lentamente, pero no como lo creia él, en un potro de tormento y entre sudores de agonia.

JULIO LEMAITRE.

EL HOMBRE Y EL PELIGRO

El sentimiento del hombre frente al peligro es singular, y una de sus singularidades es el ser doble. Todos tenemos, en efecto, una extrema aversión por el peligro imprevisto, por el peligro forzado, por aquél que podria llamarse el peligro bruto. Nos sorprende y nos choca. Nos hace el efecto de una grosería del destino, de una descortesía del azar. Un puente, por el cual pasamos todos los dias y que de improviso se derrumba, tiene no sé qué de estúpido, cuya sola idea nos repugna, pues un puente debe ser estable. Su uso no está ligado en nuestro espíritu á ningún peligro probable. El accidente nos parece en este caso ilógico y nos ocasiona un malestar instintivo. Por el contrario si montamos un caballo difícil, pero cuyos defectos conocemos de antemano, al po-

nernos en la silla sabemos que estamos expuestos. El riesgo existe, pero está previsto y consentido, y si la bestia nos hace algún daño, hay la fortuna de que no le guardaremos rencor al suceso si no nos arroja con demasiado fracaso.

Esto vale reconocer que el peligro en su forma excepcional y voluntaria, nos parece muy aceptable. Iré aún más lejos, hasta decir que hay en él una especie de secreta voluptuosidad. La acción peligrosa, una vez deseada y cumplida, nos deja en un estado de satisfacción muy particular, en una suerte de alegría espiritual y física. El peligro es pues, un placer. Hay en él exaltación y lo que es verdad del peligro en sí mismo, lo es también del accidente eventual, y real á menudo, que es su consecuencia. Si no ha tenido consecuencias desagradables, produce los mismos efectos. Siempre he observado en las personas que acababan de escapar de un peligro, más ó menos indemnes, en algún trance de este género, un buen humor muy especial, al cual suele juntarse en ocasiones cierto matiz de vanidad, un poco de orgullo, como le ocurre á quienquiera que en un momento se distingue del común de los hombres.

Recientemente me ha sucedido á mí encontrarme en las condiciones de que hablo. Un automóvil que nos conducía queriendo evitar un obstáculo vivo fué á chocar con un poste de telégrafo. Aparte de los primeros instantes de angustia por los demás y por mí mismo, y de la penosa sacudida corporal que nos inflige un choque violento, no he guardado de este acontecimiento un mal recuerdo. Muy al contrario; y la reunión de todos los viajeros alrededor de un té reconfortante, se me ha quedado en la memoria como un delicioso minuto. Poner un terrón de azúcar en la taza, moverme, ir á la ventana, me parecían acciones ocasionalmente sorprendentes y agradables. El peligro da un valor á la vida.

De allí el favor durable de que disfrutan y disfrutarán siempre los ejercicios y los juegos peligrosos. Añadiré también que el peligro influye de una manera poderosa sobre nuestra imaginación. Al través del peligro se transparenta un no sé qué de misterioso. No nos encubre algo raro y nuevo? Excita así nuestra curiosidad. Aquéllos que han realizado ciertos actos arriesgados ó se han escapado de alguna catástrofe, nos parecen, por esto mismo, diferentes de los demás hombres. Saben lo que nosotros no sabemos. Vuelven, para nosotros, de un más allá. Llevan en sí propios algo incógnito sobre lo cual pueden instruirnos; y tenemos curiosidad de saber lo que han experimentado y sentido en circunstancias de las cuales, felizmente para la mayoría, no tenemos más que nociones imaginarias.

El gusto del peligro es acaso, de todos los sentimientos humanos, el que menos se gasta. De ello no quiero otra prueba que los prisioneros de la isla de la Cabrera. La capitulación de Bailén, en 1808, les valió la horrible confinación en aquel islote español. Allí erraban los soldados del Emperador, acostumbrados á las largas marchas á través de la Europa, en una ribera circular.

Había—cuenta uno de los prisioneros—á lo largo de la costa un estrecho paso que conducía á una especie de gruta. Esta no contenía nada. Así lo sabían, y sin embargo, todos los días algunos de los soldados se aventuraban á franquear el paso arriesgado, y todos los días uno ó varios de los imprudentes pagaban con su vida esta tentativa, inútil, vana, pero peligrosa, cuya única razón de ser era el arrostrar un peligro. Al fin fué preciso poner centinelas para evitar esta hazaña de aquellas gentes, quienes, faltándoles en su ociosidad hambrienta y heroica, ocasiones de peligro, del cual no podían privarse, las reemplazaban á su modo, por un juego absurdo y mortal.

HENRI DE RÉGNIER.

EL PINZON

—

Frisaba entonces yo con los doce años y era un muchachote endiablado, poco afecto á la disciplina y particularmente aficionado á la vagancia. Se entiende que al vagabundear por los campos. Se me veía raramente en las calles: cuando no podía hacer otra cosa. Evitaba á los chicos de la población, los cuales tenían miedo de ir al bosque. Mis mejores amigos eran muchachos salvajes, cuyos padres vivían en su mayor parte del merodeo y la caza furtiva. Encontraba delicioso el estado de abandono y de libertad de que disfrutaban. Prontos siempre á seguirme, estaba yo seguro de tenerles siempre á mi disposición para mis escapadas frecuentes.

El país se prestaba para esto, por lo demás, admirablemente. Grandes bosques de hayas, campos con valladares frondosos, árboles centenarios; valles sinuosos, sembrados de saucedales, cercados de ríos y arroyos, envolvían y aprisionaban la aldea. Al salir de ésta disfrutaba de mayor seguridad. La naturaleza nos protegía y ocultaba. Se hacía cómplice nuestra, multiplicando las quiebras y variedades del terreno, sus zanjas espinosas, sus cortinas de verdura para ampararnos. Entonces la veía yo? En todo caso la naturaleza me penetraba, me empapaba, y no me sentía feliz sino con ella sola. Recuerdo que cierta mañana primaveral—y este es mi más remoto recuerdo—estando sentado sobre la hierba, bajo los manzanos de mi abuela, me sentí lleno de un deslumbramiento, y extendí mis brazos, enagenado, hacia los ramajes, á la luz, á los follajes, á todo aquello que mis ojos percibían.

Pero á lo que atendía yo más en la naturaleza, lo que encarnizadamente perseguía, dejando la sangre en las espinas y las ropas entre los zarzales, era á los pájaros. El descubrimiento de un nido me llenaba de transportes. No había espesura tan tupida ni rama tan alta, á donde no pudiera yo llegar para admirar la estructura de los nidos é inspeccionar lo que contuvieran. Siempre sabía de varios. Y los visitaba á menudo —con qué precauciones y por qué caminos!—vigilando la postura, la incubación, la eclosión de los huevos, el crecimiento de los polluelos; y como en aquel país de aguas y de selvas los nidos son muy numerosos y los pájaros muy variados, yo estaba siempre lleno de ocupaciones. Puedo decir que los más claros de todos mis conocimientos los adquirí en esa escuela.

Acababa de cumplir mis doce años y era ya hora de hacer mi primera comunión. Era el domingo próximo. La semana que precede á esta ceremonia, llamada semana de retiro, está exclusivamente consagrada á ejercicios religiosos, y nos pasábamos el tiempo en oraciones, repasando nuestro catecismo, repitiendo nuestros actos de fe y confesando nuestros pecados. De la mañana á la noche explorábamos nuestras conciencias, limpiándolas de los crímenes é inmundicias con que el demonio nos las había manchado; y como íbamos todos los días procesionalmente de la alcoba á la iglesia, entonando cánticos, pasábamos de ordinario bajo un gran castaño, sembrado en el patio del presbiterio y que asomaba una parte de sus ramas por encima de la calle. Ahora bien, en una de estas ramas, en la más larga y frondosa había un nido de pinzones. Era yo el único que lo sabía. Lo había visto construir. Pero ya entonces era preciso adivinarlo, pues las hojas lo tapaban por completo. Había ya pichones en él y tanto más tentadores cuando que ya se agitaban tomando el alimento del pico de los padres, prontos á volar. En toda la semana no pensé seriamente más que en esto.

Al fin llegó el domingo. La comunión se verificó muy de mañana, en la primera misa. Ya verificada la comunión, era costumbre del cura conducir los niños que comulgaran á desayunarse en el presbiterio. Mientras los demás estaban á la mesa, yo me fuí al patio. Sobre un montón de leña, cerca del castaño, vi un pajarillo que piaba, batiendo las alas. Corrí á él. Apenas sabía volar. Lo aprehendí fácilmente. Era un pinzón joven. Rápidamente me lo introduje en el pecho, entre la camisa y la piel y me volví al presbiterio, precisamente cuando tocaban á misa mayor.

De nuevo nos pusimos en camino para la iglesia y pronto estuvimos alineados en dos filas, en el coro, con sendos cirios en la mano.

Los cirios, orgullo de los padres y diezmo del clero! Los había enormes, torcidos en espiral, revestidos de arabescos, acanalados, estriados, dentellados y tan pesados que no pudiendo con ellos los niños, era menester en ocasiones agregarle una persona mayor—generalmente muy piadosa—que se los llevara. Estos iban á la cabeza del cortejo. Los pobres venían á la cola, con humildes velas de cera, principiando así por la humillación su entrada en la vida, y esperando ya el reino celestial, donde los últimos serán los primeros.

La iglesia habíase colmado de gente con rapidez. La nave y las partes laterales, las capillas, los escaños, las sillas estaban atestadas. Los chicos éramos el punto de mira de toda la concurrencia. El oficio se cumplía como de costumbre y ya el abate Cahieu estaba delante del Evangelio abierto sobre un facistol en medio del coro, y empezaba á cantar la epístola. Este abate Cahieu, entre paréntesis, tenía un modo singular de abrir la boca cuando cantaba, redondeando y recogiendo los labios, los cuales tenía rojos é hinchados á fuerza de tocar el oficle, y como hechos á

la embocadura de su instrumento. Estábamos de pies, admirando su bella voz, la redondez irreprochable de su tonsura, la brillantez de sus cabellos largos y grasientos, peinados hacia atrás—y yo principiaba á inquietarme por mi pinzón, el cual, incómodo de seguro en su escondrijo, sentía con bastante frecuencia la necesidad de cambiar de postura. De repente se puso á chillar:

—Tiuit! Tiuit!

Mis camaradas se volvieron avizorando por el suelo, á la derecha, á la izquierda, por el aire, interrogándose entre ellos con los ojos. Yo no era por cierto el menos admirado. Algunos «Pstt! Pstt!» salidos con mucha oportunidad del elevado asiento en que estaba nuestro maestro de escuela, restablecieron el orden. El abate Cahieu continuaba salmodiando religiosamente su epístola, y yo me dirigí ingenuamente al buen Dios á quien había recibido por la mañana con tanto fervor, suplicándole que me perdonara, que no me hiciera traición, que le impidiera al pinzoncito que chillara de nuevo: esto le era tan fácil y el pajarillo estaba tan cerca de él! Tiuit! tiuit! tiuit! fue la respuesta del pájaro.

Esta vez hubo un gran movimiento de los cirios, seguido de una fuerte lluvia de cera sobre los trajes; varias personas graves murmuraron; el abate Cahieu interrumpió la lectura y volvió la cabeza hacia donde yo estaba. Había enrojecido: me vi perdido, arrojado vergonzosamente de la iglesia... Entonces, dudando de la «presencia real» y recogiendo duramente el brazo contra el pecho, estreché con él al pájaro y lo ahogué.

Dos meses después partía para el colegio.

He pensado después muchas veces en esta historia de mi primera comunión. No era mi infancia tan libre y tan dichosa, lo que había matado aquel día? No murió con aquel pajarito en que parecía estar encarnada, y cuyo cadáver siento aún que se pone rígido y helado sobre mi corazón?...

CARLOS FREMINE.

Academia Nacional de Bellas Artes: "Del mercado"—Cuadro por Carlos A. Otero.—(Primer Premio)

LA OROPENDOLA

—

Era en el fondo del país de Poitou, en los alrededores de Saint-Jean, en la época del corte de los henos, cuando los tilos se visten de millares de flores perfumadas y las cerezas están maduras. Me paseaba en un cercado de árboles frutales, en compañía de una linda muchacha, nieta del propietario de aquel dominio. El cercado estaba verde, plantado de cerezos, de manzanos y de albérchigos, y vecino á un bosque poblado de pájaros. Mi compañera era una linda joven de mi edad: veinte años, fresca, rosada, pequeñita, de labios bermejos, negros ojos muy vivos y cabellos castaños. Nos conocíamos solamente desde la víspera; pero en el campo y cuando estamos en la primera juventud, intima uno rápidamente. El aire vivo de la mañana, el claro sol, el buen aroma de la hierba segada que nos llegaba de los prados, nos habían tornado expansivos y andábamos á través de los árboles del cercado, parloteando como un par de amigos: ella era alegre, curiosa, preguntona; yo, más tímido, romancesco, muy inflamable, ocultaba, bajo mi exterior un poco desgarbado, una naciente ternura que no pedía sino enardecerse.

Mientras vagábamos dulcemente, un canto de pájaro hirió nuestros oídos, á través del follaje—un canto compuesto cuando más de tres frases muy cortas, de una sonoridad y frescura exquisitas. No podía compará rsele mejor que con los sonidos de una flauta de oro. Era una melodía llena y pura, unida por un tartajeo impregnado de sensualidad.

La muchacha se detuvo para escuchar.

—Cuál es ese pájaro que canta tan lindo?—preguntóme:

—Es la oropéndola.

—De veras? Y cómo es la oropéndola?... Nunca la he visto.

Tuve que pintarle este pájaro, gran comedor de cerezas, con pechuga de un hermoso amarillo encendido, alas negras, y una cola mitad negra, mitad amarilla. Se lo retraté con su pico de color purpúreo, fuerte y ampliamente hendido; sus narices muy abiertas; sus ojos grandes, redondos, rojos como guindas, anegados de un húmedo resplandor goloso, y el diminuto mostacho negro que completa su fisonomía de epicúreo. Le dije que llegaba de los países cálidos en el tiempo en que las cerezas principian á colorearse y que construye su nido en la horqueta de las ramas altas—un nido muellemente afelpado de hierba y telas de arañas, suspendido, como una hamaca, entre dos ramas por blandas y sólidas ligaduras que lo mecen al menor soplo de viento, lo que añade una nueva voluptuosidad al *confort* de esta morada aérea.

—El jugo de las cerezas, continuaba yo, lo predispone á la ternura, y cuando se ha emborrachado bien con cerezas y guindas, en ese nido de muelle balanceo galantea un poco á su compañera.

Este detalle puso alegre á la muchacha.

—Oh! me dijo; yo quisiera ver una oropéndola.

—No es cosa fácil, repliqué yo, porque este pájaro glotón tiene un natural desconfiado y es muy difícil aproximársele... Sin embargo, podemos tratar de hacerlo.

Y, tomándonos de la mano, caminamos ambos con precaución por lo más espeso de la hierba, aproximándonos á un gran cerezo de donde partía el melodioso canto. Apenas habíamos llegado al pié del árbol, cuando el arisco pájaro voló; pero pudimos entrever, entre las hojas, su cuerpo esbelto y gallardo, y sus alas negras y amarillas, que agitaba al huir hacia el bosque.

Nos habíamos quedado junto al cerezo con el cuello extendido, la mano del uno en la del otro, los ojos perdidos en los follajes, en los cuales las frutas maduras lucían suavemente entre la verdura. Eran cerezas blancas y rosadas, de pulpa carnosa y cuyo color invitaba á comerlas. Una escalera estaba precisamente apoyada en el árbol...

—Si fuésemos á tomar el sitio de la oropéndola?, insinuó la joven soltándome la mano.

Recogiendo sus ropas, con pies listos subía ya los escalones, y desde abajo distinguía yo en la penumbra, sus pies diminutos bajo su abombado traje rosa, lleno de mil rayas. A mitad del camino se volvió, y con una sonrisa maliciosa:

—Y bien! Viene usted? me gritó.

No eran deseos lo que me faltaban; pero no me hubiera atrevido á subir sin ser invitado. La seguí, enrojeciéndome, y pronto nos encontramos ambos en el corazón del árbol.

La posición era muy agradable, si no muy cómoda; á cada movimiento que hacíamos, su brazo y sus cabellos me rozaban las mejillas; y ella reía, mientras que yo tenía la tacha de un tonto muy cortado. Al fin ella se agarró con una mano al tronco del árbol, y se sentó, con las piernas colgando, en una rama horizontal. Yo hice lo mismo y nos hallamos el uno junto al otro, suavemente balanceados por la rama elástica y flexible; únicamente que yo no tenía, como ella, un punto de apoyo para sostenerme con comodidad, ó por mejor decirlo, el solo punto de apoyo que se me ofrecía, era su hombro ó su talle, y mi horrible timidez impedía que me sirviera de él. Cuánto envidié entonces la ligereza y la destreza de la oropéndola comedora de guindas. Ella sabe permanecer en equilibrio sobre las ramas y la obligación de mantenerse en lo alto, entre el cielo y la tierra, no le impide ni satisfacer su glotonería, ni ser amable! El viento puede sacudir de firme el árbol, ella se balancea con el árbol, y no pierde por esto ni su apetito ni su presencia de ánimo.

Yo no hubiera podido decir otro tanto, y á pesar del atractivo de la compañía de mi vecinita, me sentía muy poco á mis anchas y más torpe que anteriormente. Ella no parecía advertirlo y alegremente hurtaba las frutas que estaban al alcance de su boca ó de sus manos.

—Se está bien aquí—suspiró;—no le parece á usted que estamos como la oropéndola con su pareja, en su nido colgante?

Pasaba por todas las penas del mundo para sostenerme en la rama; al cabo de cinco minutos hice un falso movimiento y me dejé caer imbécilmente al pie del cerezo.

Ella rompió á reir; después, habiéndose atestado los bolsillos de cerezas, bajó á su vez.

Yo estaba furioso contra mi mismo; y sin hablar casi, lánguidamente, emprendimos de nuevo el camino de la casa; mientras á la orilla del bosque, la oropéndola, con su canto aflautado, parecía burlarse de mi timidez.

ANDRÉS THEURIET.

Paz

Yerguen los chaguaramos sus garzotas
Firmes, en guardia real de paladines,
Y las ramas pendientes, de sus cotas
Les cuelgan en vaivén los espadines.

Al toque de silencio, en largas notas
Que emergen de un cuartel á los confines,
Difunden como en ráfagas ignotas
Un efluvio de ensueño los clarines.

Y la luna que asciende en las remotas
Alas de una visión de serafines,
Con un hilo sutil de brumas rotas

Lleva un dedo á sus labios de jazmines,
Por sobre las heráldicas garzotas
De aquella guardia real de paladines.

LUIS CHURION.

LETRAS ESPAÑOLAS

MOTIVOS, por *G. Martínez Sierra.*

G. Martínez Sierra, el autor poeta, ofrece el libro á Juan R. Jiménez, el amigo poeta, y le dice: «Tal como es, incoherente, frágil, hecho de inconsistentes divagaciones y de motivos sin motivo, queremos que sea para usted porque es sincero, porque es entusiasta, porque es á veces sentimental y á veces en su prosa pasa un aire leve de canción.....»

Y en estas palabras, que son vulgares, que oímos á nuestras madres, á nuestras novias, á nuestros amigos, hay tal misterioso engarce, sabe el poeta darlas el ritmo preciso, el «aire leve de canción», que ya no son vulgares, que ya no tienen la obscura prosa de los pensamientos cotidianos y comunes, sino que son de cristal y de plata y de risa de mujer, y son de aire niño que juega con los juncos y los lirios de agua.....

Si este poeta hubiera nacido en

La Moyen Age énorme et délicat,

hubiérase apartado de la rudeza mundial, no hubiera nunca vestido la armadura, ni frenado la frente con la pesadumbre del casco y entregado á la crueldad de las manos la rotundez del mandoble. Su vida se hubiera deslizado entre las paredes de la celda y las tibias paseatas por un jardín pulido y una huerta sencilla: el monje Gregorio hubiera sido maestro en la hagiografía como Eusebio y Atanasio y Fra Guittone d'Arezzo, y hubiese consolado sus nostalgias de brillantez y de lujo, purpurinando, azulando, enrojeciendo las mayúsculas góticas de los códices, ó habría pintado las vírgenes niñas y los ángeles pajes de Fra Angélico.

A nacer en Provenza, y en los años de Clemencia Isaura, habría cantado al sol y á las cigarras «música de la luz».

Y si en los siglos de casacon y minuetto, el poeta hubiera sido un abate pulido y sentimental.

Porque para este admirable soñador toda la vida no es más que «versos y versos, luna y sol, el corazón que es el sol y la luna, y, saliendo de ese corazón, palabras de cariño que van y vienen» (1).

Y al nacer en este nuestro siglo, y en esta nuestra tierra, el poeta ha sentido la necesidad de aislarse de todo lo que no fuera el ensueño, hijo de la Belleza. Entonces buscó la amplitud de los campos (2), y los amores de la luz con el agua, y las gentes sencillas, é hizo de su alma un espejo. Conoció intuitivamente la ciencia del sentimiento sin que á él, como al amigo del Príncipe Olnütz, «l'érudition du sentiment et de la sensation a detruit la faculté de sentir».

Nó. Supo hallar los «vasos preciosos», de que escribió San Agustín, donde escanciar el perfume de sus ideas, el suave beleño de sus soñaciones y, á veces, el melancólico—la tristeza de este mi autor favorito nunca pasa de la melancolía—vino de sus tristezas. El lector aspira aquellos perfumes, bebe este vino y sueña como el generoso soñador ha soñado. Tal es la mágica sugestión de sus palabras.

***

¿Comprendes lector—¡cuánto desearía que fueras lectora y tuvieras amores!—mi alegría cuando me llegó este libro tan íntimo, tan sincero, tan de distintos instantes, y por ello tan completo de incompletos estados espirituales? En cuatro partes se divide: *Hombres de España y de América, Divagaciones líricas, Recuerdos de lecturas* y *Distracciones sentimentales*. Yo, que conozco todos, absolutamente todos los libros anteriores de G. Martínez Sierra, y por tanto lo que pensó para el público, hice fiesta de aquel día en que pude saber lo que el poeta pensaba de los demás y lo que pensaba para sí propio.

No me engañaron mis esperanzas. Martínez Sierra sabe ser crítico sin tiesura ni erudición estériles; irónico sin grosería ni despecho, y sí lector con suave recogimiento y ofrenda de su alma á la del autor que lee, y también sensitivo, con muy alto, muy noble y muy hermoso sentir.

(1) Ruego al lector se fije y delectre este párrafo. Hallará algo como oculto poder onomatopéyico que le trae frescura y buenas y blancas ideas al espíritu, y una melancolía vaga, muy tenue, de perfume finísimo y de música lontana, le envuelve. Sin embargo, esas palabras no pueden ser más usuales y corrientes *versos, corazón, sol, luna, cariño.*

(2) Tengo en preparación un artículo titulado *Nuestro único poeta bucólico: G. Martínez Sierra.*

Academia Nacional de Bellas Artes: "En descanso"—Cuadro de César Prieto—(Acceit)

No por esto padecen la claridad y precisión de los juicios favorables ó adversos á lo que ve y á lo que oye. Podríamos espigar en su libro, y con sólo unas cuantas de las muchas ideas que el autor prodiga, formaríamos un ameno tratado de estética, cuna ó base de todo un plan educativo del gusto y del sentimiento.

Por ejemplo: Todos vosotros (3) sentís una entusiasta admiración por Rubén Darío, un místico arrobamiento por Santiago Rusiñol, una ciega turbación—turbación de belleza—ante los cuadros de Joaquín Sorolla; una fraternal ternura por Juan Ramón Jiménez; y todos vosotros habréis fruncido las cejas ante un artículo del agotado *Azorín* ó habéis llorado con la representación de un drama de Echegaray—sin perjuicio de luego, en casa, reíros á mandíbula batiente del ex-ministro de Hacienda—y un temeroso respeto de Pérez Galdós y una despreciativa sonrisa para las bonachonerías de don Eugenio Sellés, ó los consonantes de general Bum-Bum que gritaba don Gaspar Núñez de Arce, director que fué de un Banco Hipotecario.

Y estas esquiveces, esotros respetos y aquellas admiraciones, ¿manifestábanse siempre clara y netamente en vuestros espíritus, y siempre podíais vestirlas con las palabras justas de tal modo que lo hablado ó lo escrito reflejaran exactamente lo imaginado y lo sentido? Creo que nó.

Pues bien: esta exteriorización de nuestras conmociones internas que nos hace exclamar de asombro leyendo á los psicólogos y á los filósofos, la encontramos en *Motivos*. El poeta ama con el amor con que quisiéramos expresar nuestros amores y odia.....¿qué digo de odiar?.....Martínez Sierra no sabe de esta fea pasión; él, como Guyau, puede decir:

(3) Digo todos, porque no tenicudo igual criterio que Martínez Sierra y yo de los hombres y de las cosas, no hubierais llegado hasta aquí.

Je me sens pris d'amour par tout ce que je vois.
L'art c'est de la tendresse.

***

Sí; «el arte es la ternura». Por eso lo más bello de *Motivos* espera y acaricia en *Distracciones sentimentales*. Allí el poeta le dice ternuras al ambiente de Hamlet. Allí el poeta siente las ternuras de la Paz y de la Forma. Allí el poeta tiene palabras seda y palabras pluma para las reinas y las mujeres de Shakespeare, el Unico. Y allí el poeta os abre su corazón.

Pasarán los años. Sobre el triunfo de estos hombres de España y de América triunfará la gloria de otros hombres; estas ideas, que hoy parecen sobrado atrevidas y revolucionarias, se apolillarán en los sillones académicos y se tornarán gruñonas y escandalizadas contra la valentía y la audacia de otras nuevas. Los cabellos que hoy caen en bucles rubios, volverán á caer en bucles blancos, después de haber sido lisos sobre frentes maduras. Nacerán amantes y estallarán guerras para morir en esposos y en tratados de paz.....Entonces, en un abrilefio día de Abril, quizás venga un nietecillo mío, con un libro que arrancó á los silenciosos amores del polvo y del silencio y tal vez lo abra por una página que diga:

«Primero se tienen recuerdos de hechos; después recuerdos de recuerdos; más tarde queda un hueco en la memoria lleno de un aroma que dice placer ó que dice dolor. Y piensa el alma: Aquí guardé yo algo; pero ¿qué era y dónde está?»

Y yo, sintiendo la melancolía de estas palabras, en cuya «prosa pasa un aire leve de canción», rendiré la cabeza añorando dónde y en qué ocasión leí yo tal peregrina cosa.

Y añorando, añorando, me quedaré dormido.....

JOSÉ FRANCÉS.

CAMAFEOS

XIII

CRISTÓBAL MENDOZA

Como los campos primavera enflora,
Como argenta los cielos la bonanza,
Como el ala en que el águila se afianza,
Como pico del monte que el sol dora,

Derramando una luz como de aurora
Tu saber era faro de esperanza,
Nave segura que en el mar avanza
Sirtes rompiendo la tajante prora.

En hondo afán, en indecible guerra,
Ya al ver lucir la prometida tierra,
El ábrego te hirió torvo y sañudo:

Y al fin... ¡Caiste en la postrer jornada,
Alta y noble la faz, rota la espada!
Descansa ¡oh lidiador! bajo tu escudo.

XIV

RICAURTE EN SAN MATEO

A don Jesús María Herrera Irigoyen.

Ricaurte al ver diezmar la patria fila,
"Dejadme, dice, ya; que si la planta
Osa poner aquí, mi causa santa
Sabrá cómo defiendo el nuevo Atila."

El parque en torno presuroso apila,
Del monte por el áspera garganta
Manda su tropa descender; levanta
La vista al campo, y, por doquier, vigila.

Y cuando Boves, como espesa nube,
El parque á conquistar, rápido sube,
Dejando en pos de sí sangriento rastro;

Del valor, en el hondo paroxismo,
Hace heroica explosión el patriotismo:
Sube en hoguera y se convierte en astro.

XV

A CRISPINA TERESA SALUZZO

EN SUS DESPOSORIOS

Será mejor que tú la matutina
Ninfa que vuela de su arreo ufana,
Y más bella será la luz temprana
Con que el alba los cielos ilumina;

Más puro se verá con faz divina
El lucero nacer de la mañana,
Y el fresco arroyo, que entre guijas mana,
Otra flor besará más peregrina.

Así cantaba yo, cuando prolija
Me contó tus virtudes la Fortuna
Asomada del cielo á una rendija;

Y escribió, con un rayo de la luna:
Que si fuiste modelo como hija,
Esposa como tú no habrá ninguna.

XVI

DIOS

Al doctor Arnaldo Morales.

Bajo el palio de lágrimas de plata,
Que entolda el anchuroso firmamento,
Arrobado contempla el pensamiento
La faz de Dios que en su cristal retrata.

Del moderno saber el alma ingrata
No descubre en el Cosmos el portento
Del almo Sér que derramó en el viento
De los mundos la excelsa catarata.

Mas yo, Señor, en Ti confío y creo,
Y en la página azul del éter leo
Con diamantes de luz tu nombre escrito:

Iris nitente tu dosel decora,
Y es el sol escabel, nimbo la aurora,
Y basílica inmensa lo infinito.

XVII

MIRANDA

A la memoria de mi hermano Miguel Tejera.

Como lampo que prende el sol levante
Del Avila en la cúspide altanera,
Por fingir en la frente de un gigante
Irisado el airón de la cimera;

Buscando libertar la patria amante,
Así ¡oh Miranda!, en tu veloz carrera,
Desplegaste beligera y radiante,
Al cielo azul la tricolor bandera.

En Europa y América, á porfía,
Brillaste; mas con luz de corto día,
Que fue largo tu afán, tu dicha breve;

Y cual se pone el sol, así caíste.
¡Salve, sublime Soñador!: tú fuiste
Segismundo en el siglo diez y nueve.

XVIII

LAS QUESERAS DEL MEDIO

A don Eduardo Blanco.

Al sonante clangor de los clarines
Avanza el impertérrito caudillo
Con sus "ciento cincuenta" paladines
Que úno son contra diez, sobre Morillo.

De la pampa responde en los confines
Rugiendo el español: "¡Guerra á cuchillo!"
Y el raudo acero en las pobladas crines
De sus potros vertió siniestro brillo.

¡Ardid de Páez fue!... ¡fuga aparente!...
El héroe audaz, con elocuencia rara,
Y de nuevo á Morillo haciendo frente,

Le grita á su escuadrón: "¡Volved la cara!"
Y cual furioso, bramador torrente,
Sobre el revuelto campo se dispara.

XIX

AVE REGINA

(A MI ESPOSA)

Ardiente Serafín, en sacro anhelo,
Sin quien su paso rápido retarde,
Corta el rosado ambiente de la tarde
Y en Nazaret feliz abate el vuelo.

Prosternado ante tí, con noble celo,
Dice, y con labio que en promesas arde:
"¡Dios te salve, María! ¡Dios te guarde!"
"¡Serás de hoy más la Emperatriz del Cielo!"

Del Empíreo eternal las áureas puertas
Recamadas de gemas y alabastros,
Por tí quedáron para siempre abiertas:

Y besaron los ángeles tus rastros,
Revivieron, por ti, las almas muertas,
Y, por ti, nueva luz dieron los astros.

XX

SUPLICA

A don Salvador N. Llamozas.

¡Señor, Señor! en los aciagos días
Cuando el mortal en su embriaguez te niega,
Y del ara á quitar tu imagen llega
Alzando contra Ti manos impías:

Vuelve ¡oh Señor! á las angustias mías
Tu mirada que el mar bravo sosiega;
Y dame, al fin, que en la porfiada brega
Que amenaza con horas más sombrías:

Arrostre de la vida los enojos,
O entre fieles, ó en yermas soledades;
Ya pisando entre flores, ya entre abrojos;

Y del mundo, en las recias tempestades,
Que yo pueda volver á Ti los ojos
Como Pedro en el mar de Tiberiades.

XXI

POMPA DE CRISTAL

Llora cuando se apague en el Oriente
Del mundo espiritual la eterna aurora,
Cuando el arca que dichas atesora
De la cristiana fe, seque su fuente;

Cuando con paso tácito y doliente
La muerte con su faz aterradora
A tu feliz hogar llame á deshora,
Y en ciprés funeral orne tu frente.

Mas si la pompa de cristal que sube
Vistosa por el aire desbarata
La mentida ilusión de sus colores;

Si vase, al reventar torva la nube,
De su dulce prisión el ave ingrata,
Por cosa así, tan baladí, no llores.

XXII

AMENODORO URDANETA

No fue adalid de rutilante espada
Que en arduo empeño, apellidando guerra,
Se ciñó la corona ensangrentada,
Espanto puso y conturbó la tierra.

Ni sabio fue que en ímproba velada
Quiso inquirir lo que el misterio encierra,
Lo que esconde el abismo de la nada
O el astro oculta que en los cielos yerra.

Filósofo de paz, amó el sosiego
Del hogar, y la plácida bonanza
Con que apacigua el mar benigna aurora.

Cristiano, á Dios encomendó su ruego
Y en las alas voló de la esperanza.
Adoró la Verdad, con ella mora.

XXIII

JOSÉ ANGEL LAMAS

(El Populo Meus)

A la memoria de mi hermano Francisco M. Tejera.

¿Dónde encontraste la doliente nota,
La nota de gemido peregrina
Que, como en una cítara argentina
De alambres de oro, sollozando flota?

¿Será, tal vez, en la región ignota
Donde el Querub de las plegarias trina?
¿Será en la de David, musa divina,
Que plañe ya sobre su lira rota?...

Es la voz de Jesús que nos redime,
Es la voz del Señor, grande, sublime,
Que á su pecho arrancó dolor profundo,

En la hora fatídica y tremenda
Cuando al Padre su Espíritu encomienda
Y el sol se apaga y se estremece el mundo.

XXIV

RESIGNACIÓN

A don Heraclio Martín de la Guardia.

Nunca envidié de nadie la fortuna,
Ni presumí de grande ó poderoso,
Ni la riqueza ambicioné, ni alguna
Palma triunfal de paladín famoso.

Jamás me aventuré de la laguna
De Anfitrite á surcar el seno undoso,
Ni nunca vi rayar, blanca la luna,
En otro cielo que en mi cielo hermoso.

Amor, divino amor, buscó mi alma...
Mas ya no importa que su hoz aleje
La muerte, ó tronche de mi vida el hilo:

Que en esta muda soledad y calma
Tan sólo pido que el Señor me deje
Vivir sin odios y morir tranquilo.

FELIPE TEJERA.

INFORMACION LITERARIA Y ARTISTICA

Juan Lorrain.

Juan Lorrain ha muerto. Era uno de los escritores más modernos por su modo de sentir, por su modo de pensar, por su modo de expresar. Hombre muy parisiense, en sus libros, en sus cuentos, en sus crónicas, se refleja la vida, el alma, de la ciudad francesa. Desde hace unos treinta años es el escritor que con más fidelidad ligera y graciosa ha transparentado en sus escritos al París único, agitado, febril, concupiscente, apasionado y versátil. Su mismo talento tenía un sello de pura gracia parisiense: era curioso y frívolo, inquieto y refinado. Era el descubridor, el comentador fino, de los escándalos, de los sucesos, de las obras de arte, de todo cuanto ocurría en la capital gala. Escribió novelas, poemas, cuentos, innumerables artículos y crónicas. Sus obras más notables son: *Rivieria, Madame Baringhet, Petite Classe, Monsieur de Phocas, Monsieur de Bougrelon*. Era un artista por el verbo delicado, por el pensamiento. Pero su notoriedad principal se deriva de sus crónicas. Era el verdadero tipo del *chroniqueur* contemporáneo. Su curiosidad de la vida y del arte no conocía limitaciones ni cansancio. Su nombre vivirá en letras francesas como el de un escritor de raza, muy personal.

"Alma América"

Nuestro apreciado amigo y colaborador de nuestra Revista, señor D. José Santos Chocano, acaba de publicar en Madrid su anunciado libro de poemas indo – españoles intitulado *Alma – América*, dedicado al Rey de España Alfonso XIII. El libro consta de ciento quince composiciones, en todas las cuales se revelan las eximias cualidades poéticas y el vigor y la gallardía del numen del señor Chocano.

En los comienzos del libro aparecen una dedicatoria en verso al rey de España; una carta de encomios del ilustre crítico español Don Marcelino Menéndez y Pelayo; un prólogo muy notable del eminente Don Miguel de Unamuno, y un preludio lírico escrito por el gran poeta hispano–americano señor D. Rubén Darío.

Dada la notoriedad y el favor de que disfruta en el público hispano–americano el señor Chocano, no dudamos que su libro tenga un éxito brillante, y que sea acogido con aplausos por la crítica. Próximamente el encargado de la sección bibliográfica de EL COJO ILUSTRADO, se ocupará detenidamente con este libro.

Emilia Pardo Bazán.

La insigne escritora, Doña Emilia Pardo Bazán, ha sido recientemente designada para presidir la sección de Literatura en el Ateneo de Madrid. Esta elección ha sido recibida con general regocijo, principalmente por parte de los jóvenes escritores de España, que admiran de la eximia escritora el espíritu independiente, la hospitalidad intelectual y sus deseos de renovación y progreso de las letras hispanas. La insigne autora de *Memiña* llega á la Presidencia del Ateneo por méritos propios y cortejada y aplaudida por el tropel de sus numerosos y entusiastas admiradores.

Su elección para desempeñar este puésto, deja vislumbrar que no sería imposible del todo su entrada en la Real Academia Española, que reclaman muchos de sus amigos en literatura; ya que la señora Pardo Bazán es una de los hablistas más pulcros y correctos que á la hora actual escriben en lengua española.

"Rinconete y Costadillo."

Entre las últimas publicaciones importantes hechas en España, se distingue muy especialmente la *Edición crítica del Rinconete y Costadillo*, hecha por el afamado escritor señor Rodríguez Marín. Es un libro rigurosa y lujosamente documentado, en que se hace la reconstitución histórica, fiel y precisa de la vieja Sevilla, en donde ocurre la novela de Cervantes. Además del comentario y explicación de la vida picaresca, de la vida de coimas y rufianes, jaiques y trainales y pegotes y madres de mancebías, hay un estudio notable que contiene anotaciones explicativas, reveladoras de la vasta erudición y perspicacia crítica del eminente comentador.

Alberto Sorel.

El académico francés Alberto Sorel, historiador que obtuvo hace pocos meses el premio Osiris del Instituto, ha fallecido. Sorel era normando. Se dedicó de joven á la diplomacia y entonces compuso varios poemas y publicó alguna novela. Posteriormente escribió la *Historia diplomática de la guerra franco–alemana*, libro que provocó apasionadas discusiones y que fué como el preludio de su gran obra histórica.

Unas "Confesiones."

En Alemania ha publicado recientemente sus Memorias la señora Wanda Sacher–Masoch, viuda del famoso escritor austriaco, universalmente conocido más por el vicio psíquico–sexual á que ha dado nombre que por cualquiera otra causa. En las Confesiones de la señora Sacher–Masoch están relatados fielmente y sin atenuaciones los extravíos, las extravagancias y las locuras del célebre escritor.

Teatro Galo-romano.

En Champlieu, en los límites de la floresta de Compiegne, habíanse descubierto construcciones, romanas en buen estado de conservación, relativamente. En la antigua vía romana que va de Genlis para Soissons, las excavaciones han restituido, entre otros edificios menos importantes, un teatro soberbio, el cual en gran parte se encuentra en buen estado.

Algunos arqueólogos idearon organizar en este escenario una manifestación artística en beneficio de las obras caritativas de la región. En efecto representáronse en el teatro dos obras de Eurípides: *El Cíclope* y la *Ifigenia* por los actores más eminentes de Francia: Coquelin, Cadet, Silvain, Lambert, etcétera.

Hartmann.

Ha muerto recientemente en Alemania Eduardo Hartmann, el autor de la *Filosofía de lo Inconsciente*, que tanta boga tuvo un tiempo. Era hijo de un general de artillería y entró en el ejército á servir en la misma arma. Obligado por razones de salud á presentar su dimisión en 1864, publicó el 69 la gran obra que le dió celebridad. En ella asentaba que lo inconsciente provoca y mantiene en los hombres el deseo y el dolor. A la novedad y alteza

Academia Nacional de Bellas Artes—"El preso", cuadro por R. Aguín (Mención honorífica)

de las ideas corresponde en este libro un lenguaje claro y elegante.

Hartmann era también literato y poeta: publicó dos tragedias: *Tristán é Isolda* y *David y Betsabée*.

La "Jungle."

El escándalo universal de la falsificación de las carnes en Chicago tiene un origen literario: la publicación de la *Jungle*, novela socialista de Sinclair. En ella se pinta la miseria de los obreros de las fábricas de Chicago y las falsificaciones de las carnes que se preparan en ellas. El Senado yankee organizó una inspección severa de todos los alimentos frescos y las conservas elaboradas en las fábricas de Chicago. Todos los detalles dados por Upton Sinclair en su novela se han encontrado exactos.

Raras veces se ha manifestado de un modo tan eminente y tan rápidamente la influencia benefactora de un novelista.

Las obras de Bolet Peraza.

Los numerosos amigos y admiradores del ilustre escritor venezolano Sr. D. Nicanor Bolet Peraza se proponen publicar próximamente una edición completa de sus obras con el producto de la cual se le erigirá un monumento á su memoria.

Estatua de Bismarck.

En Hamburgo se le ha erigido un monumento colosal al ilustre canciller pomerano. El monumento se alza en la plaza del Elba y domina el bosque de mástiles del puerto anseático. La estatua es de granito, pesa 625.000 kilogramos y tiene 15 metros de altura.

España.

Los libros recientes más notables son: *Los Robles de la Selva Sagrada*, poesías póstumas de Manuel Reina; *La Maja desnuda*, novela de V. Blasco Ibáñez; *Las Canciones del Camino*, poesías de Francisco Villaespesa; *Motivos*, de nuestro colaborador Martínez Sierra y *El Libro de la vida doliente del Hospital*, por M. Ciges Aparicio.

En Colonia.

En los juegos florales de Colonia, fundados por Juan Fastenrath, se premia todos los años al poeta que mejor haya cantado el amor. Hace pocos años fué premiada Carmen Sylva, la reina literata. Este año le tocó el premio á Teresa Keiter.

DE UNA POSTAL

La postal—gualda, azul y roja—háblame simultáneamente, con la música triunfal del canto heroico de la Independencia y con la dulce música de unos versos autógrafos, de dos amores sublimes. Díceme de la Patria, de esta noble Patria que adoro desde niña, narrándome con vibrante voz de clarín la épica hazaña del bravo pueblo que desde niña admiro. Y me dice, en un lírico rumor, la exquisita ternura fraternal del poeta que insinúa á las amadas hermanitas venerar por siempre la enseña donde anidó, como un pájaro glorioso, el sueño libertador de Miranda.

Amo esa postal intensamente... ¿Cómo no amarla? Ella es, de la Patria, un hermoso símbolo; y guarda, como un lirio fragancia, el recuerdo del hermano ausente que desde una celda sombría, cautivo y nostálgico, envía á su hogar cosas risueñas!

Oh postal, breve bandera! Yo te digo con el poeta: «dame á besar tus tres colores!» Y con tus tres colores el Escudo donde el corcel heráldico galopa, indómito y libre, sobre la pampa verde, bajo el cielo azul!

ENRIQUETA ARVELO LARRIVA.

3 de agosto—1906.

SEÑOR DON ELEUTERIO MORALES

La muerte ha tenido estos días otra victoria aciaga para la sociedad de Caracas, dolorosa para uno de sus hogares honorables, y hondamente triste para el orgullo patrio.

El señor MORALES, que ha sucumbido últimamente, blasonaba con su sola existencia una edad y un país. De honor, de rectitud, de laboriosidad fue su vida, hecha eminente por la altura de sus virtudes, llegada á ser venerable por la constancia reposada y austera con que colmó un largo espacio de excelente actitud individual y de intachable actividad pública.

Era reliquia y ejemplo de aquellos venerandos hogares en que nuestros padres ejercieron un sacerdocio de dignidad, al que sólo convenía como homenaje, hasta ahora y sin duda por mucho tiempo viviente, el más espontáneo respeto y la más íntima admiración, por la solemnidad y la conciencia del deber.

Su solo aspecto, en los últimos tiempos tranquilo, sereno, silencioso y modesto, denunciaba una plenitud de interno reposo por la tarea desempeñada, tan cabalmente como lo quisieron los designios irrevocables.

Marchó un día al extranjero; radicó en el Perú; puso sus ideas y sus esfuerzos al servicio de la pública prosperidad de aquel país; y expuso su conducta y sus procederes á la vista y á la atención de aquella sociedad. Fundó en Lima un instituto bancario, y á par que en sus operaciones le imprimía al crédito la limpidez de su pulcritud, ofreció ésta como una caución para el aprecio y las deferencias con que fue distinguido en presencia, y noblemente recordado en su ausencia, por los gremios de mejor nota de la famosa capital del Pacífico.

Vuelto á Venezuela, inició el establecimiento del actual *Banco Caracas*, y tuvo apoyo feliz en la decisión de los señores Lorenzo A. Mendoza y H. L. Boulton, á favor de lo cual vió realizado su proyecto. Establecido el Banco, se le designó para su gerencia.

Después, y pudiera decirse hasta sus últimos días, sus conocimientos, su voluntad, su honradez, todas las capacidades que poseyó, las puso al servicio de la prosperidad de nuestra riqueza pública, formándose una reputación de valía entre los más significados conocedores de nuestros asuntos rentísticos.

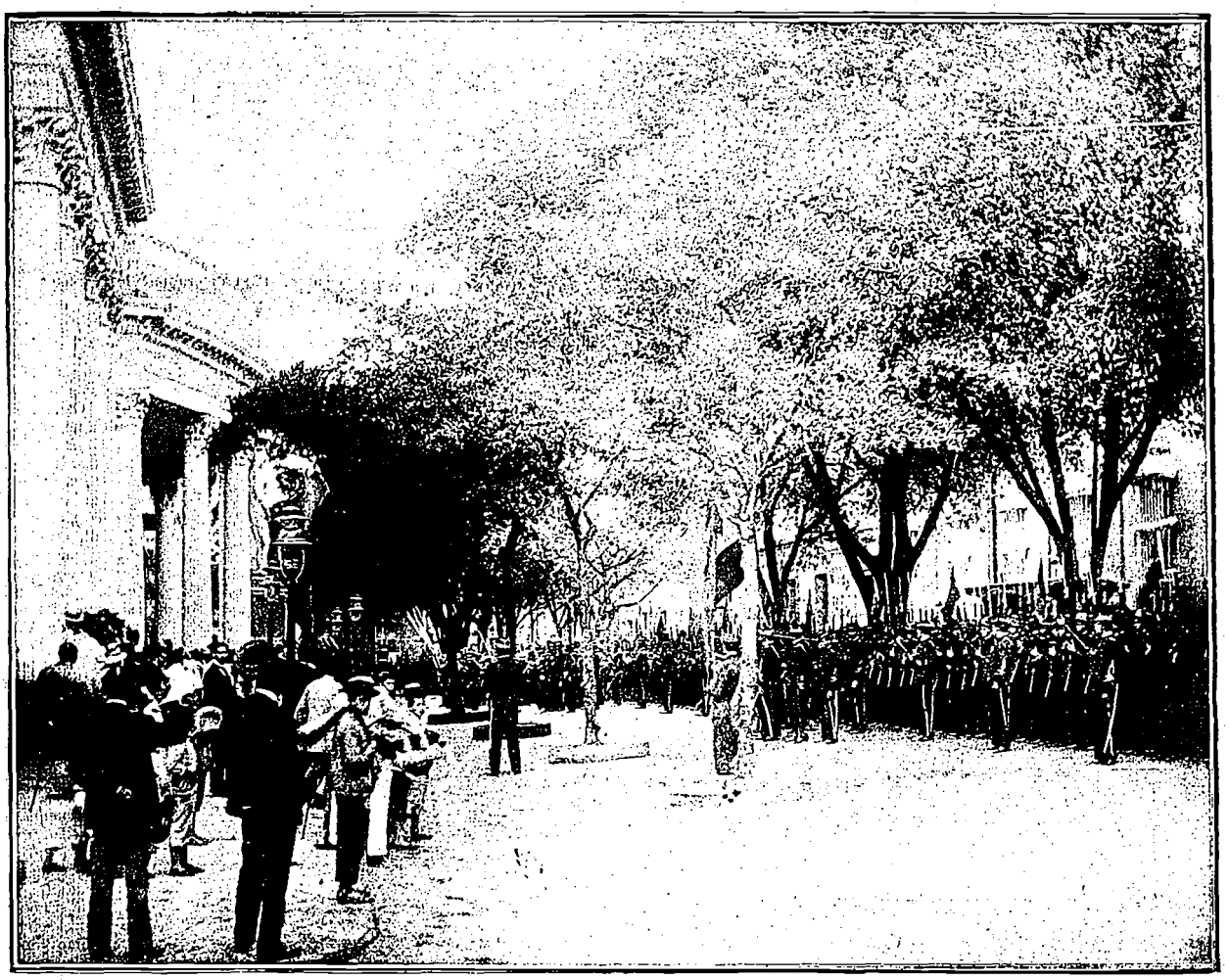
Su proyecto de ley de bancos de crédito hipotecario, circulado el año noventicuatro, produjo una ley sobre la materia, dictada por el Congreso de la República, en junio de aquel año.

Era, pues, un firme y tesonero laborador de la paz fecunda, por virtud y poder del trabajo y del progreso. Nunca le ganaron desfallecimientos ni vicisitudes. Bajo sus años beneméritos palpitaba una fe vigorosa y saludable, sobre la cual resbalaban las decepciones sin penetrar el ideal y la esperanza, para menoscabarlos y vencerlos. ¿Qué fuerza más intensa para sostener á un hombre sencillo y recto que una esperanza que él suponía morada del bién, genitora de la alegría común? Mientras pudo producir ese goce, lo dió de su mano generosa y limpia; y cuando ya la suerte le despojó del presente activo, regalaba su apostolado, las ideas de su cerebro y las enseñanzas de su experiencia. Suavemente, insensiblemente, su acción, como la de todos sus colaboradores, conducía á las liberaciones y conformaba lentamente una obra sana y laudable.

Pero si su vida fue ejemplar de virtud vigorosa, el fin de ella proclama un honor que siempre será memorable: habiendo pasado por sus manos de administrador tántos caudales, habiendo llevado una existencia de irrevocable modestia, ha muerto en medio de una pobreza que resplandece como un blasón altivo. Bajo esa faz, pudiera repetirse, como de una notoriedad patria se dijo solemnemente, que al escribir su nombre hemos escrito: PROBIDAD.

Un halo de respeto circundará ese nombre y un sentimiento constante de veneración consagrará su memoria.

Nuestro pesar más sincero acompaña á la familia del extinto en estos aflictivos días.



PRIMER CENTENARIO DE LA BANDERA VENEZOLANA—Las fuerzas del Distrito Federal presentando armas en el acto de izar la bandera en el Palacio Federal, á las 9 a. m. del 3 de agosto
Fot. Guerra para *El Cojo Ilustrado*

NUESTRA BANDERA

El día 3 de este mes hizo un siglo que la bandera de Venezuela tremoló por primera vez, proclamando victoria, en tierra americana, enarbolada por el Generalísimo Don Francisco de Miranda.

El señor General Cipriano Castro, Restaurador de Venezuela y Presidente de la República, ordenó que aquel día y en todo el territorio nacional, el Ejército activo presentase armas en el momento de izar la gloriosa enseña en el Palacio Federal, en los edificios públicos, los cuarteles, las fortalezas, los buques de la Armada y en las casas particulares, saludándola con los honores del Himno Nacional y una salva de cañones.

A una misma hora, á las nueve de la mañana, Venezuela cumplía aquel homenaje al tricolor de gloria y de honra.

Fue un momento de sugestión orgullosa, por la Patria y por su historia. Pasó por todas las frentes, un instante intenso, un soplo egregio de los tiempos magnos y magníficos en que la bandera de Venezuela, empuñada por manos invencibles, fue cantando al batir de sus colores, desde Caracas hasta los límites de Buenos Aires, un himno libertario, galvanizante de pueblos y creador de naciones.

Fue un momento en que el alma de Venezuela se sintió en los vértices del más legítimo y más noble de sus orgullos, para contemplar el vastísimo país americano, cuya enorme acuarela mostraba el iris trashumante de nuestra Patria, paseando entre nubes y saludado por metrallas.

Quiso el Congreso de 1811 adoptar «un símbolo que hiciese visible á la Patria en el exterior y á los ojos del pueblo», y la comisión nombrada para presentarlo,—Miranda, Lino de Clemente, Sata y Bussi,—ofreció «el mismo que trajo el Generalísimo en su expedición para libertar á Venezuela (amarillo, azul y rojo), y que fue quemado en la plaza mayor, por mano del verdugo, el 4 de agosto de 1806.» Y la gloria y el orgullo consisten, precisamente, en haber visto renacer aquel fénix fulgurante, sacudir su vuelo triunfal, cirniéndose como una grande ave iridescente sobre los fervores del mar indiano; volar hacia las cumbres de la Cordillera, para posarse en Boyacá; discurrir bajo el cielo de Venezuela, para caer en Carabobo como un halcón de victoria; y ausentarse hacia el Sur, incontenible-mente, remotamente, llevando en sus alas batientes el nombre venezolano, como un conjuro y como un asombro, para trasponerlo de cumbre en cumbre, de Bomboná á Pichincha, hasta hallarle un eminente nido aquilino, que en la geografía del heroísmo y de la epopeya se llama: Ayacucho.

Es grande el sólo pensamiento de que durante diecisiete años la bandera de Venezuela significaba más que la enseña de una nación y el distintivo de un ejército: significaba la liberación, la gloria, la intrepidez, la promesa del bienestar, de la grandeza y del honor! Era un sello magnificante y eterno, puesto á la anonimia de América; era un beso luminoso de iris, desconcertando la tiniebla; era el pañal cromático de nuestro pueblo, infantando naciones; era el honor de Venezuela, amparando como un Paladión á Nueva Granada, al Ecuador, al Perú, á Bolivia.

Los porta-estandartes del Ejército Libertador llevaron con nuestra bandera el alma de la Patria, para ingerirla en generaciones extranjeras. Ese pabellón fue diciendo y enseñando nuestras alegrías, nuestra fe, nuestros sentimientos, nuestras costumbres: la escuela de nuestros hogares, la altivez de nuestros ma-

yores, los relatos de la tierra del invasor, que adquirían el prestigio de las cosas inauditas por remotas y extraordinarias.

El hizo hasta las selvas originarias del Guarany una peregrinación sugestiva: *Araure, Barcelona, Caracas, Carabobo, el Juncal, Guayana, San Félix, el Apure, Margarita, la Victoria,.....* debían sonar en Lima y en la Paz, aún más acá, en Guayaquil y en Quito, como nombres de leyenda y arcanos de la vida y de los hombres de un ignoto y misterioso país septentrional; y se presume el interés, la curiosidad, la admiración, con que en los días intermitentes de la paz y del vivac, gentes extrañas circulaban en torno de aquella bandera, enclavada en medio de los arreos del campamento, para adivinar en sus colores el alma libertaria de la Patria que simbolizaba, y oír las voces rudas y vibrantes de aquellos curtidos legionarios que se agrupaban bajo su árbol, celándola amenazantes como una guardia de leones!

Un amplio soplo del alma venezolana, el soplo que voló de los pliegues de nuestra bandera, viaja todavía con el austro, sobre las suaves ondas del lago Titicaca.

ADVERTENCIA

«La Literatura Venezolana en el Siglo XIX» por el doctor Gonzalo Picón Febres, es un libro de crítica literaria que ocupa actualmente la atención de los escritores patrios. Nada más justo, pues, que el ejercicio del derecho perfecto de hacer á la vez la crítica de la referida obra.

Las columnas de EL COJO ILUSTRADO han estado abiertas en todos los casos de este género, á la discusión de los asuntos intelectuales, siempre que los escritores hayan cumplido con las imposiciones del mutuo respeto.

No obstante que notamos en el trabajo analítico del señor doctor Jesús Semprúm, además de la acritud de más de un concepto, algunos de los defectos que él atribuye al libro del señor doctor Picón Febres, debidos quizás al punto de vista en que cada autor se sitúa, la circunstancia especial de contener el libro del señor doctor Picón Febres una mención en extremo honorífica del Director de esta Revista, nos obliga á acoger con toda imparcialidad la crítica del señor doctor Semprúm, sin hacernos por ello en manera alguna solidarios de todas las ideas allí emitidas.

BIBLIOGRAFIA

"La Literatura Venezolana en el Siglo Diez y nueve." (Ensayo de Historia Crítica) por Gonzalo Picón Febres.—Caracas—"Empresa El Cojo" —1906.

No aspiro de ningún modo á puntualizar aquí todas las consideraciones que me ha sugerido la obra del señor Picón Febres. Apenas me está permitido condensar en breves párrafos algunas de ellas, suprimiendo ó desechando las más, por menos interesantes, cuando no porque calculo que de propia cuenta habrán de hacérselas aún aquellas personas menos doctas en cosas de literatura. Dan amplia materia para disquisiciones sobre las maneras más propias de la crítica y sobre la nobleza de las funciones que debe desempeñar, muchos pasajes del libro. Ellas solas podrían constituir en cierto modo, el alma de un estudio y la refutación eficaz de las arbitrarias tendencias y de los sentimientos pseudo-literarios del señor Picón Febres. Pero mi deber es referirme concretamente á la obra, y así trataré de exponer el espíritu general que la anima, y cómo y por qué, en conjunto, este Ensayo no pinta, ni siquiera esboza, la verdadera literatura venezolana del siglo Diez y Nueve.

Para prescindir de reparos que no entran en la índole de mis apuntes, señalaré dos inconvenientes capitales y notorios del voluminoso trabajo: la falta de plan razonable, y lo difuso, pesado y deficiente de la exposición. Lo primero se nota en los trastrabillcos inconexos con que el autor gira alrededor del asunto, sin encontrar el modo de atar los cabos, y aún ni siquiera hilo burdo ó pretexto ilusorio para unir lógicamente las materias. De semejante desbarajuste había de resultar por fuerza, la repetición tediosa de unos mismos conceptos ú opiniones en diferentes lugares, el olvido ó la inadvertencia de muchos factores que contribuyeron á promover el nacimiento, desarrollo ó atraso de las patrias letras, y una causa más de fatiga y fastidio para el lector. Desde luego observamos que el crítico atiende más á los nombres que á las obras; y que ha pretendido establecer clasificaciones sin tomar en cuenta el fondo de los sistemas literarios, de los procedimientos, ni el espíritu individual de cada literato ó poeta. Así asombran por la crasa candidez muchas comparaciones ó contrastes que establece con una diligencia ingenua, sin que veamos el motivo ni apreciemos la utilidad que reportan. Por otra parte, no existe rastro de una teoría explicativa de nuestra historia literaria, ni puntos de vista especiales desde donde se examine la evolución de las letras. Por eso el trabajo en conjunto no es más que una simple reseña histórica, sazonada con salsas insípidas de juicios caprichosos, sin amplitud ni novedad, impregnados de un fuerte olor á sentido común, untados de didascalias obsoletas, de las cuales sigue desprendiéndose la inefable é insoportable candidez del que con mirar uno de sus aspectos sólo, cree haber lo necesario para juzgar el universo artístico.

Del segundo defecto dan testimonio los juicios que promulga sobre diferentes obras, sin exponer el pensamiento, el argumento ó el propósito que encierran, acaso dando por enterado á todo el mundo —y en esto persiste la inefable candidez sobredicha— de aquello que las obras entrañan, defienden ó juzgan. Quiero decir que se constituye en juez sonoro nomás en el momento de promulgar el dictamen, sin decirles á los lectores cuáles fueron las culpas, los intentos y los móviles de aquel á quien sentencia. He de confesar que esto tiene sus relaciones muy íntimas, según mi concepto, con el defecto capital y total de criterio que he sorprendido al través de todas las divagaciones y de todas las críticas del señor Picón Febres: el defecto de no comprender. Y como todo aquel que no comprende, el señor Picón Febres lo va vociferando así con furia por todas partes, acaso para ser como el tipo «sordo, pero no mudo» de que nos habla Remy de Gourmont, en una breve, jugosa y definitiva página de psicología literaria. ¿Es preciso agregar, entre paréntesis, que las tales críticas desprovistas del dón imprescindible y primordial que es la base y la esencia de toda crítica, no resultan dañinas sino más bien beneficiosas? Por un lado son el termómetro que marca ostensivamente el nivel intelectual de las mayorías nacionales á que pertenece el crítico, y eso es útil; de otro, sirven para dilucidar hasta qué punto es refractaria la muchedumbre al influjo de los cerebros superiores; y la picadura que suscita ardores en algunas epidermis hiperestésicas, no más logra relegar de nuevo á cada quien á la función que le está encomendada: los unos seguirán acendrando con silenciosa asiduidad su obra de oro; los otros continuarán vertiendo la vocinglería en que infunden sólo desparpajo y en que fundan la fecundidad imposible de sus fútiles tiestos sin agua. Qué mejor prueba de la honradez intelectual de Picón Febres, proclamada por él mismo innúmeras veces y con ahínco en su volumen, podemos presentar, que esta confesión estrafalariamente franca: á Rubén Darío «no lo entiendo en los *Cantos de Vida y Esperanza* (y por supuesto que muchas otras veces), en *Los Cisnes y otros Poemas;* ni menos al argentino Leopoldo Lugones?...» No era necesario irse tan lejos. El señor Picón Febres no comprende tampoco á Manuel Díaz Rodríguez, ni á Pedro Emilio Coll, dos de los más ilustres maestros vivos de literatura venezolana; ni comprende á Blanco Fombona, ni á Urbaneja Achelpohl, ni á Eloy González, ni á Fernández García, ni á ninguno de los que sobresalen por la gracia ó el brío en las letras criollas de quince años á esta parte. La literatura digna de elogios se acaba en Venezuela para el señor Picón Febres desde que floreció el numen del doctor Samuel Darío Maldonado, ya que los sonetos de Mata son monótonos, Racamonde es descuidado, y los demás «decadentistas», «baladíes» y «azás extranjerizos»!

Desde el principio hasta el término de la disquisición corren juicios del todo arbitrarios sobre los hombres más notables de Venezuela y sus producciones. Las verdades debían abundar y abundan en efecto; pero verdades de tal guisa que mejor hubiera sido no escribirlas, por sabidas de sobra ó porque revelan de un modo expresivo la importancia que el criterio del autor concede á las proclamadas por el delicioso Perogrullo. Así mismo viene á ser incongruente y vano en muchos pasajes. «Fermín Toro, Julio Calcaño, Eduardo Blanco y José María Manrique, no se parecen, por ejemplo, en cuanto novelistas, á Gil Fortoul, Cabrera Malo, Romero-García y Miguel Eduardo Pardo» (pág. 200). «Escribir sin gramática, sin preceptos de retórica, sin fórmulas y cánones de estética, es errar y desbarrar» (pág. 51). Dedica tres páginas gordas á refutar la comparación que Rufino Blanco-Fombona establece entre Jacinto López y Dantón. Para determinar los caracteres ó rasgos principales de uno de los primeros poetas venezolanos, se expresa así: «Fue clásico recortado (?) en prosa (se refiere á José Antonio Calcaño) en la biografía del Mariscal Falcón; clásico amanerado é incoloro en verso, como en la elegía *Al Catuche* y en la oda *A la Reunión del Concilio vaticano;* neoclásico semejante á Juan Nicasio Gallego, aunque mucho menos independiente que éste, en la silva *A la Academia Española;* romántico á lo Lamartine y en cierto modo á lo Leopardi, como en *La Muerte;* romántico á lo Byron como en *El Ciprés;* romántico á lo Víctor Hugo (si recordamos las más tiernas poesías del gloriosísimo francés), como en *La Saboyana;* y romántico á lo Zorrilla como en *La Fiesta de las Reinas*». Qué idea puede dar esta enumeración impertinente de lo que era José Antonio Calcaño? Sin embargo, el crítico trata de probar con esto que ni neo-clasicismo, ni romanticismo *recortado,* etcétera, se impusieron en Venezuela «con carácter exclusivista» (pág. 127). Bolívar es uno de los precursores del romanticismo en Venezuela (pág. 130), y José Velarde se le antoja un gran poeta (pág. 226).

La ironía asoma pocas veces entre las líneas del libro su graciosa cabeza coronada de rosas y zarzas. De ordinario Picón Febres aspira á ser doctrinal, grave y hasta campanudo y solemne. La buena ironía tiene muy pocas felices apariciones, acaso sin que el mismo autor haya caído en la cuenta de ello, como cuando compara con una seriedad exquisita la manera literaria del señor D. José M. Manrique con la de las escritoras ibéricas Faustina Sáez de Melgar, Angela Grassi y María del Pilar Sinués (pág. 376), lo cual sería el extremo de la burla si no fuera el colmo de la ingenuidad. En lo demás el señor Picón Febres es declamatorio, lleno de humos didácticos, y frecuentemente sentimental y admonitor, como cuando repite con una constancia verdaderamente fatigosa, su homilía contra «la conspiración del silencio», que se urde en torno de no sé qué literatos, según su decir.

Hablando de la reseña que Arismendi Brito hizo de los poetas y versificadores venezolanos, dice que éste los nombra «en listas más ó ménos largas, confundiéndolos á todos en un mismo valor y nasa informe y sin establecer entre ellos ninguna especie de clasificaciones según los méritos que tienen.» (pág. 50). Pero lo propio podría aplicársele con exactitud al señor Picón Febres, pues de todas las siluetas que traza, apenas tienen algún mérito de dibujo leal la de Yépez, la de Eduardo Calcaño y en cierta parte la de Andrés Bello. Con Cecilio Acosta se ocupa largo espacio sin acertar en definitiva á señalar en qué consisten la gallardía y la fuerza de su estilo, ni sus maravillosas excelencias de prosador. Y finalmente nos quedamos sin saber quién era el eminente artista venezolano. Este mismo defecto abunda por todas partes y principalmente cuando se refiere á los jóvenes. Al mismo tiempo se nota la ausencia de muchos nombres distinguidos, olvidos imperdonables en Picón-Febres, tanto más cuanto éste, según se colige, ha estudiado y consultado con reposo y espacio todo linaje de documentos relativos á nuestra literatura ó que pudiera aprovechar para su Ensayo histórico.

En cambio se manifiesta fecundo descubridor de famas en la patria literatura. Así nos presenta al señor Alejandro Urbaneja como uno de los máximos poetas venezolanos, é inserta para cohonestar ó comprobar su aserto, tres ó cuatro composiciones de mérito muy relativo. Nadie tiene derecho á poner en duda que el señor Alejandro Urbaneja sea un gran poeta inédito ó clandestino; pero nadie creerá que lo es por las pruebas frágiles que aduce Picón. Y es más difícil la explicación de tales apócrifos descubrimientos, cuando á escritores que merecían mucho más, no les dedica sino apenas párrafos exiguos, que tienen trazas de querer aparentar una misericordia que le viene muy mal al señor Picón-Febres. De Pedro Emilio Coll se limita á decir que no escribe sino «exquisitas miniaturas, no comprensibles para el vulgo por encerrar la alegoría ó el simbolismo» y luego que es «el representante más definido de esa eri-

tica que en la consideración de las obras de sentimiento y fantasía tiene mucho que hacer con la psicología que encierran, con las sensaciones, con sus matices y con el temperamento del autor»... Y yo me pregunto si esas breves líneas pintan siquiera borrosamente las cualidades del literato que escribió *El Castillo de Elsinor*. Rufino Blanco-Fombona representa «el comienzo del decadentismo exageradamente artificioso» y Fernández García no aparece sino como uno de los poetas que lo siguieron en la obra revolucionaria.

De esta obra revolucionaria cumplida brillantemente en la última década del siglo pasado no da cuenta ni puntual noticia, como honradamente debió hacerlo, ya que representa el movimiento literario más fecundo en belleza y en ideas que jamás se realizó en tierra venezolana. Y el que consagra largas líneas á narrarnos nimias peripecias de periódicos literarios ó políticos sin ninguna importancia efectiva, ó de una importancia muy débil, se olvida completamente de *Cosmópolis*, la revista en que se inició y propagó con calor y con talento la evolución literaria «decadentista,» ya que así quiere llamarla el señor Picón. Aun concediéndole á éste que sean justas, sensatas y circunspectas sus opiniones sobre el modernismo venezolano, expresadas más de una vez con saña evidente: «literatura azás extranjeriza, abigarrada en el color y henchida de baladíes sutilezas en la forma» (pág. 51); «el barroquismo que por desgracia reina en la mayor parte de los hombres pertenecientes á la última generación que ha producido Venezuela» (pág. 216), etc., ni aún concediéndoles á estas opiniones toda la fuerza y la verdad que no tienen, queda excusado el crítico de medir y pesar lo que significa esa «revolución,» las tendencias que la animan y los ideales artísticos que proclama. La historia de la literatura no puede hacerse sólo citando nombres y obras más ó menos plausibles ó impugnables, sino principalmente haciendo la historia de las ideas. Esa generación abrió un nuevo horizonte al arte en Venezuela; y nada importa que el crítico advierta en ese horizonte nieblas y sombras y colores abigarrados y todo lo demás que se le antoje. Su deber imperioso era tratar de dibujarlo, de desentrañar de su seno lo puro y esencial en él difundido, y de explicar á qué motivos y circunstancias era debida su aparición, aunque después denostara si tal era su gusto, ó prorrumpiera en amonestaciones y consejos, si á ello se sentía inclinado.

Ese mismo movimiento trajo la transformación de lo que se ha llamado el criollismo, del cual se manifiesta enamorado el señor Picón-Febres. Urbaneja-Achelpohl en *Cosmópolis* inició su obra literaria, tan sana, tan fresca y tan criolla, de la cual sólo habla el crítico del Ensayo con un desdén si es no es disimulado. No valen sus cuentos y novelas cortas un examen detenido por parte de un crítico que consagra cuatro y más páginas al elogio y ponderación de un mal libro, que no merecía ni la mención fugaz siquiera? El señor Picón-Febres se desentiende de considerar lo que en intensidad de vida y en belleza fecunda representa aquel movimiento que abrió en definitiva los cauces de la propia literatura nacional, ya que los intentos anteriores fueron aislados, quedaron fuera del arte por deficiencia del artista, ó los sofocó y obscureció el discurrir tormentoso de las pasiones políticas, que se trataba de expresar ó alimentar. Qué otra explicación encontraremos para todos estos olvidos y supresiones, ya que no podemos imaginar que fueron aposta, dada la honradez literaria que proclama el autor, sino su falta de aptitud para comprender? Juzgar á toda una generación, que es lo más fuerte y delicado que en punto de bellas letras ha producido Venezuela, por las efímeras pirñetas, los caprichos y las bujerías en que fundaron renombre y glorin algunos jóvenes en cierta época de su vida, es situarse por completo fuera del terreno de la crítica. Por lo demás el sistema de detalles y nimiedades que usa Picón-Febres completa su inaptitud para la comprensión; pues un hiato duro, una alteración del ritmo, un corriente *enjambement* lo afran y le tupen las orejas, incapacitándolo para disfrutar de las músicas poéticas. Esto lo arrastra con frecuencia á romper en didácticas y cansadas filosofías, y ya se sabe que tal cosa suele conducir á extremos de intolerancia y á cerrar puertas y ventanas á toda corriente de ideas y á todo procedimiento estético que no venga conforme con las aficiones personales. Cuando se refiere á los libros de Díaz Rodríguez incurre en extravagancias sin explicación posible. El autor de *Idolos Rotos* en una pulcra *Epístola* publicada en la prensa diaria, pone las cosas en su punto, á propósito de las extrañas interpretaciones del crítico. Juzgando á Alberto Soria, Picón-Febres lo supone *co-esencial* con el autor que lo ideó y le atribuye á este todas las pasiones y los pensamientos del personaje ficticio. Más pobre es el juicio enunciado sobre *Sangre Patricia*. Quisiera poder trasladarlo íntegro, porque su sola lectura es su más fuerte refutación. Baste decir que la clave de la novela, el desequilibrio de Tulio Arcos, tan magistralmente diseñado á través del libro, se escapa al criterio del escritor y la novela sólo le parece hermosa... hasta el momento en que verdaderamente principia. Encuentra ilógica y absurda la psicosis del protagonista, el cual en su concepto debía haber sido siempre «un hombre-hombre y no un hombre-hembra.» En aquel organismo en que el trastorno mental casi rebosa, la muerte de la novia cae como una piedra en el líquido de una copa colmada. Lo extraño sería que alma tan vibrante y sensitiva hubiera permanecido en un estoicismo romántico y ultra-siniestro ante la muerte y desaparición de la Novia. Podría continuar enumerando pasajes en que el libro es abiertamente contrario á toda sensatez crítica. No se indigna contra la más pálida influencia francesa, y le reprocha á Rufino Blanco-Fombona que endereze á ocasiones su esquife por rumbos galos? Para él únicamente vale de Rufino Blanco-Fombona lo que es de pura procedencia española; y yo no sé francamente á qué se referirá, pues Blanco-Fombona nada tiene, en su literatura, de español, y sí bastante de francés, atemperado de un modo exquisito por el destello del espíritu venezolano. Juzga también (pág. 239) que la poesía satírica no es poesía, ni arte, ni debe tomarse en cuenta por la crítica, opinión que parece la demasía más escandalosa en un espíritu culto como el del señor Picón-Febres; y esto según deducimos, lo apunta para excusarse de no consagrar al ingenio de Núñez de Cáceres, sino cortísimos conceptos, cuando por su obra y por sus méritos merecía más luengo comentario.

El propio crítico se ha encargado por lo demás de hacer ostensiva la flaqueza de sus juicios, urdiendo una mezcolanza de nombres, libros, artículos y versos de tan distinto valor literario, que no parece sino que quiso hacer una parodia inextricable del caos. Cuánto nombre suprimido en diferentes lugares, cuánto nombre puesto allí sin tono y sin són, por simple capricho del señor Picón-Febres, según es de imaginar! Hay rico y compacto follaje en donde meter la podadera y de donde descunjar sarmientes postizos. Porque la cantidad de literatos que no son ni fueron nunca literatos, la cantidad de poetas salidos muy orondos de la inventiva del señor Picón-Febres, es innumerable. A qué citar nombres? Poco provecho sacaríamos puntualizando los nombres colocados en lugar que no les compete en el fárrago de esa reseña literaria, y mucho más porque es seguro que el aceite de unción destilado por la pluma del señor Picón-Febres no logrará adornarlos con merecimientos que no poseen ni consagrarlos ante la posteridad como disertos ó ínclitos. Qué manera de crítica es la que toma en cuenta y discute en varias páginas, para terminar impartiéndoles elogios parciales cuando no alabanzas cumplidas, á libros que están en absoluto fuera de los términos del Arte y de la Literatura, como entre otros, lo está una especie de novela ó narración publicada por el señor Arévalo con el título de *Maldita juventud?* Muchos otros libros, poesías y artículos se encuentran en este mismo caso. Y pasma que puedan encontrarse escritos con seriedad en un Ensayo en que debía por fuerza condensarse lo más puro, noble y fuerte que se haya escrito en el país venezolano. En orden de comparaciones no resulta más feliz Picón-Febres y pone en paralelos que nos dejan estupefactos las obras y los nombres más distintos, divergentes y aun contrarios.

El estilo del señor Picón-Febres es candaloso, monótono, preñado de enumeraciones y amaneramientos, relleno de pobres imágenes desgastadas por el roce habitual de todas las plumas, impropio para la síntesis y por lo tanto pesado y fatigoso en la exposición de las producciones ajenas. Declamatorio con frecuencia, se intrinca en divagaciones inoportunas, en reflexiones generales que no vienen á cuento ni tienen que hacer con el asunto de que trata. Es bueno decir para remate de estas ligeras notas, que la extensión del Ensayo se debe en mucha parte á las desfavorables condiciones del estilo.

JESÚS SEMPRÚM.

—En el próximo número la *Bibliografía* tratará de "*Alma-América*", libro de poemas indo-españoles de José Santos Chocano.

Academia Nacional de Bellas Artes: San Juan Bautista, escultura por Carlos Quintana (Mención honorífica)

EL NUEVO ACADÉMICO

El domingo, doce de este mes, fué recibido solemnemente en el seno de la Academia Venezolana de la Lengua, nuestro distinguido colaborador el celebrado poeta Juan E. Arcia, elegido Individuo de Número de la docta Corporación.

Más de un motivo de aplauso y de cordiales satisfacciones ha tenido para nosotros este acto. Se trata de una personalidad nueva de las letras nacionales y de un cultivador juicioso, metódico y constante de las más nobles aptitudes para el arte y para el buen renombre patrio.

Posee como una promesa y como una garantía las dotes gallardas de la integridad y de la circunspección; y por ellas es capaz de penetrar toda la significación del deber y de cumplirlo satisfactoria y honorablemente, como lo ha hecho en otras aptitudes de su vida pública. Tiene la sobriedad, la medida y la fuerza necesarias para conducir con atinada firmeza el encargo de alteza mental que ahora le confiere su dignidad literaria, al lado de los mantenedores del culto puro del habla castellana.

Y cuanto á lo que esa elección significa, ella es el aportamiento oportuno y discreto de una energía joven, llevada á sumar vigor á una obra lenta y fuerte, tenaz y siempre nueva, que no tanto es excelente por la brillantez de su resultado, como meritísima por

su propósito. Quiere vincularse á la salvación y progresos del habla abolenga, la integridad, el orgullo y la gloria de las tradiciones y de la influencia de una raza y de un pueblo, que cuando no son maravilla del mundo por el éxito afortunado de sus empresas de poderío, son pasmo de las gentes por la magnitud de sus infortunios, á la par que por la soberbia entereza varonil con que las sobrellevan.

Al espíritu del nuevo académico y á sus juveniles fuerzas intelectuales son gratos y gloriosos el empeño y la causa. El ha cantado la aspiración humana en numeroso ritmo hispano, de límpida prosapia, y ha amoldado gallardamente á la estructura de nuestras cláusulas cantos extranjeros, que tienen el orgullo de su alta aristocracia. El ama cuanto es noble y dignificante, así la grandeza milenaria de aquella nación esclarecida que fué formidable nodriza de la nuestra, como la maravillosa naturaleza de ese instrumento suyo de conquista y de prestigio, cuyo uso dictó imperiosamente, un día, como presea de cultura y de elegancia, á los magnates y á las potestades.

Arcia promete con su introducción en la Academia la instauración de una éra de vigorizaciones, que vuelvan á darle á las filiales en América de la Española, la alegría y el ardimiento de los primeros entusiasmos, tan enaltecedores como fecundos. Acrecentado el tesoro, mantenido en copioso progreso el legado, será provechoso y oportuno que al seno venerable de la Corporación metropolitana, llegue un aura del nuevo espíritu, denunciando los rumbos del alma que emanó de aquella abolenga, conquistadora y maestra. Arcia sabrá cumplirlo, porque posee las aptitudes y las preparaciones indispensables á las imposiciones y á las satisfacciones del deber.

Su discurso de recepción es un bello testimonio de nuestras afirmaciones y de nuestra esperanza. Hay en él palpitaciones del goce anticipado que hace grata y excelente la tarea; denuncia conciencia y expedición, y tiene el acento sonoro de una juventud sensata y la discreción de una fuerte madurez.

El académico señor D. Francisco Pimentel contestó ese discurso en términos que ganan nuestras simpatías por lo que dicen de cariñoso aprecio y de merecida justicia á las dotes de uno de nuestros colaboradores más distinguidos.

Del mencionado discurso de Arcia tomamos el fragmento que ofrecemos á nuestros lectores, como una confirmación de lo que hemos apuntado y como una renovación de nuestros votos afectuosos al poeta, al compañero y al amigo.

—

«El desarrollo y purificación de un idioma es obra portentosa, digna de observarse por los que nos dedicamos á la literatura. Diríase el prodigio de la cristalización de una gema, que luégo ha de ser hábilmente pulida por las ennoblecedoras manos de artistas inmortales.

Siglos brumosos para el recuento literario pasó el latín antes de convertirse en el diamante que radió bajo la púrpura grandiosa de los Césares y resplandeció en las provincias conquistadas al amparo de las altivas y avasalladoras legiones del dominante imperio. España, amazona vencida, ginió en su antiguo dialecto; pero á la hora de sus primeros cantos los entonó en el idioma de sus civilizados opresores, y aquellos cantos fueron nuevas fulguraciones de la gema maravillosa. Fué sólo cuando, heridas é incapaces de retener sus dominios, las águilas imperiales plegaron sus gigantescas alas y se desvanecieron en un crepúsculo de sangre, que roto el diamante sublime, sus chispas dispersas contribuyeron á la formación de otras piedras preciosas.

Epoca estéril para el arte fué aquella en que el latín se descompone para dar origen á los dialectos que se denominaron romauces. Entre éstos, engalanado con los vocablos de diversos lenguajes, predominó el castellano, ópalo de cambiantes armoniosos, que encontrando estrecho el límite de las comarcas españolas, atravesó el océano y fulguró entre las ignoradas selvas americanas, donde perdura para siempre por el culto que le profesan los descendientes de los más hidalgos y heroicos conquistadores que hayan producido las naciones del antiguo continente.

Cuando fijamos la vista en los hombres que lucharon por el engrandecimiento de la literatura, sentimos entusiasta veneración por aquellos esclarecidos varones que dedicaron su existencia á uno de los más bellos ideales; y ese sentimiento se torna en compasivo con aquellos héroes que no cosecharon los halagos de sus victorias, y cuyas fuerzas se agotaron ante la dureza de un idioma incipiente y la limitada cultura de pueblos desconocedores de las augustas bellezas del arte. Ellos son los primeros que emprenden la marcha hacia una selva prometedora de fascinadores encantos, los que en dolorosos intentos arrancan las escasas flores de los ásperos contornos, para luego caer desfallecidos sin haber descubierto los íntimos secretos del bosque de la fronda impenetrable. Siguen sus huellas otros, al principio más afortunados, pero que al encontrar infranqueables los enmarañados zarzales, se detienen, y heridos por un incierto resplandor de luna que atraviesa el follaje, reclinan la cabeza pensadora y sueñan con el jardín ignoto que oculta la palma milagrosa de la codiciada inmortalidad. Son los últimos, los que embriagados por el perfume de las flores ya conocidas é iluminados por un sol inextinguible, apartan la maleza que se opone á su paso de egregios conquistadores y descubren el misterioso jardín, donde entre lirios, anémonas y rosas, la dúctil rama del laurel se cimbra para hacer una eterna caricia á la sien luminosa de los genios.

Cuidar ese jardín hermoso y deleitable, ensanchar más y más el sendero del arte, ha sido en todo tiempo la preferente labor de los amantes de la literatura, y en especial de los celebrados ingenios que forman la Real Academia Española y sus Correspondientes en las Repúblicas de Hispano-América.

La pureza del lenguaje es elemento primordial para la creación de las obras maestras. Si Virgilio y Horacio hubiesen vivido en la época en que Papirio compiló las leyes reales de la naciente Roma, la Eneida, las Geórgicas, las Odas y las Epístolas serían entreabiertas corolas de flores indecisas que se mustian al silencioso abrazo de la niebla. Imaginaos á Cervantes escribiendo cuando nuestro idioma, vencido en todas partes, se refugiaba en Asturias y era el símbolo amado de la invencible libertad ibérica, y contemplaréis á la vaga penumbra del crepúsculo dos altas y confusas siluetas: la noche desciende sobre las figuras de Don Quijote y Sancho, y la más grande reproducción del alma humana pierde sus lineamientos inmortales ante la invasión despiadada de la sombra.

Oro nítido y puro necesita el artífice para que la diadema sea joya digna de ceñir las sienes de los ilustres monarcas; sus dedos delicadamente ágiles se paralizarían al tropezar con un metal espurio incapaz de concebir la rara forma de la subyugadora fantasía. La inspiración, odalisca caprichosa, que sólo brinda sus ósculos á los predestinados á la gloria, no se encarna sino en la frase culta de los idiomas purificados. Démos á los artistas el oro inmaculado del lenguaje; lucheinos porque la flor de la idea encuentre un búcaro merecedor de la joyante gloria de sus pétalos; unámos nuestros esfuerzos á la realización de tan bello ideal, y contribuiremos no sólo al progreso de las letras sino á la conservación de la libertad de las naciones iberoamericanas.»

NUESTRO SUPLEMENTO MUSICAL

"LA COCCINELLE," poesía de Victor HUGO, música de Camilo SAINT-SAENS

—«Algo me molesta, decíame. Y yo ví su cuello cándido, y sobre su cuello un insecto minúsculo y rosado. Hubiera debido ver antes el beso en su boca que el insecto en su garganta (pero, sea uno loco ó cuerdo, á los dieciseis años es siempre tan tímido!). Hubiérase dicho aquel insecto un caracol: dorso de rosa y manchado de negro. Los gorriones para vernos inclinaban en el ramaje. Allí estaba cerca de mí su boca fresca, y yo me inclinaba hacia la hermosa; y agarré la Coccinella; pero el beso, voló.—«Hijo, sábe cómo me llaman»; dijo el insecto del espacio azul, «las bestias son del buen Dios; pero las bestialidades son del hombre.»

Hé allí el poemita sentimental de Víctor Hugo. El Maestro Saint-Saens ha puesto una música deliciosa á los versos del gran poeta. Y el insecto sigue manchando la albura eucarística del cuello de la muchacha, en cuyos labios el beso apronta sus alas melodiosas para emprender el vuelo primerizo. Pero el enamorado ingenuo mira el insecto en la blancura de la carne y no el beso que huye de la boca, como un pájaro lleno de susto.

MÉLODIE, por Jules MASSENET

El autor de *Manon* y de *Herodiada* es uno de los más eminentes compositores de hoy en día. En la escuela francesa moderna ocupa un lugar distinguido por el cuidado minucioso de la orquestación y el empleo magistral de los procedimientos sinfónicos en el drama. La *Melodía* que publicamos hoy es un trozo musical admirable de intensidad y delicadeza.

"VALSE DES GRACES," por G. E. PEIFFER

No son las gracias antiguas, solemnes y sonreídas, las que tejen su danza harmoniosa bajo los mirtos en flor, junto al mar azul. Son damas rosadas y blancas, de atavíos modernos, con ojos impregnados de intensa ternura, con labios en que la sonrisa tiene un encanto de púrpura acogedora. Entre tanto, se abre en las lejanías la visión de un paisaje bucólico y los deseos laten misteriosamente, bajo la caricia de la música.

En el número 6 de nuestro *Suplemento:*

"TON NOM." Melodie.-Augusta HOLMÈS.
"EMÉRAUDE" (valse lente.)-L. ELSEN.

SUELTOS EDITORIALES

"Versos Azules"

El distinguido poeta carabobeño, señor Manuel Alcázar, nos ha enviado su libro de poesías recientemente editado, que tiene por título *Versos Azules*. Es una breve colección de poesías ingenuas y frescas, llenas de sinceridad lírica y de candor. El señor Juan D'Sola, que prologa este opúsculo poético, se expresa así, refiriéndose á los versos que lo forman: "Los pájaros de sus versos no son las tristes alondras ni los ruiseñores distantes; son aves de nuestras campiñas que oimos á cada instante en los mogotes tupidos de nuestros campos, en el copo de los samánes, y en las altas ramas de los guamachos en flor."

Agradecemos al distinguido poeta valenciano el obsequio de su libro.

Secciones literarias

Debido á la acumulación de materiales nos vemos obligados á retirar del presente número de nuestra Revista las crónicas literarias que en la sección de "Letras Hispano-americanas" viene publicando nuestro distinguido colaborador señor A. Fernández García; así como la página de *Oro viejo*, y los intencionados versos del poeta Racamonde con que venimos obsequiando á nuestros lectores. Pedimos á éstos excusas por la involuntaria supresión. Todos los trabajos dichos serán publicados próximamente.

Notas de duelo

Dr. Ibrahim Agüero.

En los primeros días del mes en curso falleció el doctor Ibrahim Agüero, ingeniero que se había distinguido por su competencia en asuntos profesionales, y que disfrutaba de general estimación y aprecio por las prendas cultas de su carácter.

Presentamos á sus deudos la sincera manifestación de nuestro pésame.

Manuel Palacios Vegas.

La muerte de este distinguido caballero, á quien adornaban excelentes cualidades que le captaron siempre la consideración y la estima de nuestra sociedad, ha sido generalmente sentida.

A sus deudos enviamos nuestro pésame.

Carlos L. Villanueva.

Trágicamente ha fallecido en esta ciudad el apreciable señor Carlos L. Villanueva, quien gozaba de consideraciones por sus correctos procederes, por su cultura y por el culto constante que profesó al trabajo.

Acompañamos á sus deudos en la pena que los aflige.

Licenciado José M. Ruiz.

Ha rendido la jornada de la existencia este distinguido caballero.

Acompañamos á su familia en el duelo.

Tomás Ignacio Potentini.

En el Oriente de la República ha fallecido hace pocos días este distinguido escritor y poeta venezolano. Como poeta y como prosador diéronle nombradía el vigor de sus concepciones, la valentía de sus pensamientos y principalmente el dón espontáneo de la inspiración. Siempre fué la suya caudalosa y rica y potente, como lo certifican muchas de sus poesías, alguna de las cuales vió la luz pública en las páginas de nuestra Revista. La desgracia y el dolor acompañaron al poeta en los últimos tiempos de su vida.

Ante su tumba recién cerrada impetramos que la paz sea con su espíritu.

Muerte de Alejandro de Médicis

La historia de Italia suministra á Bellucci asunto para su admirable trabajo. Alejandro de Médicis, Duque de Florencia, era hijo natural de Lorenzo II ó de Julio de Médicis. Envenenó al cardenal Hipólito; se casó con Margarita, hija natural de Carlos V y fue asesinado en Florencia en 1537. Este trágico suceso es el que con tanta verdad como maestría reproduce Bellucci.

La alegría roja

Sugiere la pintura de Rochegrosse la honda sensación efectiva de una alegría saturada de vida podcrosa y ardiente como un cfluvio de sol. Es la canción loca y regocijada de la naturaleza joven, el himno rojo de la naturaleza que al esparcirse en ondas impalpables, satura los seres y las cosas de la invisible savia fecundante que es luego brote en las plantas, corriente misteriosa y creadora en las aguas, germen de toda vida en el universo.

El lienzo del gran artista, esplendorosamente bello, ha sido coronado con el verde laurel del triunfo: en el salón de 1906, de París, el premio más alto, la gloriosa medalla de oro, ha tocado en suerte al insigne autor de Alegría Roja.

Ya no hay niños

La inocencia se va; como Astrea, la divinidad austera ó incorruptible, abandona la tierra, huye los ásperos zarzales de la tierra, donde el hosco vicio acecha, avergonzada de la perversión de nuestras costumbres, para refugiarse en el cielo, patria ideal de los ángeles.

Ya no hay niños,—dice el pintor en el expresivo y radioso lenguaje del colorido,—y es verdad.

La tela del artista es de una tristeza conmovedora; ella evidencia un mal grave, desconsolador, funesto de las modernas sociedades: la corrupción de la infancia.

Ya no hay niños: esa primavera enfermiza de hoy, gráficamente dibujada por el artista en un detalle, al parecer insignificante, ¿qué frutos dará en el porvenir? Flores pálidas; frutos caídos en agraz en la podredumbre humana; flores negras del mal, frutos degenerados de una naturaleza envenenada en su origen por el tósigo impuro de los vicios.

Himno á Baco

El jugo de la vid y la fresca hoja de pámpano son los atributos que placen más al dios que sabe sonreír y danzar y correr al són de la dulce siringa. Himnos jocundos le canta la juventud, y en los altares en que el dios oficia, coronado de verdes hojas, risueño y feliz, caen deshojadas, ofrendas de los mortales, purpúreas rosas de alegría, sonoros ramilletes de risas francas y argentinas, cuyos pétalos, susurrantes, hacen la delicia de Baco. *Evohé!* es el himno propicio al inmortal bullicioso.

El asunto de Vasari parece calcado en los tiempos de la edad de oro remotísima, en la cual el dios de la alegría y los placeres, andaba por el orbe derramando doquiera espléndidamente los exquisitos dones de su henchida cornucopia.

La partida

Es el adios de un sér querido, tiernamente triste, impregnado de suavea dulzuras, emocionante y adorable. El momento de la partida, ese momento indescriptible en que el alma rebosa cuanto ella encierra de más arcano y afectivo, es el que Girardet sorprende para la composición de su fina joya pictórica. Y ésta, la preciosa cuanto delicada pintura del artista francés, resulta de una delicada y conmovedora ligereza que toca las fibras más recónditas del corazón. Ante el lienzo á que nos referimos, el dolor de la despedida, profundamente enternecedor, nos hiere el espíritu y sentimos en los ojos como la húmeda y refrescante visión de una lágrima.

Ensueño

Vaporosa ó ideal, la figura de nuestro fotograbado describe una fantasía poblada de azules quimeras, de lijeros y fantásticos ensueños, como tenues tules en cuyos sutilísimos hilos jugasen las irradiaciones de un rayo de luz de alba.

Ensueño es una preciosidad á la vez que una honda psicología.

Un estreno

Tímido, atortolado, con la medrosa actitud del ave que ensaya el vuelo por vez primera, soporta, con los ojos en tierra y las mejillas teñidas de vergüenza, las burdas y perversas flechas del epigrama y de la burla. Su estreno en sociedad hará época en su vida, dejará imborrable huella en los recuerdos de su juventud; cómo olvidar nunca las palabras, untadas de malicia, de aquella morenita seductora, inquieta y zumbona como una avispa, ó las sonrisas—dardos de fuego,—inquisidoras de su pareja del último vals?

A la cuna

Trasciende á santo idilio el lienzo de Llewellyn.

El niño dormido en el blando regazo, el tierno ángel dormido en los brazos maternos, pasará á las albas suavidades de la gentil cuna de mimbres menos tibias y deliciosas que el seno generoso de la que le dió el sér.

¡Cómo sugiere la tela del insigne pintor el más puro é intenso goce del hogar!

En el bosque

Olor á tomillo y verdes hojas consteladas de perlas resplandecientes, halo fragante de primavera se desprende en el bosque. Alguien, una mujer bella y joven, bella como el panorama opulento que la rodea, fuerte y virgen cómo la savia que circula á su alrededor, aspira con voluptuosidad los efluvios sanos y delcitosos de la campiña.

Es el connubio íntimo y dulce de la naturaleza y la juventud, lo que el excelente artista ha querido simbolizar en su hermosa creación.

Alexis y Dora

Las páginas de un libro célebre han servido de argumento al eximio forjador de cosas bellas y exquisitas. Alexis y Dora vivirán en el lienzo estupendo, como viven en el poema primoroso, vida poética é inmortal. En el oro de la tela como en el oro del libro, la romántica leyenda resplandecerá cual una gema maravillosa.

El Pico Bernina

En los Alpes Réticos, coroa de Suiza, se alza el Pico Bernina, el más alto, el más grandioso de los de aquella inmensa cordillera orlada de sempiternas y vírgenes nieves.

Hoy ofrecemos á nuestros lectores la pasmosa perspectiva del Pico Bernina, interesante copia que dice de los atrevimientos y prodigios de la naturaleza.

La viuda del pescador

Acaso las olas del vasto mar, á cuya ribera la atrae el recuerdo de tiempos más felices, le repiten en sus ardientes rumores fragmentos de las barcarolas que un día el infeliz pescador, ya muerto, echara á volar, cual banda de bulliciosas aves marinas, por sobre el tumulto de las aguas espumosas.

La doliente viuda, como otra Niobe, sufre y solloza y languidece á solas, y allí, en la playa rumorante y azul, vierte sobre el acerbo penacho de las espumas, el no menos amargo raudal de sus lágrimas.

Rosario Guerrero

La delicada y fina gracia española está evidenciada por manera espléndida en Rosario Guerrero.

Esta hermosa bailarina, de aspecto serpentino, donairosa y gentil, es una flor lozana de la tierra que alegran las castañetas, de la noble tierra perfumada como el Manzanilla, opulenta como los rojos claveles de Andalucía, y bizarra y heroica como una leyenda del Cid.

Academia Nacional de Bellas Artes

En edición anterior dimos cuenta de los actos celebrados en este reputado Instituto, con motivo de los brillantes exámenes realizados en el presente año.

Hoy nos complacemos en traer á nuestras columnas varias interesantes fotografías relacionadas con la Academia Nacional de Bellas Artes. Son ellas una reproducción de la Exposición de Pintura, la Exposición de Escultura y Arquitectura; el premio, el accesit y la mención honorífica de pintura y el premio y la mención honorífica de Escultura.

Un hombre que se achica

No se trata de un sujeto cobarde, sino de un pobre individuo que ofrece á la ciencia médica un caso muy curioso de osteomalacia, ó reblandecimiento de los huesos. La Academia de Ciencias de París se ha ocupado del asunto, examinando las fotografías radiográficas que le han sido presentadas.

El paciente medía antes de contraer la enfermedad 162 centímetros y medio de estatura; pero en diez años que hace que está malo se ha quedado reducida dicha talla á 96 centímetros y medio.

Lo más notable del caso es que, siendo como siempre ha sido mortal el padecimiento, el enfermo en cuestión goza de una salud á toda prueba, aunque no es de esperar que recobre su estatura perdida.

Un corazón de tres mil años

El estudio de las antiguas civilizaciones egipcias da continuamente ocasión á curiosos descubrimientos y al conocimiento de hechos de gran valor científico.

En vasos depositados junto á las momias se han encontrado á veces granos de trigo, allí encerrados hace miles de años. Estos granos, sembrados en tierras mullidas, húmedas y soleadas, han germinado como si pro-

Gran manifestación.—"Me es grato manifestar, escribe el Doctor P. M. Queremel—excelente médico de Coro—que en el ejercicio diario de mi profesión he usado frecuentemente y con maravillosos resultados la Emulsión de Scott, sobre todo en los casos en que he necesitado de un modificador de la nutrición, como en las enfermedades de origen escrofuloso y en otras".

ULTIMO LIBRO DE

AMADO NERVO

"ALMAS QUE PASAN"

(Cuentos en prosa)

De venta en la

Empresa "El Cojo"

Precio para Caracas..... Bs. 4, Ejemplar
" " el Interior..... " 4,25 "

MANUAL DE LITERATURA

TERCERA EDICION

Reformada, aumentada y corregida

Texto Oficial en la Universidad Central y en muchos Colegios de la República

CONSTA DE CUATRO TRATADOS QUE SON:

1º Tratado de Ortología.—2º Tratado de Retórica.—3º Tratado de Métrica; y 4º Tratado de Poética; y de un *Apéndice* que contiene un *Diccionario de Galicismos* y voces superfluas notablemente aumentado

A la venta en la

Empresa "El Cojo" á B 10 el ejemplar

Modelo de la botella del verdadero

ELIXIR TÓNICO ANTIFLEMÁTICO del Dr GUILLIÉ

Rehusez toda antiflematico que no lleve la firma PAUL GAGE

Desde hace mas de noventa años, el ELIXIR del Dr GUILLIÉ es empleado con éxito contra las enfermedades del Hígado, del Estómago, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas y Perniciosas, la Disenteria, la Grippe ó Influenza, las enfermedades del Cutis y las Lombrices Intestinales.

Es uno de los medicamentos mas económicos como Purgativo y Depurativo, es el mejor remedio contra todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flemas.

Depósito General:
Dr PAUL GAGE Hijo, Farmº de 1ª Clase.
9, rue de Grenelle-St-Germain, PARIS
Y EN TODAS LAS FARMACIAS

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE. DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

cedieran de la cosecha del año anterior al de la siembra. Así se ha podido demostrar que los granos de trigo pueden, si se guardan en un ambiente seco, frío y obscuro, conservar por muchos siglos su facultad germinativa.

Este ejemplo, bien conocido, demuestra que en las investigaciones arqueológicas en Egipto, no sólo se obtienen pormenores de gran valor para el conocimiento de la historia de la humanidad, sino que pueden resultar descubrimientos de otros órdenes de utilidad para las generaciones presentes y futuras.

¿Cómo se había de figurar el rey Ramsés II, el gran Sesostris de los griegos, que su corazón había de ser objeto de estudio tres mil años después de su muerte y servir á los anatómicos de nuestra época para apreciar las condiciones de duración y resistencia del músculo cardíaco?

Y, sin embargo, este es el hecho. Ramsés II murió mil doscientos cincuenta y ocho años antes de Jesucristo, ó sea hace tres mil ciento sesenta y cuatro años. Su momia fué encontrada en 1881, en las ruinas de la famosa Tebas y depositada en el museo del Cairo en 1886. Por cierto que conservaba la lengua del monarca.

Posteriormente se han examinado los contenidos de cuatro vasos, en los que, según parece se habían depositado las vísceras del real cuerpo, al hacer su embalsamamiento, á la usanza de aquellos remotos tiempos en el civilizado Egipto

En tres de los vasos se han hallado unas sustancias granulares, mezcladas con carbonato sódico reducido á polvo, y se conjetura que es á lo que han quedado reducidos, después de más de treinta y un siglos, el estómago, el hígado y los intestinos del gran rey.

Pero en un cuarto vaso, más adornado que los anteriores, se ha encontrado un órgano

ESTE ALMACEN

ESTÁ SURTIDO SIEMPRE, EN PROFUSIÓN,

DE LOS ARTICULOS

MAS MODERNOS

DE SUS RAMOS

PUDIÉNDOLOS OFRECER

MÁS BARATOS QUE

CUALQUIERA OTRA CASA

BOLSA A MERCADERES

NUMERO 36

– Teléfono Número 686 –

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO – ANEMIA – CLOROSIS

Exíjanse el Nombre *el Sello de Garantía*

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable.

y la Dirección *40, Rue Bonaparte, PARIS*

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N.B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el **Jarabe de Blancard.**

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable ó indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA

Phosphadine Fullié

es un alimento completo

DE FACIL DIGESTION

para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** las **BRONQUITIS CRÓNICAS**
L. PAUTAUBERGE, 9bis, Rue Lacuée, Paris Y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO
SOLUCION TITULADA
Las *Grageas* hacen mas facil el *labor del parto* y *detienen las pérdidas.*
AMPOLLAS ESTERILIZADAS para *Inyecciones Hipodérmicas*

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
Medalla de ORO de la Sad de Fia de Paris.

LABELONYE y Cie. 99, Rue d'Aboukir, PARIS Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

del tamaño y la forma de un huevo de gallina algo aplastado, y que, sometido á un minucioso examen por el profesor Lortet, ha resultado ser el corazón.

El noble músculo, con el transcurso de los siglos, se ha ido reduciendo de tamaño, pero al mismo tiempo se ha endurecido en tales términos que, para separar una porción de él y estudiar su estructura, fué preciso acudir á una sierra de acero bien templado. Advirtióse en suma, que el órgano musculoso había adquirido la estructura y consistencia del cuerno.

La transformación es curiosa. Los antiguos localizaban en el corazón las principales pasiones é impulsos nobles é innobles del hombre, y he aquí que el Padre Tiempo tiende á «endurecer» (y no es metáfora) el corazón. El del gran Sesostris ha necesitado más de tres mil años para convertirse en cuerno. Hombres hay que decimos de corazón duro, y aunque no tengan de bronce ó peña víscera tan esencial para la vida, posible es que en ellos haya empezado en vida la transformación córnea, que en la quietud y en las tinieblas de las criptas egipcias, opera lentamente el correr de los siglos.

El Papa y el feminismo

Berta de Lunay ha celebrado una entrevista con Camille Theimer, la eminente romancera vienesa, muy conocida por su activa propaganda en favor del feminismo. Camille Theimer, que acaba de emprender un largo viaje de estudios á través de Italia, ha obtenido una audiencia del soberano Pontífice.

La visitante pidió permiso para dirigir al Santo Padre algunas preguntas respecto á los asuntos que hoy interesan á todos. Pío X, rompiendo con las tradiciones, admitió que se le dirigieran las preguntas que Mme. Theimer deseaba. Berta de Launay, al darnos la nota de la conversación sostenida con Camille, hace notar que, al contrario de la opinión general, el Papa no se declara enemigo del engrandecimiento de la mujer: dice que ella debe ennoblecer su alma desarrollando el gusto por el estudio y el trabajo, y procurando arrojar de su espíritu la frivolidad y la inclinación atávica á los placeres. La Iglesia aprueba que la mujer se preocupe por el adelanto de su trabajo, haciéndose verdadera asociada del hombre, contribuyendo á la felicidad del hogar, y siendo siempre la madre cariñosa, la esposa amante y abnegada.

—¿Vuestra Santidad aprueba para las mujeres la elección de profesiones liberales? Preguntó Camille.

«Todo lo que tienda á elevar el nivel moral é intelectual de la humanidad es digno de nuestra aprobación, siempre que no ataque las leyes cristianas. Es bueno que las mujeres se libren del pesado yugo á que las sujeta desde hace tantos siglos la sociedad, es bueno que sepan adquirir por sí solas los medios de existencia; pueden estudiar todo, todo... menos la Teología; no veo por mi parte ningún inconveniente en que sean las mujeres médicos, abogados; sobre todo, médicos especialmente, para dedicar sus cuidados á las personas de su mismo sexo y á los niños. Hay en toda mujer una vocación intuitiva por la medicina. La enseñanza es también una de las carreras que les convienen mejor. ¿No son las primeras educadoras de sus hijos, y por consiguiente, de la humanidad entera? El mundo será regenerado por las madres, y por ellas tan sólo el catolicismo triunfará!»

—¿La Iglesia nos autoriza á ocuparnos en política?

—¡Eso jamás!

Y el arrogante y pálido pontífice acompañó á estas palabras un gesto enérgico y un decidido ademán.

—«Las mujeres,—dijo el Santo Padre,—no deben, de ninguna manera, mezclarse en asuntos políticos; no deben ser ni electoras, ni diputadas; es suficiente con los hombres para llevar perturbaciones á los parlamentos.

Y diciendo esto, una sonrisa llena de fina ironía se dibujó en sus labios pontificales, y después prosiguió:

—«Debéis limitaros á elevar en vuestros hijos sanas ideas, á quitar de su corazón la ambición y el doblez y á habituarlos á llenar concienzudamente sus deberes cívicos, y así tendréis parte, aunque sea indirectamente, en la política de vuestro país».

Y después de dar su bendición á Camille, el Sumo Pontífice hizo votos por el completo triunfo del feminismo entendido así.

La fabricación de una buena Emulsión de aceite de bacalao requiere máquinas y aparatos científicamente construidos que los boticarios no poseen.

Una mala emulsión produce en los enfermos el trastorno de las funciones digestivas, imposibilitando la nutrición y retardando la cura.

El Triunfo del Mérito.

Todo el que tenga que comprar un frasco de emulsión de aceite de bacalao debe exigir que el boticario le venda la **"LEGITIMA EMULSION DE SCOTT"** que lleva la marca del **"hombre con el pescado á cuestas."** Esta marca significa lo mismo que la marca de ley que se encuentra en las joyas de plata ú oro. Emulsiones que no llevan esa marca son lo mismo que las prendas falsas doradas ó niqueladas que fabrican los charlatanes para engañar á los incautos. La **"LEGITIMA EMULSION DE SCOTT"** ha sido recetada universalmente durante los últimos treinta años con éxito siempre creciente para curar la tuberculosis, las enfermedades del pecho en general, la escrofulosis, raquitismo, anemia, clorosis y todas las afecciones que dependen de la debilidad orgánica.

La **"LEGITIMA EMULSION DE SCOTT"** es un alimento en forma concentrada que nutre y estimula el apetito de los enfermos poniéndolos en condiciones para poder ingerir y digerir los alimentos ordinarios.

Tratándose de la salud ningún medicamento es caro, si es bueno. Hay razón sobrada para que la **"LEGITIMA EMULSION DE SCOTT"** cueste unos centavos más que las emulsiones de pacotilla. Con ella los enfermos sanan pronto. Con ella no hay engaño.

SCOTT & BOWNE, Químicos - NUEVA YORK.

J. M. HERRERA IRIGOYEN & Ca.,

EDITORES PROPIETARIOS DE "EL COJO ILUSTRADO",

OFRECEN EN VENTA LA OBRA

"Colón y su descubrimiento; el Nuevo Mundo ó la Gran Colombia",

POR D. FELIX E. BIGOTTE;

edición de lujo; 3 volúmenes en 4º; papel vitela, grabados en colores, con dos *fac-símiles* cartas de Colón,

A Bs. 24, LA OBRA A LA RUSTICA

DEPÓSITO GENERAL EN CARACAS

Las órdenes del Interior de la República, deben venir acompañadas de Bs. 4 más, para el franqueo.

El importe debe remitirse en estampillas de correo ó en letra de fácil cobro.

Data de 1849 — Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARICSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cútis limpio y terso

Casa CANDÈS — Bd St-Denis, 16

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

INFLUENZA — RACHITIS

ANEMIA — CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

Frasco reducido.

QUINA-LAROCHE

La **QUINA-LAROCHE** es de sabor muy agradable y contiene todos los principios de las tres mejores especies de quinas. Es superior con mucho á todos los demás vinos de quina, y está reconocida por las celebridades médicas del mundo entero como el remedio soberano en los casos de:

FALTA DE FUERZAS
MALES DE ESTÓMAGO
CONVALECENCIAS
CALENTURAS, ETC.
} **Quina-Laroche** *Simple*

ANEMIA
CLOROSIS
CONSECUENCIAS DE PARTOS
} **Quina-Laroche** *Ferruginosa*

La QUINA-LAROCHE ha sido objeto de una recompensa nacional de *16.600* Francos y ha obtenido *Siete Medallas de Oro.*

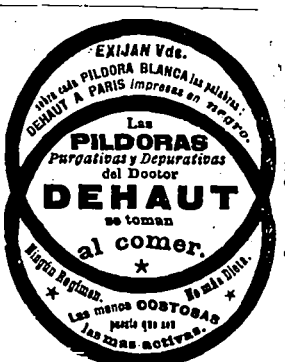
DE VENTA EN TODA BUENA FARMACIA.

Exíjase la VERDADERA QUINA-LAROCHE 970

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

LINIMENTO GENEAU
para los CABALLOS

Solo este precioso Tópico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos días, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisisduras, Esguinces, Alcances, Molestias, Alifafes, Esparavanes, Sobrehuesos, Flojedades é Infartos en las piernas de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar llaga ni caida de pelo, aun durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutivo inmejorable en las enfermedades internas.- PRECIO 6 fr. Depósito General: Farmie GENEAU, 165, r. St-Honoré, PARIS



Después de probar todos los engañosos remedios que se anuncian es cuando más se agradece la eficacia RADICAL del Digestivo Mojarrieta, cuya superioridad está universalmente confirmada en las enfermedades del estómago.

Además de ser el único curativo radical del estómago y del intestino, el **Digestivo Mojarrieta** purifica los alimentos y los hace asimilables. Está universalmente confirmada la superioridad del **Digestivo Mojarrieta** y millares de testimonios verdaderamente honorables demuestran que éste es el único medicamento que cura en un día las Indigestiones, en un mes las Dispepsias ó Gastralgias y en tres meses las más graves enfermedades crónicas del estómago y del intestino.

Se debe exigir que cada hostia tenga grabado el nombre DIGESTIVO MOJARRIETA.

De venta en la Farmacia de **Valentiner y Cª**, Caracas y en las principales Droguerías de Europa y América.

Las mayores alturas alcanzadas por el hombre

Los relatos últimamente publicados de la magnífica exploración de los macizos del Himalaya, realizada por el señor y la señora Bullock-Workmann, solicitan de nuevo la atención hacia el siempre interesante asunto de las ascensiones, de los más altos puntos alcanzados por el hombre. Partiendo de la Torre Eiffel (300 metros) la escala sigue esta proporción: 1.470 metros, 2.180, 3.170 (altiplanicies del Himalaya), 4.000 (las nieves del mismo), 4.810 (cumbre del Monte Blanco, donde está instalado el observatorio de Mr. Jansen, el más alto de la tierra.)

En los dominios del aire encontramos un barrilete que alcanzó la altura colosal, para aparatos de este género, de 5.908 metros. Este barrilete es una de las cometas-sondas lanzadas desde el mar durante una de las campañas de M. Teissere de Bort.

Volviendo á tomar pie en las altas cumbres encontramos el campamento más elevado que hayan establecido los hombres; es el que la expedición internacional de 1902 instaló en las cimas de Himalaya á la enorme altura de 6.400 metros; pasaron allí cinco semanas, como los héroes de Julio Verne, pero en escena de drama de sufrimientos, no de amena novela de aventuras. En seguida viene la huella de Mme. Bullock-Workmann, á 6.680 metros, la mayor altura alcanzada por una mujer hasta el día.

Los aeronautas han llegado á 8.000 metros primeramente, y á 8.600 metros que alcanzó la trágica ascensión de Coroce-Spinelli y Livel, en 1.875, de la cual escapó milagrosamente el fundador de «La Nature,» Gaston Tissandier, pereciendo sus compañeros. 10.800 es el límite extremo de la ascensión humana. Rayó á esta altura M. A. Berson, el 31 de julio de 1901, y volvió vivo gracias á la precaución de respirar artificialmente oxígeno, á partir de los 8.000 metros.

El ingenio del hombre, ya que no el hombre, ha alcanzado, sin embargo, á 22.090 metros; á esa terrible altura llegó el 4 de diciembre de 1902 un globo-sonda lanzado del observatorio de Straburgo.

EL COJO ILUSTRADO

ADMINISTRACIÓN

A las personas del Interior de la República que quieran tomar, directamente, suscripciones á esta Revista, les avisamos que podemos servirlas cuando se nos envíe el valor de un trimestre anticipado, (tres pesos sencillos), ó su equivalente en estampillas de correos. Todo suscriptor debe estar atento á la renovación del abono, pues se suspenderá el envío del periódico, sin más aviso, al no recibirse el valor del nuevo trimestre.

E. CHELLINI
(CARACAS)

Fábrica de Mosaicos, Ornamentación y Piedras Artificiales

14 AÑOS DE ÉXITO

ES LA MEJOR RECOMENDACIÓN

RESPONSABILIDAD EN TODOS SUS TRABAJOS

Colores firmes é imborrables en sus Mosaicos

Está la Fábrica abierta todos los días de 7 a. m. á 6 p. m.

Puede visitarla todo el que guste ver cómo se construyen los diferentes artículos que se fabrican

Siempre hay en depósito de 3 á 4.000 metros de mosaico

Dirección: Avenida del Paraíso, al lado de la

Plaza de la República

Teléfono Nº 2.181.

Apartado de Correo Nº 81.

NO TIENE SUCURSALES

Toda orden será atendida inmediatamente

"EL COJO ILUSTRADO"

Revista Literaria Ilustrada

CARACAS—VENEZUELA

Aviso para el exterior:
(América del Sur,
América del Norte
y Europa)

Las personas del Exterior que deseen suscribirse á EL COJO ILUSTRADO, pueden obtenerlo dándonos aviso directo.

Para facilitar el pago de la suscrición POR UN AÑO, que debe ser anticipado, señalamos las casas mercantiles, cuyas direcciones se indican al pie de este aviso. A cualquiera de ellas puede enviarse el valor en libranza á su favor en la moneda correspondiente.

En París: Francos 48
L. Theodor Ravelo — 15 Rue de Trévise.
En Barcelona de España—Pesetas 48
J. Puig Corvé — Paseo de Gracia 69
Hamburgo — Marcos 38,70
Wolfers & Pontt.—Fischmarkt 11.
New York — Fts. oro 9.23
De Sola Bros. & Pardo. — 130. - Pearl Street.

BAÑOS HIDROTERAPICOS

FRENTE A LA ESTACION DEL FERROCARRIL DE LA GUAIRA

La Hidroterapia cura: *La Dispepsia*, y todas las enfermedades del tubo digestivo: Frialdad habitual de las extremidades. Detenciones del desarrollo. Perturbaciones de la *menstruación; La anemia crónica* del cerebro. *Impotencia, Neurastenia, Histeria. Dolores* habituales de cabeza; las enfermedades del *hígado;* dificultades de la *respiración;* las enfermedades crónicas del centro *nervioso;* todas formas de *Neuralgias; La Hidropesia*; conviene en la *convalecencia* de las enfermedades agudas; las enfermedades del *bazo*, el *estreñimiento*, el *Paludismo* crónico, el *Beri-beri*, la *Obesidad*, etc., etc.

Es el más poderoso de los reconstituyentes

Este establecimiento, provisto de los mejores aparatos, está abierto al público bajo la dirección de su propietario, doctor R. Soucy, quien para dar mayores garantías de orden y regularidad, ha trasladado el domicilio de su familia en el dicho edificio.

PRECIOS MODICOS

TIPOS

SIEMPRE NUEVOS

los que se emplean en EL COJO para las ediciones finas

Surtido espléndido y numeroso de tipos de toda especie, para todo género de trabajos.

Viñetas, adornos, escudos de todas las Naciones del mundo, alegorías de los diferentes ramos del comercio, de la agricultura, de la cría; alegorías de las artes y las ciencias, etc., etc., etc.

De todo, absolutamente de todo hay en EL COJO para cualquier trabajo, desde el más insignificante hasta el más laborioso y delicado.

Por su abundancia, por lo escogido de sus materiales, y por el esmero y arte en sus trabajos, LA EMPRESA EL COJO es el primer establecimiento de su género en el país.

LIVERPOOL CASA DE MODAS

Confección de trajes y sombreros

EN ARTICULOS DE LUJO ES LA PRIMERA CASA DE CARACAS

SU SURTIDO DE SEDERIA ES LO MEJOR QUE SE IMPORTA EN EL PAIS

Magníficas telas para trajes, Satinées, Batistas, etc., etc.

Cristalería, porcelana, columnas con sus potes para decorar salones, lámparas altas con pie de bronce, cuadros con pinturas al óleo, alfombras, cortinas, muebles de fantasía, damascos de seda.

PERFUMERIA DE TODOS LOS FABRICANTES

OBJETOS DE ARTE Y DE LUJO PARA REGALOS, ETC., ETC.

GRADILLAS A SAN JACINTO No. 4

Juan Manuel Diaz & Ca.

LIBROS A LA VENTA

En la EMPRESA EL COJO y en las principales Agencias de EL COJO ILUSTRADO

	PRECIO PARA CARACAS	PRECIO PARA EL INTERIOR
Juan E. Arcia		
Vestigios	Bs. 2.50	Bs. 2.75
Ismael Enrique Arciniegas		
Poesías	Bs. 5.	Bs. 5.50
Jacinto Añez		
Trizas de Poemas	Bs. 2.	Bs. 2.50
Rufino Blanco Fombona		
Trovadores y Trovas	Bs. 3.	Bs. 3.25
Cuentos de Poeta	" 2.50	" 2.75
Más allá de los Horizontes	" 2.	" 2.50
Contes Américains	" 4.	" 4.50
Pequeña Opera Lírica	" 2.50	" 2.75
Cuentos americanos (Biblioteca Mignon)	" 1.	" 1.25
José Antonio Calcaño		
"Dos Fieras" (novela) 2ª edición	Bs. 1.	Bs. 1.25
Pedro-Emilio Coll		
El Castillo de Elsinor	Bs. 2.50	Bs. 3.
Julio Calcaño		
Parnaso Venezolano (600 páginas)	Bs. 3.	{ más el porte.
" " Empastado	" 4.	
Manuel Díaz Rodríguez		
Confidencias de Psiquis	Bs. 3.	Bs. 3.
Sangre Patricia (novela)	" 3.50	" 4.
Dr. Aníbal Dominici		
Comentarios al Código de Comercio, á la rústica	Bs. 14.	
Idem idem empastado	" 18.	
Pedro César Dominici		
Ideas é Impresiones	Bs. 3.	Bs. 3.
El Triunfo del Ideal (novela)	Bs. 2.50	" 2.75
Dr. A. Ernst		
Las Familias más importantes del Reino Vegetal (especialmente las que están representadas en la FLORA DE VENEZUELA)	Bs. 2.50	Bs. 2.75
Alejandro Fernández García		
Oro de Alquimia	Bs. 2.	Bs. 2.25
J. M. Galindez		
Tinta Roja	Bs. 2.	Bs. 2.25
José Gil Fortoul		
Pasiones	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Emilio Constantino Guerrero		
Campaña Heroica	Bs. 2.50	Bs. 3.
Sangre Patria	" 2.50	Bs. 3.
Lucía (novela)	" 2.	Bs. 2.25
El Táchira físico, político é ilustrado	" 5.	Bs. 6.
Dr. José G. Hernández		
Elementos de Bacteriología	Bs. 4.	Bs. 4.75
F. Jiménez Arráiz		
Del Vivac (2ª edición)	Bs. 3.	Bs. 3.25

	PRECIO PARA CARACAS	PRECIO PARA EL INTERIOR
Miguel Mármol (Jabino)		
Tiros al Blanco	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Pólvora y Taco	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Gerónimo Maldonado, hijo		
Episodios	Bs. 3.	Bs. 3.
Amado Nervo		
"Almas que pasan"	Bs. 4.	Bs. 4.25
José Núñez de Cáceres		
Latín Clásico	Bs. 3.	Bs. 3.50
V. M. Ovalles		
"El Llanero"	Bs. 2.50	Bs. 2.75
Miguel Eduardo Pardo		
Volanderas	Bs. 3.	Bs. 3.
Francisco de Sales Pérez		
Ratos Perdidos (nueva edición)	Bs. 3.50	Bs. 4.
Gonzalo Picón Febres		
El Sargento Felipe (novela)	Bs. 3.	Bs. 3.25
Flor (novela)	" 2.	" 2.25
Víctor M. Racamonde		
Mis Versos	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Baldomero Rivodó		
Entretenimientos Filosóficos y Literarios (tercera edición)	Bs. 4.	Bs. 4.50
Voces y Locuciones extranjeras	Bs. 3.	Bs. 3.50
Máximo Soto-Hall		
"Chispas Venezolanas"	Bs. 1.	Bs. 1.25
Felipe Tejera		
Manual de Historia de Venezuela (cuarta edición)	Bs. 4.	Bs. 4.25
Juan C. Tinoco		
Album de Viajero	Bs. 3.	Bs. 3.25
Doctor Elías Toro		
"Por las Selvas de Guayana" (con grabados)	Bs. 5.	Bs. 6.
José Ignacio Vargas Vila		
Bustos y Medallas	Bs. 1.50	Bs. 1.50
Sueños Azules	" 1.	" 1.25
Del Opio	" 4.	" 4.
Carlos A. Villanueva		
París	Bs. 3.	Bs. 3.
César Zumeta		
Escrituras y Lecturas	Bs. 3.	Bs. 3.25
Empresa El Cojo		
Tablas de Derechos de Aduana, calculados ya, desde 0.025 gramos hasta 1.000 kilos para cada una de las clases arancelarias. En pesos y en bolívares	Bs. 10.	
Plano é Indicador de Caracas	" 2.	
Tablas de Monedas	" 1.	
Almanaque de pared, astronómico y religioso	" 20.	gruesa.

EN LA EMPRESA EL COJO

Hay siempre á la venta los artículos comprendidos en la lista impresa por orden alfabético, que se envía á quien la solicite

TIPOGRAFIA ESPECIAL

SIEMPRE RENOVADA

Ediciones de obras á todo lujo—Ediciones elegantes—Ediciones económicas—Acciones de Compañías—Billetes de tranvías y ferrocarriles—Libranzas—Etiquetas—Facturas—Libros talonarios—Carteles—Hojas volantes—Listas de precios—Circulares—Conocimientos de embarque—Guías—Timbres de papeles y de sobres y Recipes—Participaciones de matrimonios, y ofrecimientos — Felicitaciones — Bautismos — Comuniones

TARJETAS AL MINUTO

Tarjetas comerciales—Tarjetas de agradecimiento — Folletos — Periódicos—Cheques de Banco—Programas de Baile—Moña para banquetes—Almanaques

Y cuanto trabajo fino, delicado, artístico y de capricho, se requiera en el arte tipográfico.

FOTOGRABADO

Se hacen clisés conforme á los originales que el interesado presente; y á precios muy económicos

LIBROS EN BLANCO

Los fabricamos de cuentas; para actas para facturas; para balances; para inventarios; para relaciones de gastos semanales; Indices; Copiadores, etc., etc.

Existencias de libros de todos tamaños y clases.

Y se hacen á la orden, de rayados especiales como lo indique el interesado

FABRICA DE SOBRES

Se fabrican en EL COJO sobres de todos tamaños, de papel superior, y se presentan del modo más conveniente para los detalladores.

Se envían muestrarios y tarifas á quien lo desee

FABRICA DE GOMA LIQUIDA

PARA OFICINAS

En frascos de vidrio, con cápsulas de metal y pincel correspondiente. Ventas por mayor y al detal.

MATERIALES

para encuadernadores, impresores, dibujantes, pintores, etc.

PAPELERIA

Toda clase de papel para oficinas públicas, escritorios, impresores y encuadernadores.

ARTICULOS DE ESCRITORIO

Surtido completo de las principales fábricas de Europa y Norte América. Cuanto se desee en este ramo.

ARTICULOS ESPECIALES y de FANTASIA

un gran número de artículos de esta especie.